

Estudio crítico

Antonio de Capmany

José Checa Beltrán



Biblioteca Virtual de Polígrafos

ESTUDIO CRÍTICO FIL

© DEL TEXTO: el autor

© DE LA EDICIÓN DIGITAL: [Fundación Ignacio Larramendi](#)

Fecha de la edición digital: 2020

Lugar: Madrid (España)

DOI: <http://dx.doi.org/10.18558/FIL165>



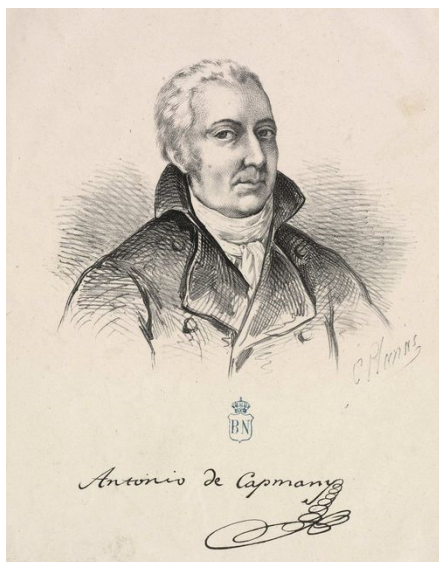
Libro electrónico realizado por [DIGIBÍS](#).

ANTONIO DE CAPMANY: LUCES Y SOMBRAS

JOSÉ CHECA BELTRÁN

Investigador Científico del CCHS (CSIC, Madrid)

INTRODUCCIÓN¹



Antonio de Capmany Surís² y de Montpalau nació en Barcelona el 24 de noviembre de 1742. Murió en Cádiz el 14 de noviembre de 1813. Filólogo, historiador y político. Fue diputado por Cataluña en las Cortes de Cádiz. El gran historiador Pierre Vilar consideró (1973: 188) que Capmany fue uno de los hombres más importantes del siglo XVIII español: «un des esprits les plus "avancés", les plus "philosophes" de son temps", y destacó su labor como historiador, por su riguroso espíritu crítico y su agudo sentido de la complejidad histórica. Por otra parte, el gran filólogo Lázaro Carreter (1985: 274-275) lo definió como «uno de los cerebros más firmes del siglo de las luces», añadiendo

que el *Teatro histórico crítico de la elocuencia española* es quizás «la obra más significativa de Capmany y la más importante de la filología nacional en el siglo XVIII».

Unánimemente ha sido considerado como un gran historiador y un gran filólogo. Sin embargo, es significativo que en el epitafio de su tumba figurase solo su condición de filólogo y se mencionen allí sus «obras literarias» y no las historiográficas, así como su patriotismo español, indicio todo ello de cómo le consideraron sus contemporáneos o de cómo él quiso ser recordado: «Aquí yace el filólogo D. Antonio Capmany y Montpalau,

¹ [Retrato de Antonio Capmany Montpalau y Surís], [Biblioteca Nacional de España](#).

² Antonio de Capmany Surís firmó sus escritos como Antonio de Capmany y Montpalau, prescindiendo del apellido materno a favor del noble abolengo de Montpalau, procedente de la rama paterna.

Diputado por Cataluña de las Cortes generales y extraordinarias. Sus obras literarias y sus esfuerzos por la independencia y gloria de la nación perpetuarán su memoria».

La abundante obra escrita de Capmany, así como su destacada presencia política, ha originado frecuentes controversias acerca de su ubicación ideológica. En un siglo donde la herencia tradicional y clásica hubo de enfrentarse a rupturistas novedades «filosóficas» y políticas, es lógico hallar controvertidos casos como el de Capmany, paradójico, cambiante, difícil de encasillar. Los estudiosos de su obra discrepan sobre algunos aspectos de su ideología. La única manera de armonizar las aparentes contradicciones de Capmany, y los encontrados juicios que sobre este personaje se han realizado, es la de examinar sus teorías, sus opiniones y sus comportamientos en el preciso contexto histórico y personal en que se escribieron o sucedieron, dados los profundos cambios que la sociedad experimentó en aquellos convulsos tiempos, marcados por el reformismo, la revolución y la reacción en el ámbito político, y determinados por nuevas perspectivas de análisis crítico en el campo filológico y literario.

Para algunos estudiosos de su obra, Capmany fue un reaccionario; para otros, un ilustrado. El juicio más extendido es el de quienes han distinguido «dos Capmanys»: el primero, el de sus obras iniciales, cosmopolita, ilustrado, crítico con lo antiguo y autocrítico con su país, receptivo a las nuevas ideas –filosóficas y literarias– procedentes de Francia; el segundo, el de sus últimas décadas, algo más conservador, pero nunca reaccionario, defensor nacionalista de la lengua y del legado cultural español, receloso ante las novedades foráneas y combativo antifrancés tras los sucesos de 1808. Todo ello debe explicarse por la cambiante situación política: una primera etapa, durante el reinado de Carlos III, mayormente reformista, abierta al exterior y deseosa de cambios, y otra etapa posterior, durante el reinado de Carlos IV, convulsa, recelosa ante las novedades y marcada por la Revolución Francesa, la invasión napoleónica y la Guerra de la Independencia. El pensamiento político y filológico de Capmany en estos dos momentos históricos –trazados aquí *grosso modo*–, habría sido un reflejo de aquellos cruciales cambios sociopolíticos en la Europa y en la España de la época.

Algunos investigadores sostienen que el Capmany de sus últimos años, a pesar de algunos cambios innegables, sigue siendo fundamentalmente un reformador, un ilustrado. Así, Menéndez Pelayo (1956: 639), que advirtió con justeza su evolución, subraya que durante las Cortes de Cádiz profesaba las ideas políticas [liberales] del tiempo, demostrando además un gran amor «a las cosas de su tierra catalana y de su patria española». En este último sentido, algunos historiadores se han ocupado de discernir si su pensamiento fue fundamentalmente catalanista o españolista. En efecto, algunos estudiosos han visto en Capmany un precursor del catalanismo, mientras que otros rechazan contundentemente esta idea, a pesar de su innegable admiración por el pasado mercantil de Barcelona y a pesar de su orgullosa reivindicación de la «industriosidad» catalana.

Ramón Grau y Marina López Guallar (1988: 30) lo observan como favorable a la descentralización política y defensor de mantener territorialmente las diferencias «jurídicas consagradas por la tradición», pero concluyen que Capmany halló en la lengua castellana y en la laboriosidad catalana los principales ingredientes para la formación de un carácter nacional español pendiente de realizarse. Carlos Martínez Shaw sostiene que su obra en general refleja «un ambicioso proyecto de regeneración nacional española basada en los valores tradicionales catalanes» (1985: 123). La conclusión más generalizada y atendible es que confluyeron en Capmany su amor por Cataluña y por España, su orgullo por las importantes contribuciones catalanas en el nacimiento de una España moderna y, ante todo, su indudable sentimiento nacional español. Dicho de otro modo, para él la «provincia» de Cataluña formaba parte, importante, de la monarquía española.

VIDA Y OBRA

Fuentes biográficas

Contamos con muchos estudios sobre Capmany y su obra, pero no existe una biografía en el sentido estricto del género. Entre las muchas aportaciones sobre la vida y obra del autor catalán destacan sobremanera las publicaciones de la profesora Françoise Etienvre, culminadas con su monumental libro *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières. L'oeuvre linguistique d'Antonio de Capmany (1742-1813)*. Las investigaciones de Etienvre han iluminado la oscura laguna historiográfica que hasta hace poco reinaba acerca de la figura de Capmany y, además, han explicado admirablemente el trasfondo filológico, histórico y político de la España de la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, en su contexto europeo y en sus concretas relaciones político-culturales con Francia. La profesora francesa examinó y corrigió las precedentes investigaciones sobre su figura –incompletas y, a veces, contradictorias–, acopió nueva documentación, que manejó con el rigor, escrúpulo e inteligencia que caracterizan sus estudios, y ofreció a los dieciochistas un trabajo imprescindible. El presente texto debe mucho a las aportaciones de Etienvre, sobre todo en este epígrafe biobibliográfico³.

³ Naturalmente, este texto refleja las investigaciones de su autor: Checa Beltrán 1988, 1991, 1989, 2004, 2010, 2016, 2018. Asimismo, una referencia importante ha sido el libro de Francisco José Fernández de la Cigüña y Estanislao Cantero Núñez, *Antonio de Capmany (1742-1813). Pensamiento, obra histórica, política y jurídica*, Madrid, Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Percopo, 1993.

Entre los documentos contemporáneos a Capmany que ayudan a desentrañar su vida y su obra, figura principalmente un breve folleto impreso en Londres, *Fallecimiento de Don Antonio de Capmany y Montpalau, con una sucinta noticia de este literato y sus obras, publicado en Londres año de 1814*. Bajo este título leemos seis páginas que reproducen el artículo que en *El Español* de Londres escribió, muy posiblemente, Blanco White a raíz del fallecimiento de Capmany. Al año siguiente se publica en Madrid un texto de 24 páginas titulado *Fallecimiento de Don Antonio de Capmany y Montpalau, publicado en Londres el año de 1814. Dado a luz en esta corte un amigo suyo, B.L.* Este amigo, B.L., probablemente Blanco White, reedita en 1815 la citada edición de Londres de 1814, pero añade varios importantes documentos que describimos a continuación.

En el citado *Fallecimiento* se especifica que la muerte de Capmany se debió a la epidemia de fiebre amarilla que entonces sufrió Cádiz; venció la fase de fiebre aguda, pero sucumbió después porque «oprimido del peso de sus años, faltáronle las fuerzas necesarias para la convalecencia, y falleció al cabo de un padecer lento y penoso», complicado quizás con un ataque de gota. Añade Blanco que Capmany nació con «estímulo de patriotismo en un grado supremo», «cuanto aprendió en los escritores franceses, otro tanto se españolizó entre sus manos». Subraya que Capmany no fue un «hombre de carrera», a pesar de lo cual sus extraordinarias cualidades y sus esfuerzos le permitieron escribir unas obras en las que «se encuentra un fondo inagotable de erudición y una elocuencia peculiar y característica del autor». Finaliza su breve necrológica centrándose en su amor a la lengua española y en el purismo de sus últimos años, al que tilda de prejuicio («preocupación»): «Capmany, como todos los hombres de carácter vehemente y talentos extraordinarios, llevaba ciertos gustos y opiniones al exceso. Tal era a mi parecer su idolatría (que tal puede llamarse) de la lengua española, su admiración de la elocuencia de los escritores castellanos del siglo XVI, y su empeño en conservar la lengua en el mismo estado que tenía en aquel tiempo. Pero si esto (como creo) debe ponerse en la clase de preocupaciones, no puede negarse que es una preocupación laudable en su principio, y en perfecta armonía con el carácter castizo de Capmany».

A continuación, Blanco White incluye en el folleto de Londres –igual que se hizo en la edición de Madrid de 1815– un breve documento redactado por el propio Capmany y publicado en 1810 en Cádiz, del que solo se conserva un ejemplar en la British Library de Londres: *Relación sucinta del nacimiento, patria, ascendencia, estudios, servicios, méritos, trabajos y actual estado de D. Antonio de Capmany, para noticia en lo venidero de sus hijos y sucesores hoy prófugos, destituidos de todos los documentos y manuscritos originales, que tuvo que abandonar en Madrid en 4 de Diciembre de 1808, con motivo de su repentina migración de aquella Corte, donde tenía su domicilio*. Esta *Relación* fue redactada por el propio Capmany con la intención de que fuesen reconocidos sus méritos y sus servicios a la

Corona, para así ganar relevancia en las Cortes de Cádiz. En ella ofrece datos biográficos de su familia y de él mismo, cruciales para reconstruir su vida. Termina así: «Actualmente [él mismo, Capmany] se halla refugiado en Cádiz desde que, huyendo de la invasión de los franceses en Sevilla, vino a buscar un asilo en esta ciudad bajo la sombra del nuevo gobierno». Blanco White suprimió los dos últimos párrafos de esta *Relación sucinta* de 1810, donde se explica que Capmany tuvo un hijo, Luis, nacido en Madrid en 1776, cadete en el regimiento de caballería de Montesa y, desde 1807, tesorero de Sigüenza. También suprimió que Capmany tenía una hermana, Antonia, «que ha muerto recientemente en Barcelona», y un hermano, Jerónimo, militar, que murió en la expedición de Argel de 1775.

Esta Relación comprende también un «Catálogo de las obras que ha publicado D. Antonio de Capmany, Individuo de varias Academias de bellas letras, y secretario jubilado de la Real de la Historia, hoy Diputado en Cortes por Cataluña», donde el propio autor enumera sus obras impresas y manuscritas, a las que se añadieron posteriormente «las obras inéditas que se hallaron a su muerte, y se entregaron a sus herederos en Madrid». Algunas de sus obras no figuran en este catálogo ya que, según afirmó él mismo, lo redactó de memoria, olvidando incluir algunas.

Acaba el *Fallecimiento* con una proclama firmada por el propio Capmany, con fecha 30 de mayo de 1810, y titulada *Al Rey nuestro señor Don Fernando Séptimo, en sus días. La Nación*. En el breve texto, de tres páginas, dirigido al «ínclito y desgraciado Fernando», Capmany se refiere a Napoleón, «alevoso y cruel tirano de la Europa», y hace una desmedida apología del «Príncipe amado», que acaba así: «Recibe, Rey amado, el obsequio y veneración que te tributan en este día las dos Naciones libres de la tierra, la Española y la Inglesa, que desde hoy formarán una sola para defender su independencia, su dignidad y su honor contra el enemigo de entrambas, monstruo y deshonor de la humana naturaleza».

Además del folleto que acabamos de detallar, contamos con el testamento y codicilo de Capmany (Ravina 1987), donde se refiere que Capmany tuvo otro hijo que murió con tres años. Nombra herederos a su hijo, Don Luis, y a su esposa, Doña Gertrudis de la Polaina y Marqui. También se desprende de este documento notarial que, en sus últimos años, Capmany poseía 106.000 reales depositados al 8% de intereses ante el embajador de Inglaterra en España, Enrique Wellesley, lo que contradice la *Relación* cuando Capmany dice que llegó a Sevilla en 1809 «casi desnudo», donde además se le concedió una pensión de 18.000 reales anuales.

Biografía

La familia paterna de Capmany procedía de Gerona, pertenecía a la clase social de los «ciudadanos honrados» desde 1495 y emparentó en 1628 con la pequeña nobleza rural, los Montpalau. Su bisabuelo, nacido en Gerona (1630-1684) y de nombre Jerónimo, obtuvo en 1671 el título de «caballero», para él y sus descendientes varones. Su abuelo, también llamado Jerónimo (1660-1744), fue comandante de la milicia urbana gerundense que batalló contra el sitio impuesto por los franceses en 1710; en 1711 le fueron confiscados sus bienes y tuvo que exiliarse y emigrar a Génova como consecuencia de su adhesión a los Austrias durante la Guerra de Sucesión; murió en 1744. Según se cuenta en la propia *Relación*, antes de la Guerra de Sucesión su familia poseía casas y haciendas en el Ampurdán y en San Feliú de Guixols, así como otras posesiones y beneficios en otras ciudades.

Antonio de Capmany y Montpalau se llamó verdaderamente Antonio de Capmany Surís. Sus padres fueron Jerónimo de Capmany (1708-1784) y Gertrudis Suris, ambos nacidos en San Feliú de Guixols. Con los años, nuestro autor adoptó Montpalau como su segundo apellido, dado su noble abolengo, relegando así su apellido materno, Surís. El hermano mayor de Capmany, Jerónimo, hizo la carrera militar, alcanzando el grado de teniente coronel. El padre obtuvo en 1776 el puesto de contador del Ayuntamiento de Barcelona, cargo que desempeñó hasta su muerte en 1784.

Antonio de Capmany estudió gramática, humanidades y lógica en el colegio episcopal de Barcelona. Pero abandonó los estudios para abrazar las armas, al igual que su hermano Jerónimo. Hacia 1760 ingresó como cadete en el cuerpo de dragones de Mérida; en 1761 se integró como subteniente en el segundo regimiento de tropas ligeras de Cataluña, con el que participó en la campaña de 1762 contra Portugal. Estuvo destinado en Utrera, donde se aficionó a la lectura y conoció a Doña Gertrudis de la Polaina y Marqui, con quien se casó en Sevilla en 1768, y no en 1769 como dice Capmany en la *Relación*. Tras nueve años de servicio, en 1770 se retiró de la milicia por motivos que no se conocen con exactitud, trasladándose a vivir a Sevilla. No se tienen muchos datos sobre su vida en los tres años siguientes, aunque se sabe con certeza que fue entonces cuando entró en contacto con Pablo de Olavide, Intendente de Sevilla, y con su círculo de reformadores sevillanos.

Escritos

Su primer escrito conocido, el *Comentario sobre el Dr. Festivo y Maestro de los eruditos a la violeta para desengaño de los españoles que leen poco y malo*, está fechado en Sevilla el 28 de enero de 1773 y firmado con el seudónimo de Pedro Fernández. Quedó manuscrito hasta que en 1963 fuera publicado por Julián Marías. Esta obra, donde Capmany reflexiona

sobre algunas críticas que Montesquieu hiciera a los españoles en la número LXXVIII de sus *Cartas persas* (*Lettres persanes*, 1721), constituye una respuesta directa a dos textos de Cadalso sobre ese asunto, *Los eruditos a la violeta* y el *Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la violeta*, ambos de 1772. Montesquieu, entre otras estimaciones, había escrito que en los españoles se podía encontrar «esprit» y «bon sens», pero eso no se podía hallar en sus libros. Y sostuvo que el único libro bueno español (el *Quijote*) es el que da a conocer la ridiculez de todos los demás. Esta y otras críticas a España determinaron que Cadalso en los *Eruditos a la violeta* calificara a los franceses de superficiales e ignorantes y contestara que en España tenemos excelentes historiadores, ingeniosísimos poetas, juiciosos políticos, excelentes críticos.

Aunque Capmany no quiso polemizar con Cadalso, adopta frente a las *Cartas persas* de Montesquieu una actitud diferente, menos complaciente con España que Cadalso. En este texto, Capmany, perteneciente ya al círculo sevillano de Olavide, no se muestra benevolente con la realidad española: manifiesta su desacuerdo con la ociosidad de la nobleza, su dolor ante una España dominada por los prejuicios, su opinión de que el honor no debe atribuirse solo a la clase noble, sino a todo aquel que cumple con su deber, etc. Contra el inmovilismo español, sostiene que España ha contribuido poco a la modernización de Europa. Por tanto, los españoles debemos desvanecer la creencia de que ya no podemos ser mejores; más bien al contrario, dice, debemos pensar que valemos poco para esforzarnos en valer mucho. Todo ello sin contradecir abiertamente a Cadalso, pero con la intención de reconocer la amarga situación de la España contemporánea, alejada – sostiene – del espíritu crítico y experimental, el buen gusto, la sociabilidad y el intercambio fructífero con los países más adelantados. Ya en esta obra se advierte (Marías 1963: 140-141) un análisis histórico basado en una metodología moderna, alejada de la concepción antigua basada en un «lenguaje hueco, fanfarrón» y en Crónicas «sin exactitud ni verdad», donde se describen batallas y festines, prodigios increíbles, pero no se pintan «los hombres, las costumbres, la legislación, los errores y las verdades».

Seis meses después, el 25 de julio de 1773, Capmany dirige una carta a un conocido predicador sevillano, *Carta al M.R.P. Manuel Gil* (ms.), enemigo declarado de Olavide. Capmany insinúa que el padre Gil utiliza el púlpito con fines políticos y resume la esencial diferencia entre él y el religioso: mientras este sostiene que el XVIII es un siglo tenebroso, él defiende que es un siglo ilustrado. En la misiva muestra su escaso aprecio por la enseñanza en los colegios jesuitas, evidencia su pertenencia al círculo de reformadores sevillanos y, en fin, demuestra claramente su condición de ilustrado, a pesar de que, prudentemente, no olvida subrayar su profesión de fe católica. Este texto se inscribe en las controversias sobre la reforma de la enseñanza tras la expulsión de los jesuitas, y está en consonancia con el *Plan de estudios para la Universidad de Sevilla* (1768) de Olavide.

En este contexto Capmany solicitó su ingreso como miembro honorario en la Academia Sevillana de Buenas Letras, cuyos miembros eran favorables a las reformas y cercanos al pensamiento innovador de Olavide. El 11 de junio fue aceptado unánimemente por los miembros de la Academia como académico honorario. Capmany pronuncia su discurso de ingreso, «oración gratulatoria», el día 25 de junio de 1773. Pero previamente, en las sesiones del 4 y 11 de junio, Capmany disertó en la Academia sobre «la formación de las lenguas y especialmente de la española», un texto desaparecido que se corresponde con el manuscrito que Sempere y Guarinos describió, en su *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, bajo el título de *Discursos analíticos sobre la formación y perfección de las lenguas, y sobre la castellana en particular*, en el que Capmany se presenta como ilustrado, innovador y de gusto neoclásico. Concretamente, Sempere detalla (1785-1789 II: 139-144) que Capmany habla del origen de las lenguas y del estado defectuoso de todas; luego estudia la lengua castellana, que además de los defectos del latín contrajo otros nuevos por la poca instrucción de los primeros españoles que la escribieron. Después relaciona las imperfecciones de nuestra lengua, aunque reconoce que va mejorando gracias al estudio de las ciencias y a las traducciones. El estilo ha mejorado «desde que los traductores han tenido la noble libertad de valerse de ciertos rasgos brillantes y expresivos de otra lengua [la francesa] para hermostrar la nuestra», una opinión muy diferente a la que sustentaría Capmany en años posteriores, en los que sería muy crítico con el francés y con las malas traducciones. Rechaza Capmany el estilo barroco, para abrazar el gusto clasicista: «Cuán grosero era nuestro idioma, cuando lo era nuestra Nación». A pesar de todo, Capmany acaba elogiando las cualidades gramaticales del castellano y su superioridad respecto al francés en algunos aspectos, porque la lengua española es «flexible, rica, armoniosa y dulce»: su defensa de los principios ilustrados, de la Filosofía, de las traducciones del francés, no impiden que Capmany defienda la primacía de la lengua española respecto al francés en algunos sentidos.

La protección de Olavide y de su círculo sevillano determinó que a finales de 1773 el propio Olavide, Superintendente de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía – encargado por el Gobierno de dirigir el poblamiento de territorios despoblados entre Castilla y Andalucía–, le pidiese colaborar en el reclutamiento y traslado de agricultores y artesanos catalanes que, sumados a los procedentes de Alemania, serían los colonos de las Nuevas Poblaciones andaluzas. Conocemos los detalles de esta difícil labor de Capmany gracias a la copiosa correspondencia mantenida al respecto entre él y el Superintendente Olavide (Etiennevire 2001: 323-366). Capmany obtuvo una comisión real y fue nombrado Director de Agricultura en dicho proyecto de las Nuevas Poblaciones. Tras su tarea de reclutamiento en Cataluña, se trasladó a La Carolina, donde residió entre mayo de 1774 y junio del año siguiente, fecha en la que deja la población jiennense para volver a Madrid, coincidiendo con la denuncia que, contra los supuestos errores religiosos cometidos por Olavide durante su

gestión al frente de las Nuevas Poblaciones, presentó en junio de 1775, ante la Inquisición de Córdoba, el Padre Romuald, capuchino alemán.

Olavide fue encarcelado en noviembre de 1776. Durante el proceso al superintendente, Capmany fue llamado a declarar por el Tribunal de la Inquisición el 29 de julio de 1777. Sus respuestas al tribunal demuestran la intención de demostrar escasa afinidad con su antiguo protector, ahora caído en desgracia. Así, Capmany explica que abandonó La Carolina con su esposa por sus divergencias con Olavide, entre las que incluye su desacuerdo por «el género de vida, perversidad de costumbres, gobierno tiránico y falta de religión católica que allí se experimentaba» (Etienvre 2001: 367-379 y 50-53). En su deposición es evidente su objetivo de distanciarse de Olavide, subrayando sus discrepancias morales y religiosas y manifestando que solo tuvo relaciones profesionales, y no amistosas, con su superior. Obviamente, Capmany quería proteger su nueva carrera profesional en Madrid alejándose de su benefactor en Andalucía, al que perjudicó claramente con sus respuestas al tribunal.

Etapas en la capital

Tras su salida de La Carolina, y ya establecido en Madrid, Capmany consigue el apoyo del Marqués de Grimaldi, entonces Secretario de Estado, y obtiene un puesto en la Contaduría General de Correos. Pero Capmany compatibiliza esta tarea burocrática con su carrera intelectual y académica: en Madrid encuentra los apoyos necesarios para ser elegido, en noviembre de 1775, académico supernumerario de la Real Academia de la Historia, donde pronuncia su discurso de recepción, «oración gratulatoria», el 1 de diciembre de 1775, cuyo contenido es una reelaboración de su *Comentario sobre el Dr. Festivo*, que había quedado manuscrito y firmado bajo seudónimo. En el *Discurso* manifiesta su adhesión al progreso y al reformismo de la monarquía borbónica. Capmany permaneció ligado a la RAH durante muchos años: en 1784 fue elegido como numerario, después como secretario en 1789, hasta que dimite de esta función en 1802.

En 1776 se publica su *Arte de traducir el idioma francés al castellano*, una obra que responde a la creciente necesidad de traducir al español obras francesas, una actividad que el propio Capmany ya había defendido en sus *Discursos analíticos*, tras las muchas controversias públicas que en las últimas décadas se habían sucedido en España acerca de la conveniencia de las traducciones al español de obras extranjeras, como forma de incorporación de España a la cultura europea contemporánea. Esta obra de Capmany, con un prólogo sobre el genio particular de las lenguas, se añade a la nutrida lista de diccionarios bilingües (francés y español) que durante el siglo XVIII se publicaron, sea en Francia o en España, tanto de autores franceses como españoles.

Es significativa la tarea como censor que desde 1776 desempeñó en la Real Academia de la Historia. Etienvre contabilizó más de sesenta censuras realizadas por Capmany, muchas de ellas sobre obras traducidas del francés, dado su conocimiento de esa lengua y el prestigio adquirido con su reciente *Arte de traducir*. Sus evaluaciones son severas cuando se trata de enjuiciar traducciones del francés; cuando evalúa manuscritos supuestamente originales, descubre y acusa a algunos autores de plagiarios, lo cual es llamativo, ya que, como explicaremos en las próximas páginas, él mismo plagió parte de su *Filosofía de la elocuencia*⁴ (1777).

Así, en su censura de 1777 de la *Noticia y población de las colonias inglesas en la América Septentrional*, texto de Francisco Álvarez, escribe: «Rara manía, y que ahora por desgracia va cundiendo demasiado, la de algunos plagiarios que quieren pasar por autores de lo que no han compuesto [...]. Deberían a lo menos para encubrir su plagio, esmerarse en traducir con tal soltura y propiedad de estilo que su traducción pareciese original. Ni aun este miramiento tuvo don Francisco Álvarez»⁵.

En otra de 1792, firmada por él y por Ramón de Guevara, sobre el manuscrito *Biblioteca de los conocimientos necesarios y útiles al hombre*, sin nombre de autor, se dice que la obra enjuiciada es «una servil traducción del francés, y no composición original, como pretende venderla el autor, quien al paso que ofende a la verdad, no sabiendo ocultar el plagio, desdora la lengua castellana con locuciones impropias y obscuras».

En las traducciones declaradas también suele ser muy crítico, por razones de lengua o bien por motivos patrióticos: por ejemplo, en la censura –firmada por Capmany y por Martín Fernández de Navarrete– de la *Historia de los progresos de la potencia naval de Inglaterra, traducida del francés al castellano*, se critica que el autor, extranjero, «incurre en continuas equivocaciones y errores siempre que trata de cosas o hechos de los españoles». «Para aclarar la verdad e ilustrar esta parte de nuestra Historia», el traductor debería añadir «oportunas notas para estos pasajes», para que los lectores tengan una correcta información sobre «las gloriosas empresas de nuestros antiguos marinos» (Etienvre 2001: 430-431).

⁴ Además del plagio de la *Encyclopédie* que llevó a cabo en la edición de 1777 de su *Filosofía de la elocuencia* (Checa 1988), en la edición de 1812 aparece alguna nueva copia: la relativa a la Traducción de Longino realizada por Boileau, de donde Capmany tomó, sin citar su origen, al menos un párrafo, señalado en la Gaceta de Bayona y transcrito también por Etienvre (2001: 449). El propio Capmany, en su Manifiesto (1811: 1-6), se lamenta de que Quintana le hubiera acusado de «pirata y salteador en el mundo literario». Paradójicamente, en su labor como censor de la Academia de la Historia, Capmany fue muy severo con los plagiarios.

⁵ Manuscrito RAH, 11/8016. Etienvre (2001: 426-438) reproduce el texto de estas y otras censuras.

La censura que dedicó a la *Historia crítica* de Masdeu, en 1791, critica al autor español por vituperar a Francia y a los autores franceses e italianos de manera injusta: Masdeu atribuye «intenciones malignas contra nosotros para acalorar el ánimo de los lectores e impresionarlos contra los franceses e italianos». Esto es como «declarar la guerra a las demás naciones, en cuanto puede un particular escritor declararla», lo que puede desembocar en «desavenencias ministeriales, o resentimientos de Corte a Corte» (Etienvre 2001: 434-438). Capmany debía de tener en la memoria los recientes problemas diplomáticos con Francia a raíz de la publicación del artículo «Espagne» de Masson de Morvilliers en la *Encyclopédie méthodique*.

La *Filosofía de la elocuencia* fue su siguiente libro, publicado en 1777. Se trata esencialmente de un tratado de Retórica, y más exactamente de un tratado sobre la *elocutio*, ya que Capmany no se ocupa de las otras partes de esa disciplina. El título, provocativo para la época dadas las connotaciones de la palabra «filosofía», da a entender la intención de Capmany de renovar los estudios sobre la retórica, reaccionando contra los estudios retóricos vigentes y su enseñanza, y proponiendo a cambio una visión más moderna y «filosófica» de esa materia, o sea, reflexionando sobre principios generales más que detallando las múltiples reglas y preceptos característicos de la retórica de la época.

Capmany muestra en esta obra un pensamiento ilustrado y una firme defensa de la novedad, de un estilo lingüístico acorde con los tiempos, del uso del castellano antes que el latín; defiende la adaptación de la obra al interés de un mayor número de lectores, y prefiere modelos modernos antes que autoridades clásicas. Contrario al exceso de veneración hacia los autores antiguos, realiza una defensa de su siglo (1777: IV-V), cuyos autores «con sus luces y doctrina nos llenan de beneficios»: «Los antiguos se miran en perspectiva [...]. Con el transcurso de los siglos han depuesto todo lo grosero, y solo ha quedado lo espiritual, el individuo en abstracto». En cambio, los modernos «magistrados sabios y celosos, que, en defensa de la justicia, de la propiedad civil del hombre y del derecho de la soberanía, han hecho brillar la eficacia y gravedad de la elocuencia. Pero estos hombres viven con nosotros, hablan nuestra lengua, tienen nuestros defectos, y esto basta para no ser leídos, ni celebrados». Capmany hace una apología del siglo XVIII: a pesar de «cuatro osados sacrílegos», no se debe mancillar «la gloria de una edad ilustrada, que acaso formará la época más memorable en los fastos de los conocimientos humanos».

Capmany tomó de la *Encyclopédie* francesa muchas de las ideas defendidas en su tratado, plagiando a importantes autores –como D’Alembert, Voltaire, Diderot, Beuzée– que escribieron en el diccionario francés sobre cuestiones de poética y estética, cuyos textos tradujo y reprodujo Capmany sin citar su procedencia (Checa 1988). Esta misma obra fue reescrita por su autor y publicada de nuevo en 1812, en Londres, con el mismo título, pero con muchos cambios. En esa nueva edición se advierte nítidamente la

evolución de Capmany, cuyo «afrancesamiento» de 1777 es sustituido en 1812 por un patriotismo militante y galófono. Volveremos sobre esta obra en las próximas páginas.

Obras de corte histórico

Continuando con este decurso cronológico, hallamos que las siguientes obras de Capmany pertenecen al ámbito de la Historia. La primera de ellas, publicada en 1778, fue el *Discurso económico-político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales, y de la influencia de sus gremios en las costumbres populares, conservación de las artes, y honor de los artesanos*, firmada con el seudónimo de Don Ramón Miguel Palacio. Este anonimato fue justificado por el propio Capmany en su autobiográfica *Relación sucinta*, donde escribió que «en aquella época no podía su verdadero autor descubrirse defendiendo la industria de Barcelona, su patria, que tenía descontenta al Gobierno después del motín» de las Quintas de 1773. Este discurso supone una defensa de los gremios, contra las opiniones ilustradas que circulaban entonces, defensoras de su reforma o de su extinción. Efectivamente, en la España de esos años podían distinguirse tres actitudes frente a este asunto: estaban los defensores de que los gremios continuasen, quienes eran favorables a su abolición y quienes pretendían que solo hubiera gremios de artesanos, pero no de comerciantes. Tres actitudes ejemplificadas, respectivamente, por Capmany, Jovellanos y Campomanes.

El texto de Capmany aparece unos años después de las críticas a estas corporaciones por parte de Campomanes en su *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (1774) y en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (1775). Para evitar un posible choque con Campomanes, además de escribir con seudónimo, Capmany le dedica su obra, escrita posiblemente por encargo del municipio de Barcelona o por la propia corporación gremial. Lo cierto es que Capmany defiende a los gremios, aunque también reconoce algunos abusos que, sostiene, no justificarían su prohibición. Unos años después, en 1788, se publicó en el *Semanario Erudito* de Valladares este mismo discurso, ahora anónimo, con el título de *Discurso político-económico sobre la influencia de los gremios en el Estado, en las costumbres populares, en las artes, y en los mismos artesanos*. La diferencia entre los dos textos es que este último está mejor organizado y su defensa de los gremios es más madura y clara, sin ambigüedades, terminantemente contraria a la postura del gobierno.

Esta defensa de los gremios por parte de Capmany representa una opinión compartida por distintos estamentos catalanes, los artesanos, la Municipalidad de Barcelona y los comerciantes de la Junta de Comercio, instituciones que batallaron por conservar el sistema gremial al considerarlo como un factor de estabilidad política y de progreso social. Capmany mantuvo esta opinión hasta el final: cuando en las Cortes de Cádiz se votó sobre la desaparición de los gremios, él votó por su continuidad, y perdió.

A pesar del pretendido anonimato, ya en 1788 podía saberse que el autor de aquel discurso era Capmany, ya que Sempere y Guarinos lo incluyó y resumió en su *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* (1785-1789, Tomo II, 138-139). Sempere argumenta que la reforma de los gremios de París y las opiniones contenidas en la *Encyclopédie* y en otros libros sobre economía, contrarias a los gremios y a los abusos de estos, determinaron que muchos defendieran su reforma o su prohibición. Sin embargo, Capmany, «natural de una Provincia la más industriosa de España, y que funda toda su prosperidad en el ejercicio de las artes» decidió hacer ver «las ventajas que resultan al Estado de que el pueblo esté distribuido en ciertos cuerpos, o gremios», así como «los daños que podrían resultar de su extinción, poniendo excelentes principios para mejorar la policía gremial, sin extinguir los gremios».

En su discurso, Capmany hace una apología del estado llano: «La agricultura, el comercio y la industria, tres columnas del edificio social, descansan sobre sus hombros». Hasta el punto de que, «de la prosperidad o decadencia del pueblo puede depender infaliblemente la del Estado», un pueblo que se organiza mejor a través de corporaciones gremiales. La mejor manera de evitar «la confusión y el desorden de una plebe numerosa» es el de la economía gremial, naturalmente subordinada a la jurisdicción correspondiente.

Uno de los motivos para la defensa de los gremios, según Capmany, reside en la transmisión de los conocimientos, no solo técnicos, sino también de las buenas costumbres; asimismo, los gremios protegen a sus componentes ante las adversidades más difíciles: «El aprendizaje y la sujeción al maestro enseñan virtudes y no solo técnica al aprendiz, que una vez que llega a la categoría de oficial, se halla en situación de organizar una familia y vive con el deseo de emulación que le llevará a maestro, acomodándose, aun inconscientemente, a los modos de vivir honrados y laboriosos. Los gremios protegen a las viudas y a los huérfanos de sus miembros, librándoles del desamparo en el que la temprana muerte de un padre de familia suele dejar a los suyos». Es decir, el gremio es una institución educadora, favorece la actividad económica y protege a los trabajadores. Es destacable, además, la consecuente opinión de Capmany acerca de la actividad industrial pública: «Toda industria que se promueva a costa del real erario es violenta y dispendiosa»⁶.

Siguen las *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona*, que se publicaron en cuatro volúmenes entre 1779 y 1792. En realidad, los dos primeros volúmenes aparecieron en 1781 y los dos siguientes, que vieron la luz como *Suplemento*, salieron en 1792 (Etienvre 2001: 172, 394 y 404). El tomo II de

⁶ *Discurso*, 1788 (Sánchez Agesta 1949: 13-17, 19-24, 40).

las *Memorias* contiene la transcripción de los documentos que Capmany utilizó para llevar a cabo la investigación del tomo I. Lo mismo sucede en los tomos III y IV, que conforman el *Suplemento* de 1792, donde el tomo IV contiene una colección de documentos relativos a lo estudiado en el tomo III.

Esta obra es consecuencia del encargo que la Junta de Comercio de Barcelona hizo a Capmany en 1777 para que investigase sobre la historia del comercio, la navegación y los oficios en Barcelona y sobre el Consulado del Mar; encargo hecho tras la propuesta del propio Capmany a la Junta para realizar un estudio de historia política y económica de Barcelona, que finalmente se plasmaría en su citado *Discurso* sobre los gremios y en estas *Memorias*. La Junta puso a disposición de Capmany la ayuda de Caresmar, Farriols y Juglá, que desde Cataluña le facilitaron todos los documentos necesarios para la elaboración de su estudio. Como consecuencia de estos trabajos, Capmany adquirió un notable prestigio como historiador y editor de textos antiguos, lo que determinó su ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en 1782 y favoreció su futuro nombramiento en puestos institucionales y varios encargos oficiales, como se verá.

Se trata de una investigación pionera sobre «historia económica» e «historia política», expresiones que el propio Capmany usa en el prefacio de la obra y que se encarga de resaltar, subrayando que ni Inglaterra ni Francia poseen una historia de esta clase. Capmany abunda en esta patriótica y personal reivindicación afirmando que con obras de este tipo el mundo entero conocería que la gloria de España no descansa solamente en sus hazañas militares. Continúa así la línea que expresó en su *Discurso* sobre los gremios cuando sostuvo que los escritores extranjeros juzgan a España sin conocerla y a la literatura española sin haberla leído y sin siquiera conocer nuestra lengua. En esta publicación se advierte un Capmany más sensible de lo que hasta entonces había sido ante las críticas de los extranjeros a España por su supuesto atraso. En el prefacio de la obra escribe que habría sido muy positivo que otras provincias españolas hubiesen escrito memorias similares sobre la historia de su comercio naval; de esta manera se habrían acallado esas críticas foráneas (1779, I: XXIV). Aunque es cierto que, en su primera obra, el *Comentario sobre el Doctor Festivo*, ya contestó a algunos ataques extranjeros contra España, el espíritu patriótico de Capmany se ha acentuado en estas últimas obras.

Capmany investiga las navegaciones catalanas medievales, hace una historia del puerto de Barcelona y la expansión del comercio naval catalán. Se ocupa de la legislación mercantil de Barcelona, de la historia de los gremios en esa ciudad, de la participación de los artesanos en el gobierno municipal. Estudia la evolución de la economía catalana otorgando a la marina de guerra medieval el mérito de estimular la navegación comercial, gracias a la cual se desarrollaron la agricultura y el artesanado urbano estructurado en gremios. Indudablemente esta obra de Capmany supuso una novedad en la historiografía europea. Ya no es una simple

historia política o militar, sino una «historia civil», de la civilización, cuyo sujeto ya no es la Corte, los reyes, sino los pueblos.

En las *Memorias* aparece un rotundo elogio del espíritu mercantil de Cataluña, para que tanto los extranjeros como los españoles tomaran como modelo la laboriosidad de los catalanes, del estado llano. Según Ramón Grau y Marina López Guallar (1984 II: 595), el Capmany del *Discurso* sobre los gremios y el de las *Memorias* encuentra el carácter catalán no en las comunidades rurales, sino en las virtudes económicas del artesanado y del comercio barcelonés, un hecho que ha persistido históricamente gracias al sistema social y a la educación popular. Pierre Vilar (1987 I: 189) puntualizaba que esta obra de Capmany es esencial como instrumento para conocer la economía antigua, la potencia catalana medieval, y además para conocer cómo interpretó la burguesía catalana del XVIII su pasado.

Entre otras cuestiones, la obra muestra la importancia que en la Edad Media poseyeron en Cataluña los oficios, las «artes», y la relevancia política de los comerciantes y los industriales en el gobierno de la ciudad, gracias a las prerrogativas de libertad que, contra el sistema feudal, se concedieron a los gobiernos municipales, de manera que estos «vinieron a ser como otras tantas pequeñas repúblicas regidas por leyes conocidas de todos sus ciudadanos y para todos iguales. Estos privilegios concedidos a los Comunes contribuyeron a aumentar el poder de la Corona, al paso que disminuían las fuerzas de la liga feudal. Así es que las ciudades, ya por reconocimiento ya por adhesión a sus soberanos, a quienes miraban como los primeros autores de su libertad y dispensadores de su preeminencia, les asistían frecuentemente con donativos gratuitos y subsidios de gente armada, y de naves de guerra las marítimas [...] La población desde luego creció visiblemente en unos pueblos antes pobres y desiertos; y el comercio que produce la industria o la sostiene, empezó a ser el primer móvil en los puertos y costas. La alta consideración que llegaron a adquirir los Ayuntamientos debía resaltar precisamente sobre los ciudadanos, cuyas clases se reducían a dos: mercaderes y artesanos». La nobleza no poseía fuerza en el gobierno municipal. Tras ello, la descripción histórica y el elogio a los gremios: gracias a aquellas leyes, «las artes mecánicas se han conservado en aquel Principado» más o menos florecientes dependiendo de la época, pero han resistido todo tipo de calamidades. Este sistema, donde los oficios y el amor al trabajo pasaron a «formar parte de las costumbres populares», contribuyó a la «erección de los cuerpos gremiales, que con el tiempo han ganado un gran lugar en la opinión pública, pues han dado por medio de su clasificación existencia política a una gran porción de individuos activos de la sociedad, creando, por decirlo así, un nuevo pueblo» (*Memorias* I: 3-6). Evidentemente, esta defensa del trabajo artesanal implicaba una crítica a la ociosidad aristocrática, a pesar de lo cual Capmany siempre fue favorable a una sociedad estamental.

Defensa y crítica de las culturas catalana y española

Capmany exalta el espíritu laborioso de los catalanes, «sobre el cual se cimentaron desde los principios las costumbres populares de sus moradores», siempre «fundadas sobre el trabajo y la economía doméstica». «En uno de los primeros libros que lee la niñez de aquella provincia en las escuelas, no se inculcan, después de las sentencias cristianas y orales, otras máximas sino las que enseñan cuán grande es la utilidad que redunde de la aplicación y la industria a los individuos y a las familias», unas costumbres que «constituyen un carácter nacional» (1779, I: XXIII y 9-10; 1792, III: 315).

Tanto Capmany como la burguesía catalana defendían aquel tipo de democracia corporativa, de ahí su interés por reivindicarlo ante el gobierno español y de ahí el encargo de la Junta de Comercio a Capmany. Barcelona se presenta, y lo fue, como modelo de las ciudades de la época gracias a «la forma democrática de su gobierno municipal mediante la cual el pueblo, abatido en todas partes por la tiranía feudal, representaba al común de la ciudad sin dependencia de la nobleza» (1779, I: 13). Estas organizaciones gremiales no solo gobernaban la ciudad, sino que, además, estaban representadas en las Cortes Catalanas, junto a la Iglesia, la nobleza y los pueblos de realengo.

Es decir, aquel sistema político estaba apoyado en los gremios, que, en el siglo XVIII, cuando Capmany redactó esta obra, corrían peligro de desaparición. Las modernas corrientes económicas favorables a la libre actividad comercial e industrial señalaban a los gremios como el principal inconveniente para el desarrollo de la economía nacional. Así pensaba Campomanes, que redactó su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* como un ataque a aquellas corporaciones y una defensa de la libre actividad productiva.

El autor de las *Memorias* analiza los distintos componentes que propiciaron la expansión catalana en el Mediterráneo, pero también las causas que originaron la decadencia económica de Barcelona y Cataluña. Esta tuvo su origen en el descenso de la actividad comercial, determinado por el auge turco que dificultó el comercio en el Mediterráneo, además de las barreras aduaneras entre Castilla y Aragón y la nueva política de la monarquía española, que deja a Aragón fuera de los descubrimientos, las conquistas y el tráfico con América, así como fuera de las expediciones a Flandes (1779, I: 182-183).

Sempere y Guarinos incluyó a Capmany en su citado *Ensayo*, donde resumió los dos primeros tomos de las *Memorias* (1785 II: 132-136), en los que se trataba de las navegaciones de los barceloneses desde el siglo XI, de los progresos de su marina, de sus tácticas navales, de sus barcos, del puerto de Barcelona y su atarazana, y de «sus gloriosas expediciones contra las potencias más temidas entonces en los mares». Trata también de la gran expansión del

comercio de los catalanes y de los distintos puertos que usaban. De las materias que importaban y exportaban. Fue tanto el provecho que Barcelona obtenía con aquel tráfico que competía en poder «con las Repúblicas más florecientes de Génova, Florencia, Pisa y otras marítimas; y por lo mismo era buscada su alianza y socorros por los mayores Reyes». En las *Memorias* se trata también de la legislación mercantil de Barcelona y de su «código, el más antiguo de la Edad Media, y que sirvió de modelo a los demás de Europa», de la fundación del Consulado, de sus aduanas y contribuciones del fomento de la industria y las manufacturas. Finalmente, la obra da noticia del «origen, progresos y decadencia de las artes en Cataluña», donde se trata de la fundación de los gremios y de sus ordenanzas, de los magistrados y artesanos.

Ya Sempere subrayaba que la autoridad de la investigación de Capmany se apoyaba en una rica serie de documentos, procedentes en su mayoría de los Archivos de la Lonja – reproducidos en el segundo volumen –, que constituyeron la base de aquel estudio. Dichos documentos están enumerados y reproducidos en la obra, donde se precisa su origen y la legalidad de su uso, un hecho que confiere enorme credibilidad al libro de Capmany, que estuvo ayudado en la recopilación de documentos por Jaime Caresmar, José Farriols, Antonio Juglá y José Solá, hecho por el que algunos estudiosos han hablado de obra colectiva. En realidad, la autoría fue de Capmany, pero la importante e ingrata tarea de búsqueda y reproducción de documentos, así como ciertos trabajos preliminares, correspondieron a otros investigadores. De hecho, la Junta tenía la intención de encargar este trabajo a Juglá, pero cambió de idea al saber que ya Capmany se había ofrecido para tal tarea, habiendo manifestado que ya estaba trabajando en ella y la tenía bastante avanzada.

Sempere destacó que la obra contenía además diversos documentos donde se explicaban variados elementos de la historia civil de Barcelona y de Cataluña, y donde se demostraba «la fama y celebridad que tuvo aquella ciudad entre las naciones extranjeras en toda la Edad Media», sus buenas costumbres y su gobierno, así como el «estado actual que tienen en Barcelona la población, los oficios, artes y todos los demás ramos de comercio e industria», etc. (1785, II: 132-136).

La Junta barcelonesa gastó una gran cantidad de dinero en la edición de esta lujosa obra y en el pago a su autor. A cambio, esperaba que gracias a ella y a la intermediación de Capmany con el gobierno –por sus buenos contactos en Madrid– se restableciese su actividad comercial y la buena imagen de Cataluña, dañada tras el motín de 1773. Con esta publicación el prestigio de Capmany creció, como valioso historiador y como eficaz intermediario entre la burguesía catalana y el gobierno central. Otra cosa fue el choque que entre 1781 y 1786 se produjo entre Capmany y la Junta como consecuencia de las peticiones económicas del primero antes de terminar y entregar los volúmenes del

Suplemento. La Junta, reacia a acceder a las requisitorias económicas de un Capmany endeudado entonces, acabó claudicando en 1786, concediendo una recompensa económica notable y propiciando finalmente la publicación de los dos últimos volúmenes de las *Memorias históricas*.

Pierre Vilar (1973: 178) atribuye un enorme mérito a este libro de Capmany, donde junto a su contenido reconoce al autor «une rare supériorité aux quatre niveaux de la pratique historienne»: 1) Solidez y profundidad en la documentación. 2) Vigor crítico frente a las tradiciones y frente a las ideas recibidas. 3) Sentido de la reconstitución y de la síntesis. 4) Solidez de la presentación conjugada del discurso histórico y de su justificación a través de los documentos.

Por su parte, Ernest Lluch (1973: 43-44) resaltó que la idea central de Capmany fue mostrar que el comercio exterior, naval, fue la causa fundamental del desarrollo económico de Cataluña, junto con el sistema democrático de sus ayuntamientos y con los gremios. En efecto, escribía Capmany en las *Memorias* (1779, I: 2-3): «Cuando afirmamos que el comercio fue abrazado primero que la agricultura y la industria, no pretendemos sostener que los catalanes antes de navegar no labrasen la tierra, ni conociesen las artes [...]; la proposición únicamente se dirige a que la primera y principal aplicación que ocupó y enriqueció a los catalanes, y dio a conocer su actividad entre los extranjeros, había sido el tráfico marítimo, el cual fue el principio de su general industria y la base de su opulencia y poder».

Durante esos años de conflicto con la Junta, Capmany se ocupó de redactar y publicar otros trabajos lucrativos, encargados por la Compañía de Impresores y Libreros: en 1783 apareció su *Diccionario geográfico universal*, que es el diccionario inglés de Lorenzo Echard, traducido al castellano y publicado en 1750 por J. de la Serna, y ahora corregido y aumentado por Capmany. Fue reeditado en 1793 y 1794. Encargado por la misma compañía, corrige y actualiza el *Compendio histórico, geográfico y genealógico de los soberanos de la Europa*, publicado en 1760 por Manuel Trincado. Pero Capmany lo publica en dos volúmenes: el primero, que vio la luz en 1784, bajo el título de *Compendio cronológico-histórico de los soberanos de Europa*; el segundo, aparecido en 1786, con el título de *Descripción política de las soberanías de Europa*; ambos editados por Miguel Escribano. En el prólogo del primer volumen, Capmany hace una apología de su propio siglo.

Entre 1786 y 1794 se publicó en 5 tomos su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, considerada por los estudiosos como una de las obras más importantes de la filología española del siglo XVIII. El primer tomo de la obra contiene un *Discurso preliminar* de 122 páginas y unas *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana* de 100 páginas. Los distintos tomos ofrecen una amplia selección de textos en prosa de los mejores escritores en lengua española, desde los primeros autores medievales hasta los del

tiempo presente, aunque sobre todo de los siglos XVI y XVII. Se trata de obras literarias, pero también de otras disciplinas, históricas, morales, militares, políticas, etc. Debe recordarse que todavía en el siglo XVIII el vocablo «literatura» aludía a cualquier obra escrita, aún conservaba su significado etimológico. Con la palabra «teatro» del título, Capmany expresa que intenta ofrecer un escenario amplio de la mejor prosa castellana. Subraya el autor que se trata de una antología muy personal, basada en su particular lectura de escritores en castellano y no fundada en anteriores selecciones, hechas casi siempre, sostiene, por inercia, desprovistas de buen sentido crítico.

El argumento de la originalidad en la selección de textos es uno de los que Capmany utiliza en el *Discurso preliminar* para justificar su obra. Pero sobre todo esgrime el hecho de que hasta entonces se habían primado en España las antologías de obras en verso, fuesen textos de poesía dramática o de poesía lírica, pero no así de obras en prosa: «las modernas disputas en defensa de la reputación de nuestra literatura [...] casi todas versan sobre la poesía [lírica] y principalmente sobre la [poesía] dramática». Por ese motivo él asume la «empresa de dar al público una colección completa y general de fragmentos escogidos de prosa» (1786, I: I-IV). Pretende remediar así la desatención sufrida por la prosa, en beneficio de la poesía dramática y de la poesía lírica. En efecto, en los años inmediatamente anteriores a la aparición del primer volumen del *Teatro* de Capmany se habían publicado el *Parnaso español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos* (1768-1778), de Juan José López de Sedano, la *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* (1779-1790), de Tomás Antonio Sánchez, o el *Theatro español* (1785-1786), de Vicente García de la Huerta. Ninguna de estas antologías contemplaba la prosa, objeto de la «elocuencia» retórica, mientras que las obras en verso (líricas, dramáticas o épicas) eran objeto de la «Poética». Capmany acude a remediar esta laguna de la historiografía española.

El motivo político que explica la aparición del *Teatro* reside en las contemporáneas controversias acerca de la aportación española a la cultura europea. Efectivamente, esta obra viene a engrosar las apologías del legado cultural español que aparecieron tras las críticas a España de Masson de Morvilliers en la *Encyclopédie Méthodique*. El propio Capmany pone de relieve que ha escrito esta obra (1786, I: IV) para «dar una perfecta idea a los extranjeros del valor de nuestra lengua» y «del aprecio que merecen muchos de nuestros escritores, que los [extranjeros] calumnian y no conocen», y además «para que sirva de estudio y estímulo a los mismos españoles, que aquí hallarán el más acrisolado estilo de los escritores eminentes».

Para conferir más valor a su obra insiste en las desafortunadas antologías precedentes a la suya. Porque si nuestra literatura está mal vista en el extranjero es a causa de «la mala elección de autores que los poco cautos y nunca dueños de su dictamen han hecho para su

estudio, y el mal gusto de los ejemplos sacados de sus obras para modelos de verdadera locución castellana» (1786, I: V). Es decir, nuestros anteriores antólogos –de obras en verso– no habían sabido elegir adecuadamente sus repertorios de autores, obras y fragmentos, una deficiencia que viene a resolver el *Teatro* de Capmany, que asume la tarea de hacer una selección de la prosa verdaderamente modélica. Y es aquí donde manifiesta su gusto personal, neoclásico, adhiriéndose a la historiografía literaria canónica, bien definida ya por autores de mediados del siglo XVIII, Luzán y Luis José Velázquez principalmente: este canon histórico-literario distinguía varias épocas en la literatura española; la primera, de manifestaciones rudas y poco elaboradas, dura toda la Edad Media hasta finales del siglo XV; la segunda, que dura todo el siglo XVI, en el que progresivamente se va perfeccionando la lengua y la literatura española, alcanzando su punto más alto a finales del siglo XVI y principios del XVII; la tercera, marcada por el declive barroco, que dura gran parte del siglo XVII y principios del XVIII, ya que comienza a corregirse en tiempos de la creación de la Real Academia Española. Capmany, además, se adhirió a la opinión dieciochesca de que gracias a la llegada de los Borbones también la literatura mejoró en España.

De esta manera, Capmany, al igual que la incipiente historiografía literaria dieciochesca, considera el siglo XVI como el Siglo de Oro, época en la que España ostentó la primacía literaria y la primacía política y militar, en la que la alianza de la pluma y la espada condujo a la nación española a su punto más alto. Sobre esa conexión entre política y literatura escribe que el siglo XVI español mereció el título citado, tanto por sus grandes escritores como por sus «sus invictos capitanes», que «extendían su señorío y la majestad de su nombre por casi toda la redondez de la tierra» (1786, I: XXXVII). Con la referencia de aquel canon historiográfico, dieciochesco y neoclásico, Capmany evalúa (1786, I: XXX) muy desfavorablemente la literatura medieval y la literatura barroca: «En este teatro o colección empiezan los verdaderos modelos desde el siglo XVI, porque todo lo que he trasladado de las épocas anteriores más pertenece a la historia de la lengua, esto es, a su formación y sus progresos y a un curioso alarde del estilo de cada siglo, que no a la ordenación de dechados para nuestra imitación». Igualmente, menosprecia Capmany nuestra literatura del gran parte del siglo XVII, refiriéndose además a la «total corrupción a fines del siglo pasado» y al hecho de que «en los reinados de Felipe IV y Carlos II apenas podemos citar más que dos o tres escritores, que, a pesar de estar algo contaminados del general contagio, han dejado algunos pedazos dignos de trasladarse aquí». Frente a la sobriedad y elegancia de la literatura del siglo XVI, Capmany denuncia afectación y exageración formal en la época barroca. A pesar de ello, estima que el auge del XVI se prolongó en el XVII: «Este efecto del progreso de las luces y de los buenos estudios cundió hasta muy entrado el siglo decimoséptimo». Pero «luego que pasaron los días, felices aún para las letras, del reinado de Felipe III [...], el lenguaje declinó [...], apartándose cada vez más de la sencillez y gravedad» (1786, I: XI,

XLIV y XXXIX). Estos son los presupuestos teóricos e historiográficos con que Capmany realiza su selección.

Por otra parte, Capmany se presenta en el *Teatro* como crítico objetivo e incontaminado por la pasión nacionalista de aquellos años. «Ninguna nación debe defender su reputación literaria defendiendo» con pasión y parcialidad todas las obras de sus autores. El mérito debe ser objetivo, susceptible de ser reconocido por propios y extraños (1786, I: XX).

Y abundando en esta posición moderada, razona en contra de los apologistas indiscriminados de todo lo español, que más bien perjudican la imagen de España, porque existen diferentes maneras de amor a la patria. «Unos lo muestran aborreciendo a los extraños; esto es barbarie. Otros pintándonos superiores a todos; esto es soberbia. Otros retratándonos perfectos y primeros en todo; esto es vanidad». Si los extranjeros nos atacan de estas maneras, los españoles no deberíamos imitarlos, porque así no seríamos eficaces en la defensa de nuestra causa. Por ello, debemos reconocer nuestros defectos y mostrar nuestras virtudes: «Confesar nuestros defectos es graduarnos de justos; callar nuestras imperfecciones, de prudentes; celebrar lo mucho bueno que tenemos, de imparciales; escoger lo sobresaliente, que no es poco, de sabios» (1786, I: XCII). Esta última es la vía elegida por Capmany en su *Teatro*, distinguiéndose de muchos de sus contemporáneos, centrados en un ataque injusto e irracional a todo lo extranjero. Para ilustrar su posición, Capmany acude a un paralelo de seis naciones (España, Francia, Italia, Inglaterra, Portugal y Alemania) cotejadas en el ámbito de la elocuencia. Su comparación, moderada y presuntamente imparcial, se decanta favorablemente a favor de los autores españoles. En este paralelo presta una especial atención a Francia, tomando como referencia el *Essai sur les éloges* de A.L. Thomas, del que resume o traduce algunos fragmentos (Etienvre 2001: 193). Manifiesta que su intención es mostrar objetividad en sus juicios y convencer a los extranjeros de que sin conocer bien la lengua castellana no podrán juzgar justamente la literatura española. Capmany es en esta obra un moderado apologista de lo español, moderado, pero apologista.

El *Discurso preliminar* acaba con un capítulo titulado «Del natural ingenio de los españoles», en el que defiende el gran valor, olvidado, de la «facundia nativa» de los españoles. Capmany no pretende defender la superioridad de los libros españoles, ya que en el ámbito de la literatura escrita reconoce que hay naciones que superan a España. Pero sí sostiene la preeminencia del ingenio natural del pueblo español: el talento de una nación debe buscarse en el pueblo, no en las élites intelectuales. Y el ingenio del pueblo español, mayormente del pueblo andaluz, es insuperable. Sobre este asunto y la literatura oral volveremos en páginas siguientes.

Crítica y defensa de la lengua española

También en estas páginas preliminares figuran las *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana* en las que, en una primera parte, Capmany examina la historia de la lengua española, donde realiza un paralelo de lenguas entre el español, francés, inglés e italiano, en el que, como es lógico en este género que eran los «paralelos», triunfa la lengua del autor de la comparación. Capmany también elogia el valor de los proverbios y de la tradición oral. La segunda parte de este capítulo incluye un estudio sobre la formación de la lengua castellana, donde analiza cuestiones etimológicas y de gramática histórica en general.

Los análisis de Capmany están sometidos a su permanente propósito apologético de la lengua española, al que a veces confiere autoridad acudiendo a autores extranjeros, como, por ejemplo, cuando recurre a D'Alembert en sus *Mélanges de Littérature*: «Una lengua que tuviere, como la española, la feliz mezcla de vocales y consonantes dulces y sonoras, sería quizás la más armoniosa de todas las modernas» (1786, I: CLI), una frase cuya fuente cita ahora, pero que se atribuyó como propia en su *Filosofía de la elocuencia* (1777: 32). Asimismo, nuestro autor se sirve de algunas opiniones de Mayans en sus *Orígenes de la lengua española* sin citar su procedencia.

En su paralelo de lenguas reconoce al inglés, a pesar de no ser un idioma perfecto, dice, su capacidad para absorber elementos de otras lenguas; al italiano, le atribuye muchas cualidades; pero es a la lengua francesa a la que concede más espacio, mayormente para compararla desfavorablemente con el español. Admite la influencia que ha tenido en el español, reconoce sus valores lógicos (claridad y orden), pero no posee los valores poéticos que caracterizan al castellano. De igual manera, critica el vocabulario «filosófico» francés, poco preciso y ambiguo, en su opinión. A pesar de conceder que el francés ha sabido incorporar un vocabulario científico y técnico nuevo, sostiene Capmany que esto no es un mérito de la lengua francesa, ya que cualquier otro idioma puede hacer fácilmente lo mismo.

La moderación de Capmany le lleva a reconocer, aunque también a puntualizar, la superioridad del francés en las «voces técnicas»: «Nuestra lengua, es verdad, no está tan ejercitada como la francesa en los ramos de astronomía, física, hidráulica, metalurgia, química, etc., por consecuencia será más escaso nuestro diccionario que el de aquella nación» (1786, I: CXXXII). Pero esa limitación del español es solo una «escasez aparente», ya que el castellano, en potencia, posee también esas nuevas voces del vocabulario científico, que solo debe tomar del latín o griego, y esperar después a que el «uso» las autorice. Capmany era, obviamente, favorable al desarrollo científico en España, pero como filólogo subrayó la necesidad de asignar nombres castellanos a los avances técnicos del siglo, para anular así la supuesta superioridad de la lengua francesa. En definitiva, Capmany, además de sus interesantes comparaciones, reflexiona en estas páginas sobre problemas lexicográficos de la

lengua española, los vocablos técnicos y nuevos, las palabras arcaicas y familiares, la necesidad de una gramática y de un diccionario de sinónimos.

Dentro de las *Observaciones críticas* se ocupa de la «Formación de la lengua castellana», una parte donde estudia la evolución del castellano, examinada desde perspectivas morfológicas, fonéticas y léxicas. En sus reflexiones etimológicas incluye cuadros comparativos sobre la evolución del castellano antiguo y moderno, francés, catalán y toscano. Los cambios experimentados por la lengua española entre los siglos XVI y XVIII la han mejorado, haciéndola más armoniosa majestuosa, enérgica y expresiva. El español es una lengua muy «abundante», rica. Capmany autoevalúa sus juicios reconociendo que son observaciones de un aficionado y subrayando la necesidad de que todos esos asuntos sean tratados de manera científica por alguien de un talento y un conocimiento superiores al suyo. Un ejercicio de modestia, pero también un reconocimiento de sus limitaciones en el ámbito de la gramática, que no en el de la literatura, cuyo gusto y capacidad crítica desarrollará en las páginas siguientes, las de la antología.

En efecto, tras el *Discurso Preliminar* y las *Observaciones críticas*, Capmany comienza su antología. En el primer volumen, tras los dos largos discursos introductorios, incluye fragmentos de autores y obras de los siglos XII al XV, hasta la época de los Reyes Católicos, obras, explica, pertenecientes a la etapa de formación de la lengua castellana. En el segundo volumen presenta a los autores del reinado de Carlos V, período en que la lengua se va refinando y mejorando paulatinamente. Los tomos tercero y cuarto contienen autores de los reinados de Felipe II y Felipe III, época en que la lengua española alcanza su madurez y en la que se escriben sus mejores obras. El quinto volumen se dedica a los reinados de Felipe IV (seis escritores) y Carlos II (un escritor), cuando la literatura entra en decadencia. Considera que, a pesar de cierta mejoría, también en el siglo XVIII siguió «contaminada», por ello no incluye autores de la época borbónica, evitando así juicios sobre autores contemporáneos suyos, a los que prefiere no enjuiciar aduciendo que en el futuro serán juzgados con mayor imparcialidad.

Capmany distribuye la prosa literaria por reinados. Naturalmente, cada época goza de más o menos páginas dependiendo de su valor literario. Comienza cada volumen con una introducción en la que examina cada etapa según la imbricación de su historia y su literatura. Sobre la época de decadencia barroca se alarga para explicar los orígenes y efectos de los excesos barrocos, que culminan en el reinado de Carlos II y que no se detienen durante el de Felipe V, donde siguen abundando, dice, los «gerundios», a pesar de lo cual, y a pesar de los malos traductores, sostiene, la lengua castellana todavía se mantiene indemne.

Exactamente, los 47 autores que Capmany selecciona como modelos para su antología son: autor anónimo del *Poema del Cid*, Berceo, Juan Lorenzo, Alfonso X, Juan Manuel, P. López de Ayala, Fernán Gómez de Ciudad Real, Alfonso de la Torre, F. Pérez de Guzmán, Fernando del Pulgar, Mosén Diego de Valera, Isabel la Católica, Juan López Palacios, F. Pérez de Oliva, Antonio de Guevara, Luis Mexía, Pedro de Rúa, Francisco Cervantes de Salazar, Francisco de Villalobos, Alexo Venegas, Luis de Avila y Zúñiga, Pedro Mexía, Florián de Ocampo, Juan de Ávila, Hurtado de Mendoza, Fray Luis de Granada, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Fray Diego de Estella, Fray Luis de León, Malón de Chaide, Fernando de Zárate, Antonio Pérez, Fray José de Sigüenza, Fray Diego de Yepes, Fray Juan Márquez, Martín de Roa, Juan de Mariana, Bartolomé Leonardo de Argensola, Miguel de Cervantes Saavedra, Francisco de Moncada, Quevedo, Carlos Coloma, Diego Saavedra Fajardo, Gracián, Nieremberg, Antonio de Solís.

Cada autor elegido va encabezado por unas breves noticias sobre su vida, su obra y su estilo. No suele precisar las ediciones o los lugares de donde proceden sus textos (Etienvre 2001: 219-227), que se permite seleccionar, e incluso retocar, con el objetivo último de que sirvan eficazmente al lector como modelos de estilo. Capmany explica algunos detalles de su edición en el *Aviso al lector*, incluido en el tomo I, donde aclara que ha prescindido de obras inéditas y de obras traducidas.

En resumen, podemos destacar que esta obra reivindica el valor de la prosa, en una época en que los tratados de Poética prescribían que la literatura solo podía escribirse en verso. El término que entonces se empleaba para lo que hoy entendemos por literatura es «poesía»; así, poesía dramática, poesía épica y poesía lírica. Los tres grandes géneros literarios debían estar escritos en verso; la poética clasicista no reconocía valor literario a la prosa. La situación cambió con la llegada del Romanticismo: Capmany fue uno de los pioneros de aquella transformación, reivindicando en su *Teatro* la dignidad literaria de la prosa, por ejemplo cuando escribía: «Conociendo pues la excelencia del romance español, y que la reputación más general, más constante y más digna de ser envidiada de esta lengua, y de cualquiera otra, depende más de la composición prosaica que del artificio métrico, he formado esta colección...». En efecto, Capmany se lamentó de que las defensas de la literatura española se solían sustentar en «obras amenas y de ingenio» escritas en verso, descuidando las obras en prosa y de pensamiento. En consecuencia, se dolía de la falta de «oradores», frente a la abundancia de poetas (1786, I: IX, I y VI).

Es destacable que, a pesar de su parcialidad apologética con la lengua española, sabe reconocer a otras lenguas ciertos méritos, así como también sabe admitir ciertas limitaciones del castellano. De esta manera, admite que el francés ha conseguido ser el idioma universal de las artes y las ciencias, y le reconoce corrección, pureza, claridad y orden. Pero también lo critica por su escasa potencialidad poética (I: CXXX): «¿dónde tiene la valentía de las

imágenes, dónde la gala de las expresiones, dónde la pompa de las cadencias», el francés «no admite las transposiciones del español, del italiano del inglés». En general, en todo el libro se advierte, no la apología indiscriminada de todo lo español, tan frecuente en aquella época, sino una defensa de la lengua española matizada, en la que caben ciertos reconocimientos a los valores de otras lenguas, la francesa incluida.

Esta obra tuvo una recepción muy positiva, como se verá con detalle en páginas posteriores. Sus contemporáneos la vieron como una respuesta inteligente a los extranjeros y concretamente al artículo de Masson de Morvilliers. Gracias al *Teatro*, vieron en Capmany un patriota moderado que defendía eficazmente la aportación de España al legado cultural europeo. Es indudable que esta obra gozó de una favorable recepción en los años de su publicación, a pesar de que años después Alcalá Galiano escribiera (1844: 385-386) que, en ella, Capmany «juntó trozos selectos de escritores castellanos desde el nacimiento de la lengua hasta fines del siglo XVII, con lo cual hizo un servicio al idioma patrio, si bien en los juicios que formó de cuyas obras daba retazos, entre bastantes aciertos no dejó de cometer algunos yerros graves, y en su discurso preliminar se manifestó preocupado y ligero, a que se agrega podersele tildar con justicia de haber omitido en su colección autores que bien merecían ocupar en ella alguna parte».

Mientras se va publicando el *Teatro* –entre 1786 y 1788 aparecieron los cuatro primeros volúmenes–, Capmany sigue trabajando en las adiciones a las *Memorias históricas*. A finales de los años ochenta Capmany prepara el *Suplemento*, que, distribuido en dos volúmenes –los tomos III y IV de las *Memorias*–, verá la luz en 1792. Y mientras tanto, también financiado por la Junta de Comercio de Barcelona, se publica en 1791 el conocido como *Libro del Consulado del Mar*, que se publicó como *Código de las costumbres marítimas de Barcelona, hasta aquí vulgarmente llamado Libro del Consulado. Nuevamente traducido al castellano con el texto lemosín restituido a su original integridad y pureza, e ilustrado con varios apéndices, glosarios y observaciones históricas*.

Se trata de una obra jurídica que Capmany tradujo al español al tiempo que ofrecía la versión en catalán, restituida «a su original integridad y pureza». El texto contiene un extenso prólogo donde se refiere a ciertas ideas jurídicas, habla sobre el origen del libro y de la época en que se redactó, de los juicios históricos que ha merecido ese *Libro del Consulado*, de la versión que él ofrece e imprime, así como del resto de versiones realizadas hasta el momento, de las leyes al respecto en otros países y épocas, etc. Acaba con un glosario de los términos náuticos y mercantiles usados en el libro, de su significado y de su evolución en otros autores y leyes. Capmany se reafirma, una vez más, en el hecho de que sus investigaciones al respecto se apoyan en todo tipo de documentos históricos y en una crítica imparcial, una metodología cercana a la de una edición crítica en su sentido

filológico moderno, que además corrobora la idea que sobre la escritura histórica se asentó el siglo XVIII (Maravall 1991: 114-120): exactitud documental, descubrimiento de fuentes, interpretación rigurosa de los datos, estudios comparativos y evolutivos, exigencia de verdad, ampliación del campo de análisis de la Historia, incluso el análisis histórico como instrumento de reforma político, etc.

Avance profesional

En estas fechas Capmany sigue avanzando profesionalmente: en 1788 fue nombrado secretario interino de la Academia de la Historia; dos años después fue elegido secretario perpetuo de esa institución, un puesto que le obligaba a residir en Madrid y a un intenso y exclusivo trabajo en la Academia. En 1792 se le encarga redactar anualmente la historia de la Academia, y en 1793 la redacción de una «noticia histórica y literaria de la Academia, desde su fundación hasta hoy» (Etienvre 2001: 256). Este extenso y laborioso trabajo, «Noticia del origen, progresos y trabajos literarios de la Real Academia de la Historia», se publicó en las *Memorias de la Real Academia de la Historia* (1796, tomo I).

También por aquellos años Capmany interviene decisivamente en uno de los proyectos de la Academia de la Historia, la preparación de un diccionario de términos geográficos españoles, en el que desde 1791 colaboraban distintos académicos. El trabajo fue completado y finalizado por Capmany en 1794. Este *Diccionario de voces españolas geográficas*, de 86 páginas, fue publicado finalmente por la Academia en 1799, como un tomo más de sus *Memorias*, sin nombre de autor e impresor, quizás para no invadir el terreno lexicográfico de la Real Academia Española (Etienvre 2001: 258). En la *Relación sucinta* de su vida y obra, Capmany incluyó un apartado de «Obras manuscritas hasta ahora, inéditas por carecer de auxilios y de proporciones para su impresión desde que emigró de Madrid en 4 de diciembre de 1808» donde figura un «*Plan de un Diccionario de voces geográficas de España*, dividido en topográficas, corográficas, civiles, políticas, físicas, rurales, hidráulicas, con una metódica nomenclatura».

Por iniciativa de Floridablanca, en 1791 se publicó el primer fascículo de los *Retratos de los españoles ilustres con un epítome de sus vidas*, una colección de grabados que, además del retrato correspondiente, incluía una breve semblanza –de una o dos páginas– de la vida de cada uno de los ilustres españoles elegidos. Es una publicación apologética que también se enmarca en el contexto de respuestas a las críticas contra España por parte de extranjeros. Realizadas por diversos autores, se presentaban sin firma. En 1793 se encargó a Capmany llevar adelante este trabajo sin remuneración. En 1795 solicitó, y obtuvo, ser pagado por esta tarea, hasta que en 1799 abandonó esta labor por motivos de salud. Se publicaron 114 retratos. No se sabe con certeza cuántos de estos fueron redactados por Capmany; algunos pertenecen

a Quintana, quien polemizó con Capmany a propósito de esta obra, como se verá en próximas páginas. Quintana afirmó que lo verdaderamente valioso de aquella publicación eran los retratos, no los textos biográficos.

Por aquellos años Capmany estuvo ocupado en otro trabajo bien remunerado, que le fue encargado por el propio Godoy. Se trata de la *Colección de los tratados de paz, alianza, comercio, etc., ajustados por la Corona de España con las potencias extranjeras desde el reinado del señor don Felipe Quinto hasta el presente*, publicado en tres volúmenes entre 1796 y 1801, sin nombre de autor y redactado por Capmany y algunas personas más (Etienvre 2001: 261). Esta obra demuestra la confianza que desde el más alto poder político se depositó en Capmany, al que se permitió el acceso a una documentación muy reservada.

En 1798 Capmany se toma la libertad de escribir de manera más personal sobre una de las cuestiones que entonces más le preocupaban: las malas traducciones. Su *Comentario con glosas críticas y joco-serias sobre la nueva traducción castellana de Las aventuras de Telémaco* es una crítica implacable a la traducción que José de Covarrubias realizó del *Télémaque* de Fenelon, bajo el título de *Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises* (1797). En su sátira, Capmany subraya y se mofa de los errores que cometió Covarrubias en su traducción. Es posible (Etienvre 2001: 269) que Capmany estuviera vengándose de Covarrubias –poderoso personaje de la época– por algún motivo, o bien que otros se sirvieran de su pluma para atacar al traductor del *Telémaco*. Es más probable lo primero: Covarrubias no mencionó a Capmany en el prólogo de su libro –donde se ocupaba de cuestiones sobre la traducción–, mientras que sí citó a Feijoo, Luzán, Mayans, Vicente de los Ríos y Gregorio Garcés, escritores cuya autoridad intelectual en el ámbito de la teoría sobre la traducción no superaba a la de Capmany.

En este libro Capmany propone fragmentos en verso como modelos de estilo; los poetas elegidos son Boscán, Garcilaso, Herrera, Fray Luis de León, Ercilla, Jáuregui, Argensola, Lope, Góngora y Villegas. Juan de Mariana, Bartolomé Leonardo de Argensola, M. Cervantes Saavedra, Francisco de Moncada, Quevedo, Carlos Coloma, Diego Saavedra Fajardo, Gracián, Nieremberg, Antonio de Solís.

Enfermedad y vuelta a Barcelona

En 1799 Capmany tuvo problemas de salud –achaques de gota y problemas de vista– y debió ausentarse temporalmente de Madrid para recuperarse. En 1801 las interrupciones en su trabajo de la Academia se suceden hasta que en la sesión del 22 de enero de 1802 se dirige a los académicos con un discurso en el que anuncia su dimisión del puesto de secretario, se lamenta de la escasa retribución económica de que ha gozado en sus años de

servicios en esa institución y solicita una pensión permanente. Se queja de haber sido tratado peor que otros cargos de la Academia, a pesar de lo cual nunca ha protestado; esa desproporción en el trato le obliga a sustentarse con dificultad, ya que junto a sus gastos debe mantener a un hijo en el servicio militar. Finalmente, se le concede una paga de 300 ducados anuales, pero con la obligación de seguir redactando la historia de la Academia. En mayo de 1802 marcha a Barcelona enviado por el Rey para ordenar e inventariar los Archivos del Patrimonio Real de Barcelona, donde se reunieron los antiguos Archivos de la Bailía General de Cataluña y del Maestre Racional de Barcelona. A finales de año termina esta misión y es nombrado director de dichos Archivos, cargo retribuido con 6.000 reales al año.

Durante este viaje a Barcelona, que no había visitado desde 1785, descubre una ciudad abrumada por el humo de las fábricas y el ruido, una ciudad donde «no se puede pensar, ni escribir, sino vegetar plausiblemente». La capital catalana se ha convertido en «un lugar de fabricantes, traficantes, carreteros afanados y hurones púnicos, hambrientos de dinero y de guardarlo para adquirir más». Evidentemente, a Capmany no le ha gustado la creciente industrialización de Barcelona. En carta a Cornide del 6 de octubre de 1802, Capmany escribe sobre las fiestas organizadas en Barcelona para celebrar el matrimonio de los infantes Isabel y Fernando: «Nada de digno, de decoro, ni de serio por falta de compostura y orden. En una palabra, una procesión de Semana Santa a lo profano y con máscara [...] Parece que esta ciudad ha perdido de gusto e invención todo lo que ha adquirido de población y riqueza» (Etienvre 2001: 271-272).

Nuevo Diccionario

A su vuelta a Madrid, Capmany, tras haber reconocido las imperfecciones de su *Arte de traducir*, continuó trabajando en su *Nuevo diccionario francés-español*, que sería publicado por Sancha en 1805. En efecto, Capmany escribe en el *Prólogo* que «no son menos de seis años los que he gastado en esta lucha metafísica de carear y ajustar dos lenguas tan discordes entre sí, no perdonando día, ni hora de distracción, en que no diese tormento a mis sentidos buscando el de las palabras». Justifica la redacción de esta obra refiriéndose a la desgracia que ha supuesto «el pésimo surtimiento de *Dictionnaires Français-Espagnols*, que bajo de diferentes nombres y de diferentes ediciones y reimpressiones [...], han inundado la España y las Indias por espacio de un siglo los mayores contrabandistas de la lengua castellana, que nunca la conocieron ni podían conocerla». Ante esta situación, aborda la redacción de esta obra «de absoluta necesidad, y más en estos últimos tiempos, en que la moda, o manía, de traducir del francés hasta el arte de ayudar a bien morir, hacía más indispensable el verdadero conocimiento de aquella lengua, para no desfigurar o descascar la nuestra» (1805: I-II).

Se trata de una obra que entonces debía competir, sobre todo, con los acreditados diccionarios de Cormon y de Gattel, motivo por el que Capmany entabla batalla con estos ya desde la portada del libro. Por ello, titula exactamente su obra *Nuevo diccionario francés-español. En este van enmendados, corregidos, mejorados, y enriquecidos considerablemente los de Gattel y Cormon*. En el prólogo del libro Capmany admite que su obra está basada en los diccionarios de Cormon y de Gattel, pero asegura que ha realizado una reescritura de los dos diccionarios, corrigiendo o cambiando ciertas entradas o enriqueciéndolas todas con nuevas frases o nuevas acepciones. Lo cierto es que la aportación de Capmany fue verdaderamente relevante, a pesar de las inevitables deudas que en lexicografía comparada se contraen necesariamente con autores precedentes, como, en este caso, Cormon o Gattel.

En esta obra Capmany intentó demostrar una vez más la superioridad del español sobre el francés, ante todo por su riqueza léxica; minimizó además la riqueza de voces técnicas del francés, asegurando que el español podía formar igualmente esas voces acudiendo directamente al latín o al griego, como hacía el francés. Esa actitud patriótica del Capmany de aquellos años se acompaña de una nítida posición política: en el diccionario decide prescindir del vocabulario nacido de la Revolución Francesa que, por el contrario, sí incluían las ediciones más recientes de los diccionarios de Cormon y Gattel.

La mejor prensa española del momento –*Memorial Literario* (30-9-1805, pp. 381-396) y *Variedades* (1805, 2º, IV, pp. 114-124)– recibió positivamente el *Nuevo Diccionario* de Capmany. La reseña de *Variedades*, posiblemente escrita por el propio Quintana, se hace eco de la pasión de Capmany por la lengua popular y lo parafrasea cuando subraya que la comparación entre dos lenguas deberá hacerse basándose en las voces que constituyen «la lengua nativa y natural» de cada una de ellas, y no en las aportaciones de sus autores cultos, porque no se puede «confundir el lenguaje de los autores con el de la nación». Se subraya nuevamente la idea de que los autores franceses podrían ser superiores a los españoles, pero no lo es la lengua francesa con respecto a la española. Aún no se había desatado la enemistad entre los dos escritores españoles. El autor de la reseña considera a Capmany como un ingenio que destaca entre «la caterva de los corruptores de la lengua española»: afortunadamente, aparece ahora este encomiable libro de Capmany, que con «loable celo» y «vastos conocimientos» contribuirá a resolver esa situación. Se concluye así: «Es ciertamente loable la modestia del autor, que después de seis años de un trabajo ímprobo y continuo todavía encuentra imperfecta una obra digna de admiración y elogio por todas sus circunstancias». En cualquier caso, la recepción crítica del *Nuevo Diccionario* en el momento de su aparición fue mayoritariamente positiva: no podía ser de otro modo, porque era una valiosa aportación a la filología española y porque habría sido antipatriótico criticarla.

Sin embargo, también fue objeto de polémica por cuestiones puntuales⁷ y por un artículo anónimo aparecido años después en la *Gaceta de Bayona* (21-9-1829), donde se censura a Capmany por haber plagiado el *Diccionario universal francés-español* de Antonio María Herrero (Madrid, Imprenta del Reino, 1744): tras reproducir algunas muestras del plagio, puede leerse en la *Gaceta*: «No es esta la sola ocasión en que se mostró poco delicado en apropiarse lo ajeno, vicio vergonzoso que debiera dejar a los folletistas mendicantes. Pero esta vez excedió a los más alentados en el oficio, con la expoliación de un volumen de casi mil páginas»⁸. Es cierto que Capmany solo declara haber tomado como referencias los diccionarios de Cormon y Gattel, y que no declara sus deudas con Herrero: una «usurpación que hallará cualquiera en el cotejo de los dos diccionarios», y «calló su nombre que a ley de justicia y de honor debiera proclamar». Como se ha venido señalando, no fue la primera vez, ni la última, en que Capmany plagió textos de otros autores.

En 1807 Capmany publica las *Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia política y militar*, donde se pregunta variadas cuestiones sobre la teoría de la Historia y donde desarrolla algunos temas ya tratados en las *Memorias*, historia económica y demográfica en España, la invención de la brújula y de la pólvora, el origen de las enfermedades venéreas, etc. Con una concepción muy moderna, sostiene Capmany que un historiador debe recurrir a documentos ignorados en lóbregos archivos, y no debe limitarse a cuestiones de historia general, sino descender a cuestiones cuya historia interesa conocer. Por ejemplo, no basta con describir una batalla, es necesario saber, además, si las balas de la artillería eran de cobre, de hierro, de plomo, o de piedra; y en una batalla naval, habrá que saber qué instrumentos de marear se manejaban. Porque si un historiador actual acude a cronistas contemporáneos a los hechos, es muy probable que no se refieran a estas cuestiones, que hoy son muy útiles para la historia económica, política o militar. Por eso, sostiene que un historiador actual debe recurrir a fuentes historiográficas contemporáneas, que ha de comparar con las fuentes más antiguas, y ha de recurrir a documentos inéditos que den nueva luz e incluso puedan cambiar la interpretación recibida durante siglos.

Descendiendo a preguntas concretas, una de las cuestiones plantea «si la industria, la agricultura y la población de España en los siglos pasados han llevado ventaja a las del tiempo presente». Y se interroga sobre un tópico bastante admitido según el cual el descubrimiento de América causó un grave perjuicio económico a España. Su estimación es contraria a esta idea,

⁷ La profesora Etienvre (2001: 439-443) reprodujo las cartas que la *Gaceta de Bayona* publicó (10 y 30 de octubre de 1805) de un anónimo y del propio Capmany a propósito de la voz «orfebre».

⁸ Véase Etienvre 2001: 276 y 444-450.

aunque reconoce que la falta de datos sobre tiempos antiguos impide la certeza de las conclusiones.

Estas reflexiones de Capmany se dirigían a historiadores y a estudiosos interesados en resolver los tópicos de las tradiciones vulgares. Es una invitación a la discusión historiográfica entre expertos, un intercambio de opiniones entre sabios que tuvo cierta repercusión: la profesora Etienvre (2001: 255) explica que Lanjuinais, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras francesa, dedicó una noticia de quince páginas a las *Cuestiones*, obra que elogia y sobre cuyos asuntos establece un diálogo con Capmany.

Oposición al gobierno

Poco antes de la , y tras una primera etapa de relativa e interesada condescendencia con Godoy, Capmany comenzó a mostrar públicamente su oposición al gobierno: en 1806 dirigió al Príncipe de la Paz dos cartas en las que expone la necesidad de potenciar el espíritu nacional y alejarse de la órbita francesa. En los meses previos a la invasión francesa, Capmany fue un crítico declarado de Godoy y activista de la resistencia antifrancesa; entre agosto y octubre de 1808 redactó *Centinela contra franceses* –editado en Madrid ese mismo año–, que tuvo una *Parte segunda*, editada también en 1808 en Madrid. Se tradujo al portugués (1808), al inglés (1809) y al francés (1810), esta última parece que por encargo del propio Napoleón, quien deseaba leerlo en su lengua. Tuvo un notable éxito editorial, con varias ediciones y reimpressiones.

La intención de la obra es llamar a la guerra contra Francia y criticar duramente a Napoleón, los franceses y Godoy. Tampoco los afrancesados escapan a sus críticas. Todo ello con el fin de restaurar en su trono a Fernando VII, «preso en la infiel Francia» (2008: 54) y de obtener grandes ventajas económicas y morales con la guerra. Se trata de una obra de circunstancias que, a pesar de ello, contiene algunas consideraciones históricas y que fue tildada por Alcalá Galiano (2009: 136) de extravagante, por «la mezcla singular de máximas favorables al patriotismo español y contrarias a la civilización europea y general». Guillermo Carnero (1978: 253) le atribuyó un «furibundo reaccionarismo contrarrevolucionario». Françoise Etienvre (2008: LV) la consideró una «sátira de circunstancias» «que no excluye la reflexión histórica» y cuyo «patriotismo exacerbado comunica el tono propio de la invectiva». En efecto, este escrito debe entenderse como una obra de circunstancias, casi como un panfleto político, cuyos elementos antiilustrados no representan para nada el pensamiento de Capmany a lo largo de toda su vida. Sería poco científico definir políticamente a Capmany solo por lo que expresa en esta obra.

Capmany proclama que, en estos difíciles tiempos, en que la patria corre peligro, se necesitan defensores: «¡Manos a las armas y Dios bendiga la noble intención de tan santa

empresa!». Porque ya sus compatriotas se han desengañado acerca de las verdaderas y «depravadas intenciones del atrocísimo Corso, que a título de íntimo Aliado nos había dejado sin camisa y con el de Protector venía ahora a quitarnos el pellejo» (Etienvre 2008: 5-6).

También critica ferozmente a Godoy, responsable del Tratado de San Ildefonso de 18 de agosto de 1796: «Por aquel violento tratado quedó la España esclava y tributaria de la Francia perpetuamente [y] nos hemos visto obligados a romper dos veces con la Inglaterra, padeciendo pérdidas y ruinas imponderables en nuestro comercio y navegación». «Con la guerra vengaremos de una vez tantos agravios como hemos padecido veinte años seguidos». «Con esta guerra navegaremos, restauraremos nuestra aniquilada marina, nuestras decaídas fábricas, nuestra semimuerta industria, nuestro tráfico marítimo y terrestre». Y gracias a esta guerra «no nos inocularán más el impío filosofismo y la corrupción de costumbres de sus venenosos libros» y nos «libraremos de la molestia y asco de dar oídos a la fastidiosa turba de sabihondos, ideólogos-filósofos-humanistas y politécnicos», y «en fin, seremos mejores cristianos». Sus críticas a Napoleón son mayúsculas: «las tres épocas terribles en los anales del mundo son: el diluvio universal, Mahoma y Bonaparte» (Etienvre 2008: 7-29).

Termina: «¡Alerta, leales y bravos compatriotas míos! Centinelas sois todos contra los franceses y contra aquellos españoles, si los hay, que los temen o no los aborrecen, porque estos les ayudarían mañana si pudiesen». «¡Españoles ilustres, provincias que os honráis con este timbre glorioso y que juntas formáis la potencia española y que, reduciendo vuestras voluntades en una sola, haréis para siempre invencible la fuerza nacional: unión, fraternidad y constancia!» (Etienvre 2008: 53-54). Tanto en esta obra como en sus discursos ante las Cortes de Cádiz, Capmany atacó duramente a Godoy.

El radicalismo antifrancés de *Centinela* le valió la enemistad de Quintana y de los miembros de su grupo: Capmany referirá en el *Manifiesto de D. Antonio de Capmany en respuesta a la contestación de D. Manuel José Quintana* (1811) el vacío que, a raíz de la publicación de *Centinela*, le hicieron sus antiguos compañeros de tertulia madrileña. Su oposición a José Bonaparte se evidencia también en la sesión del 9 de agosto de 1808 de la Academia de la Historia, cuando Capmany propone condenar a varios afrancesados de esa institución.

Estancia en Sevilla y Cádiz

Tras la rendición de Madrid ante las fuerzas francesas en diciembre de 1808, Capmany huyó a Sevilla con un criado, dejando en Madrid a su mujer, enferma, que después se reunirá con su hijo, quien, tras haber dejado el Ejército en 1807, era entonces tesorero de rentas en Sigüenza.

Poco después, en 1809, publicó Capmany en Sevilla su *Gritos de Madrid cautivo a los pueblos de España*, obra redactada como consecuencia del *Reglamento de policía* que aprobara José Bonaparte el 17 de febrero de 1809. Se trata de un discurso donde se pretende excitar la indignación y la venganza de los ciudadanos ante el carácter opresivo de las nuevas disposiciones políticas, inspiradas por el «espíritu diabólico» de Napoleón.

Sobre sus últimos tiempos en la capital de España, escribe Capmany de sí mismo en la *Relación sucinta*: «Últimamente fue nombrado por la Superintendencia de Imprentas del Reino, con Real aprobación, Censor de los periódicos que se publicaban en la Corte, con la asignación de 4.400 reales anuales. En este estado de paz y tranquilidad», y con unas «sustanciosas rentas, sueldos y asignaciones, las perdió gustoso, huyendo a pie, a los 68 años de su edad, de Madrid y de la vista y dominación francesa, con solo la ropa que traía encima en aquel momento, abandonando su casa, sus libros, sus manuscritos y trabajos medio concluidos, sus haberes, sus conveniencias, y hasta su mujer y nuera enfermas que no pudieron seguirle. Llegó a Sevilla el día 1º de enero de 1809 casi desnudo; se presentó al Gobierno Supremo manifestando su indignancia. Y hecho cargo este de los méritos, servicios y patriotismo del prófugo, le señaló» una renta de 18.000 reales anuales y le encargó la redacción de la *Gaceta del Gobierno* resistente, «interrumpida desde la entrada de los franceses en Madrid». Un encargo que mantuvo entre enero y julio de 1809. En efecto, en Sevilla Capmany se reencuentra con Quintana y Jovellanos, quien consigue su nombramiento como redactor de dicha *Gaceta*.

Durante los seis primeros meses de 1809 escribe abundantes proclamas antifrancesas. Sus escritos debían ser aprobados por Quintana, lo que pudo haber influido en la enemistad entre ambos, que estallaría públicamente en 1811. Desde el 20 de julio de 1809 y gracias a Jovellanos trabaja como Vocal de la Junta Consultiva de Cortes, ocupándose de la preparación de la convocatoria de las próximas Cortes y de recabar toda la información posible acerca de memorias históricas relativas a las antiguas Cortes de Castilla, Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra. Así lo cuenta en la *Relación sucinta*: «Tuvo la comisión de examinar los discursos presentados a la Junta Suprema de Cortes y formar un análisis de su contenido, y dar un informe general sobre esta materia, y un compendio histórico de la celebración de estos congresos en la Corona de Castilla, y en las de Navarra y Aragón, y así lo ejecutó con gran diligencia y trabajo».

En octubre de 1809 presentó un *Informe presentado a la Comisión de Cortes sobre la necesidad en que se hallaba la monarquía de una Constitución*, donde, entre otras ideas, defiende una nueva Constitución escrita, muestra su adhesión al sistema monárquico, aunque sostiene que el poder real no debe ser absoluto ni despótico, y defiende que la comunidad política debe tener una estructura estamental. Algunos historiadores, como Miguel Artola (1959, I: 330) han advertido que en este *Informe* «hay un auténtico elogio

de las virtudes políticas de la ignorancia», aludiendo al acierto del pueblo sencillo e iletrado al oponerse a las élites cultas, «afrancesados», que han traicionado a España entregándose a los franceses.

En diciembre de 1809 presentó el referido compendio sobre los parlamentos de los reinos españoles antes del absolutismo, un trabajo que desarrollado y modificado se publicó póstumamente, en 1821, bajo el título de *Práctica y estilo de celebrar Cortes en el reino de Aragón, principado de Cataluña y reino de Valencia. Y una noticia de las de Castilla y Navarra*.

Evidentemente, Capmany fue elegido para esta tarea por su fama como erudito y conocedor de esta materia. Su compendio fue exactamente eso, un resumen de obras precedentes sobre ese asunto, demostrativo de que Capmany no renuncia a la tradición. Efectivamente, en la introducción que redactó sostuvo la necesidad de una Constitución presentando como modelo a las antiguas Cortes de la Corona de Aragón; por el contrario, hizo algunas críticas a las de Castilla. Asimismo, atribuyó a las Cortes un poder legislativo independiente de la autoridad del monarca.

Sigue Capmany en la *Relación sucinta*: «Actualmente se halla refugiado en Cádiz desde que huyendo de la invasión de los franceses en Sevilla, vino a buscar un asilo en esta ciudad bajo la sombra del nuevo Gobierno. Este le encargó [en enero de 1810] la segunda restauración de la *Gaceta*, interrumpida con este nuevo acontecimiento, y se continúa bajo el título de la *Gaceta de la Regencia de España e Indias*.» Capmany firmó esta *Relación sucinta* el 10 de junio de 1810.

En agosto de 1810 fue nombrado Diputado a Cortes por la Junta Superior del Principado de Cataluña. Desde el inicio de las Cortes de Cádiz, en septiembre de 1810, fue uno de los diputados más relevantes, interviniendo con cierta frecuencia en la tribuna de oradores. Allí fue favorable al parlamentarismo antiguo, contra la opinión de los diputados liberales que preferían beber en las modernas constituciones francesas. Defendió la separación de poderes y el equilibrio entre los poderes legislativo y ejecutivo. Junto a los liberales votó leyes muy importantes, claramente contrarias al absolutismo: estuvo a favor de la libertad de imprenta (19-10-1810), de la soberanía de las Cortes (2-11-1810) y de la abolición de la Inquisición (22-1-1813). Sin embargo, contra los liberales votó a favor de la continuidad de los gremios (4-6-1813).

Enfrentamiento con Quintana

Uno de los episodios más citados de la vida de Capmany fue el de su enfrentamiento en Cádiz con Quintana. Las relaciones entre ambos habían sido aparentemente cordiales hasta

que estallaron las disensiones públicas en 1811. Pero la enemistad surgió antes. Todavía en 1805 Quintana insertó en su periódico *Variedades de ciencias, literatura y artes* una reseña elogiosa del *Teatro histórico-crítico* de Capmany, donde se afirmaba que esa obra era una de las más útiles que se poseían en España. De igual manera recibió el *Nuevo Diccionario* la revista de Quintana: *Variedades* (1805: IV, 114-124) se mostró de acuerdo con los planteamientos de Capmany acerca de las diferencias entre la lengua de los cultos y la lengua «nativa y natural».

Es posible que fuera hacia 1805 cuando comenzaran a distanciarse Quintana y Capmany: a propósito de la oposición entre quintanistas y moratinistas, escribía Alcalá Galiano (2009: 89) que «la literatura madrileña estaba en 1805 casi dividida en dos bandos [...]. En la formación de estos bandos influían variedad o contraposición en las doctrinas, así literarias como de otra clase, no dejando de influir estas últimas en aquellas, y viceversa, o razones privadas, ya de piques y resentimientos, ya de celos y ambición de ocupar puestos absoluta o relativamente superiores». Aclara que hubo «literatos» que no formaron parte de ningún bando. Una de las huestes político-literarias estaba «patrocinada por el gobierno, o digamos por el Príncipe de la Paz», y formada por Moratín, «nada amante de la libertad política, y muy bien avenido con la autoridad, aun la de entonces, a cuya sombra medraba, y también dominaba». En esta hueste formaban también Estala y Melón; el triunvirato tenía pocos «secuaces».

Sin embargo, Dérozier (1978: 183-184) sostenía la existencia de un «cuarteto autocrático», donde también incluía a Capmany (Melón, Capmany, Tineo y Moratín), que agotaron «su tiempo y sus energías en satisfacer venganzas personales, favorecer a sus protegidos, animar a sus amigos y arruinar a sus enemigos, y, ante todo, halagar» a Godoy. Es posible que el Capmany de 1805 no militase abiertamente en el grupo de Moratín, pero sí que mantuviese una posición ambigua. Al menos debió de coincidir más bien con la sumisión política de los moratinistas –que medraban a la sombra de la autoridad–, antes que con los quintanistas, con quienes podía compartir tertulia en casa de Quintana, pero no compartir completamente su ideología –sobre todo su irreligiosidad–, tal y como unos años después manifestó el propio Capmany en su *Manifiesto* en respuesta a Quintana. En efecto, Alcalá Galiano (1955: 394) describe al Capmany de estos años como «alistado en la bandera de los reformadores, pero con actos de insubordinación frecuente». En Cádiz fue liberal, pero «en su bando era considerado como poco celoso en algunos puntos, llevándole a desviarse de los suyos su adhesión a los ingleses, que, por lo apasionada, llegaba a ser sumisa».

En sus «Observaciones dirigidas a los hombres insensatos», texto incluido en el *Manifiesto de D. Antonio de Capmany en respuesta a la contestación de D. Manuel Josef Quintana* (1811) del que hablaremos a continuación, Capmany escribió que «nuestra

antigua amistad fue rota por el mismo Sr. Quintana desde que apareció el librito intitulado *Centinela contra franceses* [1808]. Desde aquel momento no supo disimular sus celos al ver que no era el único que salía al público con su nombre y apellido insultando al tirano de la Europa» (Etienvre 2001: 461). En efecto, a Capmany debió de molestarle sobremanera que Quintana no publicase en el *Semanario patriótico* una reseña sobre *Centinela*. Incluso, según cuenta el propio Capmany en el *Manifiesto* (1811: 24), Quintana le negó la palabra tras la publicación del *Centinela*. Poco después, cuando Capmany fue encargado de redactar la Gaceta del Gobierno en Sevilla, la distancia entre ambos escritores debió de crecer aún más.

Sin embargo en ese *Manifiesto* se sostiene que la enemistad se fue fraguando desde antes de 1808: el catalán asistía a la tertulia que Quintana organizaba en su casa de Madrid pero, según cuenta Capmany en dichas *Observaciones*, ya en aquellas reuniones descubrió que estaba entre personas alejadas ideológica y éticamente de él, con opiniones diversas en algunos aspectos políticos y religiosos: «Entonces dejé de frecuentar la casa del amigo por no ver la cara a esos pérfidos bribones», algunos de los cuales criticaron sus obras, sobre todo la *Centinela contra franceses* (Etienvre 2001: 461 y 462). Los pérfidos bribones eran los literatos y críticos más distinguidos de aquellos años, Blanco White, Alea, Munárriz, Cienfuegos, Gallego, Marchena, Arjona y otros. Alcalá Galiano (2009: 111-112) escribió en sus *Recuerdos de un anciano* que los asiduos a aquella tertulia en la casa de Quintana eran «los hombres más señalados de España por sus talentos y saber, y también por ideas favorables a la libertad política y religiosa en grado hasta excesivo», aunque no todos llegaban igual de lejos. En efecto, Capmany era más moderado que los otros contertulios; así lo afirmaba Menéndez Pelayo (1956: 639): de entre ellos, era «el único que allí desentonaba por español a la antigua y católico a machamartillo, hombre en quien las ideas políticas del tiempo, por él altamente profesadas en las Cortes de Cádiz, no llegaron a extinguir la fe».

La semilla del enfrentamiento entre los dos hombres incluso pudo ser anterior y a propósito de sus diferentes colaboraciones en los *Retratos de los españoles ilustres*: parece que los retratos redactados por Quintana tuvieron más éxito que los de Capmany. Escribía Dérozier (1978: 277 y 353) que Quintana recordó, en su *Memoria sobre el proceso y prisión de D. Manuel José Quintana en 1814*, que esto constituyó el punto de partida de todos los rencores y odios futuros; Capmany no pudo tolerar el éxito, tan vivo, de los retratos de Quintana, mientras que los suyos no habían disfrutado de la menor popularidad. Escribe Dérozier: «Capmany contaba en erudito la vida de los personajes ilustres; Quintana, que se vuelve obstinadamente hacia el pasado [...], hace de Pelayo, Guzmán el Bueno y Padilla auténticos símbolos vivientes». Capmany, en el *Manifiesto*, también se refiere a los *Retratos* como origen de sus diferencias: Quintana le pidió en Madrid que repasase los borradores de sus *Vidas*. Las indicaciones y correcciones de Capmany fueron aceptadas fielmente por

Quintana; un favor que, igual que otros, Quintana no agradeció ni devolvió nunca, según estimaba Capmany.

Además del alejamiento que supusieron los *Retratos*, la tertulia y, después, la aparición de la *Centinela*, también se refiere Capmany a las zancadillas que sufrió de Quintana cuando ambos estaban en Sevilla durante la guerra contra los franceses y él dirigía la *Gaceta*, un puesto que le pidieron desempeñar Jovellanos, Pedro Cevallos y Martín de Garay, porque entonces no había pluma más cualificada que la suya para aquella tarea de mostrar «al mundo que había un centro de la soberanía española». Quintana, «en vez de ayudarme en esta empresa» ocultaba o retrasaba las noticias que debía recibir Capmany para la redacción de su periódico. Un difícil encargo este que Capmany volvió a recibir en Cádiz y que, según dice, aceptó desempeñar por patriotismo (Etienvre 2001: 463-464). Parece que Capmany no pudo soportar que Quintana, mucho más joven que él, fuera desde la creación de la Junta Central el redactor oficial del Gobierno en proclamas o manifiestos, a pesar de que su dominio de la lengua era deficiente, según estimaba Capmany, quien con insistencia criticó gramaticalmente los escritos de Quintana.

Esta acumulación de desencuentros desembocó en un enfrentamiento público, que estalló cuando Capmany escribió su *Carta de un buen patriota que reside disimulado en Sevilla, escrita a un amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz*, fechada el 18 de mayo de 1811, en la que critica dos proclamas de Quintana. Dérozier (1978: 657) lo cuenta así: la intención de Capmany «es demostrar cómo Quintana se ha apoderado de los buenos empleos y que de secretaría en secretaría ha querido hacerse pasar por el orador nacional. Más lejos añade que ha fatigado al público con su estilo anfibio con vocabulario francés». En efecto, Quintana, en su citada *Memoria sobre el proceso y prisión* (1972: 89), escribió que Capmany «no podía digerir que tratándose de escribir en prosa pudiera elogiarse otra pluma que la suya», y sigue: «él estuvo así dos años, como suele decirse, tragando veneno», hasta que consciente de que Quintana no gozaba del favor del que dispuso años antes, «vio que había llegado la suya y que era tiempo de vengar lo que él llamaba sus agravios».

La *Segunda Carta del buen patriota disimulado en Sevilla a un amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz*, de 20 de junio de 1811, critica a Quintana por su falta de religiosidad, su vocabulario galicista, su gongorismo, etc. Poco después, en la sesión de Cortes de 2 de julio de 1811, Capmany interviene para pedir que sea denegado el aumento de sueldo que Quintana había solicitado como secretario de la Estampilla. Las Cortes votaron, casi por unanimidad, la denegación del aumento de sueldo a Quintana. Este dimite el 4 de julio del puesto de Secretario de la Real Cámara y Estampilla. Y ante los repetidos ataques de Capmany, dirigidos a socavar su prestigio político y literario, Quintana redacta unas *Reflexiones dirigidas a los hombres sensatos*, que, junto a su carta

de dimisión y a la respuesta del Consejo de Regencia, publica el 23 de julio bajo el título de *Contestación de D. Manuel Josef Quintana a los rumores y críticas que se han esparcido contra él en estos días*.

En esta *Contestación* Quintana explica que los ataques de Capmany constituyen «los esfuerzos de un gramático empeñado en destruir la reputación literaria de un escritor» que no ha tenido ningún interés en embarcarse en esta polémica. La inquina de Capmany no estaba basada en diferencias ideológicas, sino en la acumulación de distanciamientos personales que estamos refiriendo. Capmany responde a Quintana el 18 de agosto de 1811 en un extenso *Manifiesto de D. Antonio de Capmany en respuesta a la contestación de D. Manuel José Quintana*, cuyo texto proporciona seguras pistas sobre el fondo real de su enemistad. Se trata de un folleto de 30 páginas, de las que el Manifiesto ocupa las ocho primeras y las restantes están ocupadas por las «Observaciones dirigidas a los hombres insensatos».

Capmany se dirige a Quintana en el *Manifiesto* como «Muy señor mío, y mi antiguo amigo», le reprocha que responda a sus adversarios con el silencio, «uno de los géneros más refinados de desprecio». Critica a Quintana que haya publicado su *Contestación* «sin constar el lugar ni el nombre del impresor, contra el reglamento de la imprenta de que es V.S. juez conservador y censor supremo». A pesar de admitir que su enemigo es persona «digna de aprecio por su conducta privada y por su talento e ilustración», también ve en él grandes defectos. El catalán enumera los epítetos con que Quintana lo ha descrito: hipócrita, pirata y salteador en el mundo literario, maldiciente, crítico superficial, injusto y maniático, ignorante de los principios del lenguaje, envidioso, delator, hombre infame, etc. Responde que le perdona esas injurias. Reprocha a Quintana su «afectada severidad filosófica»; dice que no le envidia por su acumulación de cargos, de los que, dice, él siempre ha huido, rechazando muchas proposiciones. Tras desarrollar una breve apología de sí mismo, concluye «Por lo que dejo expuesto en breves razones se podrá convencer V.S. de que no puede jamás guiar mi pluma la envidia hablando de su persona, porque para mí nada tiene V.S. envidiable». También desmiente la acusación de que siente celos de Quintana; incluso menos celos ahora que Quintana se ha visto abandonado por las Musas. Pide a Quintana que recuerde cuando le rogó que revisase sus borradores de las *Vidas*, a lo que Capmany accedió, aceptando Quintana todas sus correcciones. Y añade «¿Quién convidó a V.S. a recibirse en la Real Academia de la Historia, ofreciéndole su influjo para el logro, como secretario que era yo en ella?» (1811: 1-6). Así censura a Quintana por desagradecido.

Tras esas ocho páginas preliminares, Capmany añade las irónicas *Reflexiones dirigidas a los hombres insensatos*, ya que Quintana se había dirigido antes a los sensatos. Allí recuerda ciertos elogios que en 1809 hizo por escrito a Quintana sobre su independencia respecto de Godoy. Ahora sigue reconociendo aquel mérito, pero puntualiza que «el señor Quintana no tenía hijos que colocar, ni tuvo jamás que mendigar el pan cotidiano que faltaba a otros de

alma tan libre como la suya, ni motivos que le hubiesen precisado a ver la cara al déspota». Así parece reconocer, implícitamente, que él fue más sumiso al poder por necesidad. Efectivamente, tenía un hijo al que ayudar. Además, sigue Capmany, aunque Quintana nunca hizo elogios públicos a Godoy, con el tiempo también se convirtió en pretendiente y se acomodó a lo que antes reprendía: de esta manera consiguió el bien remunerado cargo de censor de teatros en febrero de 1806. Continúa Capmany narrando otros episodios, incluido el que ya hemos referido sobre la tertulia en casa de Quintana, donde pinta como unos descreídos y bribones a sus amigos Blanco White, Alea, Arjona, Gallego, etc.

Tras aquella controversia pública con Quintana, Capmany estuvo bastante aislado en las Cortes de Cádiz, incluso entre sus propios correligionarios liberales. En la segunda mitad de 1813 se desató allí una epidemia de fiebre amarilla. Las Cortes se trasladaron a la Isla de León en un intento de evitarla. Pero Capmany contrajo la enfermedad. El 11 de noviembre de 1813 otorgó testamento, donde se muestra como católico militante; dispone lo relativo a la herencia y al entierro. Murió el 14 de noviembre; fue enterrado en Cádiz; sus restos permanecieron allí hasta que en 1857 se trasladaron a Barcelona, donde autoridades y destacados intelectuales le tributaron un merecido homenaje. Desde entonces, mucho se ha escrito sobre su vida y obra.

LENGUA, CULTURA Y NACIONALISMO

El asunto más tratado por Capmany en el conjunto de toda su obra fue el de la lengua española: sus características, su valor en comparación con el de otras lenguas, la conveniencia o no de traducciones desde otros idiomas, la necesidad de actualización con «voces nuevas», el purismo lingüístico... Este enorme interés por la lengua castellana está presente en muchas de sus publicaciones, en la mayoría de las cuales se esfuerza por elogiarla y presentarla como mejor que las demás. Este asunto es paradigmático para comprobar la evolución que experimentó Capmany, desde las publicaciones iniciales en que viene a reconocer la superioridad del francés, la necesidad de que el español se modernice y la conveniencia de traducir obras extranjeras, hasta sus últimos textos en los que afirma orgullosamente la primacía del castellano negando la necesidad de las traducciones de obras extranjeras.

Los elogios de la lengua española constituyen un género de escritos muy frecuentados durante el Siglo de Oro. Sin embargo, el tratamiento que merecen en el XVIII pone de manifiesto determinadas características que los diferencian de épocas anteriores. Si a medida que avanza el Siglo XVI el castellano va presentándose como una lengua segura de sí misma, a la ofensiva, compañera del Imperio y dispuesta a triunfar en otras naciones,

en el siglo ilustrado se presenta generalmente como una lengua necesitada de actualización, a la defensiva, que intenta reafirmar su valor ante los ataques extranjeros contra la cultura española y, sobre todo, ante la invasión de la lengua francesa.

La reivindicación del esplendor de una lengua en estrecha relación con el esplendor del país al que pertenece está presente en muchos de los elogios del español escritos en el Siglo de Oro, en los que se halla ese acento universalista de expansión y conquista en el doble plano lingüístico y militar. Junto a la idea de «invadir» y «conquistar» lingüísticamente otras naciones había quien defendía incluso la de «saquear»: Lázaro Carreter cita a fray Jerónimo de San José que en su *Genio de la Historia* (1651) defiende que «el brío español no sólo quiere mostrar su imperio en conquistar y avasallar reinos extraños, sino también ostentar su dominio en servirse de los trajes y lenguajes de todo el mundo, tomando libremente de cada provincia, como en tributo de vasallaje, lo que más le agrada y de que tiene más necesidad para enriquecer y engalanar su traje y lengua» (Lázaro 1985: 271).

Compárense estas ideas desprejuiciadas acerca de la introducción en el español de elementos pertenecientes a otras lenguas con las bastante extendidas a finales de la centuria ilustrada, en las que se advierte el rechazo y la gran preocupación por la invasión de neologismos o giros sintácticos ajenos a la lengua castellana. Por otra parte, en el siglo XVIII el latín deja de ser el punto de referencia obligado a la hora de enjuiciar el valor de las lenguas vulgares. Antes se consideraba que las lenguas románicas eran tanto más valiosas cuanto más se asemejaban al latín. En la época ilustrada el latín ha dejado de ser lengua franca, a favor del francés; la admiración ante la lengua latina ya no era la de antes, y el valor de las distintas lenguas vulgares se establece mediante la comparación entre ellas, prescindiendo generalmente del latín.

Los elogios de las lenguas modernas, que frecuentemente aparecían en escritos de tema más amplio, filológico, defensa del propio país, elogio de su cultura y literatura, etc., no presentan un carácter uniforme a lo largo del siglo XVIII español. Aunque la leyenda antiespañola estaba ya constituida en la primera mitad del siglo, es en la segunda mitad cuando España sufre los ataques de mayor repercusión, los que generaron un mayor número de réplicas por parte española, réplicas de carácter nacionalista. Los elogios dieciochescos de nuestra lengua deben inscribirse, pues, en ese contexto más amplio de ataques o apologías de España y su cultura. Concretamente, la cuestión toma un nuevo rumbo con la aparición de dos obras escritas por jesuitas italianos, la primera de Girolamo Tiraboschi, que en 1772 publica su *Storia della letteratura italiana*, y la segunda de Saverio Bettinelli, *Del risorgimento d'Italia negli studii, nelle arti e nei costumi dopo il mille*, publicada en 1775. Estos, que achacan la corrupción de la literatura italiana al influjo del mal gusto español, serán contestados por jesuitas españoles exiliados en Italia: Juan Andrés, Tomás Serrano, Lampillas, Masdeu. Más tarde las controversias se radicalizarán aún más como consecuencia

del artículo «Espagne», publicado en 1783 en la *Encyclopédie méthodique*. Las fuertes críticas que su autor, Masson de Morvilliers, dirige a España son replicadas en nuestro país por numerosos escritos, entre otros los de Cavanilles, Denina y Forner, que contribuirán a crear en España un ambiente polémico en torno al legado cultural español, reivindicativo o autocrítico. Aunque se habla mucho del pasado, en el fondo se trata de un debate acerca del rumbo ideológico y político que la nación debería adoptar en el presente y seguir en el futuro. Es un debate en cuyos extremos se colocan el reformismo autocrítico y el nacionalismo complaciente. En el ámbito de la cultura, la lengua es uno de los elementos en discusión.

Es precisamente en ese contexto polémico donde hemos de encuadrar las opiniones que a lo largo de su obra expresa Capmany en relación con la lengua española, y que comienzan exactamente en 1773 con sus *Discursos analíticos sobre la formación y perfección de las lenguas, y sobre la castellana en particular*, terminando en 1812 con la publicación de la segunda edición de su *Filosofía de la elocuencia*.

La preocupación por la lengua española es, en efecto, constante en los escritos de Capmany. En sus elogios la defiende señalando las cualidades que la caracterizan y confrontando éstas con las virtudes y defectos de otras lenguas, principalmente el francés. Asimismo, elogia o critica el castellano según el uso que de él hacen nuestros escritores, señalando de esta manera los modelos a seguir. También se ocupa del problema de la traducción, asignando a ésta la potencialidad de influir positiva o negativamente en nuestra lengua, en función del acierto en la actividad traductora. En el ámbito de la traducción dedica una especial atención a la cuestión de los neologismos y las palabras técnicas. En resumen, los paralelos de lenguas que realiza Capmany se organizan esencialmente comparando las cualidades de cada idioma, sus modelos respectivos y el asunto de la traducción. Su actitud en estos paralelos evolucionó desde un cosmopolitismo aperturista hasta un nacionalismo purista.

Cualidades de la lengua

Los *Discursos analíticos* (1773) ponen de relieve una actitud especialmente crítica con respecto a la lengua española que, según su autor, además de los vicios del latín contrajo otros nuevos. Capmany se refiere a «la imperfección de nuestra lengua, poniendo muchos ejemplos de su esterilidad» (Sempere 1785, II: 140-143). En efecto, aduce pruebas concretas para ilustrar estos defectos que observaba en el español, pero también se pronuncia sobre las cualidades de éste, lengua «flexible, rica, armoniosa y dulce; y, sobre todo, que tiene la ventaja de poder variar en la composición el orden de las palabras, lo que contribuye mucho para la mejor cadencia y armonía, de cuya calidad carece la

Francesa». Las virtudes de la lengua española son frecuentemente observadas desde su confrontación con el francés –lo cual será una constante en los escritos de Capmany– que, a pesar de la cita anterior, es tratado favorablemente en los *Discursos*. En el idioma del país vecino reconoce «rasgos brillantes y expresivos», así como «expresiones vivas y enérgicas», virtudes de las que el español, gracias a las traducciones, se ha beneficiado: «Yo he notado que desde que en España se traduce bien, y se tratan nuevos asuntos, el idioma ha tomado un vuelo sublime, y ha recibido un nuevo lustre». Gracias a las traducciones del francés la lengua española ha mejorado, opinión esta que variará radicalmente en posteriores escritos, en los que Capmany culpará precisamente a éstas del mal estado de la lengua española.

Como decimos, en sus primeras obras Capmany tiene una opinión bastante favorable de la lengua francesa, que recomienda conocer y traducir. En el *Comentario sobre el Doctor Festivo* manifiesta su espíritu abierto y cosmopolita, defendiendo la necesidad del estudio de lenguas extranjeras: «El español que no poseyese otro idioma que el de su cuna, ¿cómo podrá ni presumir el brillante estado del actual imperio de las Letras?» (Marías 1963: 202). Desde esta inicial posición, Capmany irá progresivamente aumentando su estimación de la lengua castellana.

En el *Arte de traducir* (1776), Capmany continúa atribuyendo a la lengua española las cualidades de flexible, armoniosa y numerosa: «Lo enfático, lo conciso, lo rápido, que distingue a la elocución francesa se acomoda menos a nuestra lengua, más numerosa, más armoniosa, más flexible, menos atada, y uniforme en su sintaxis, y en sus figuras, y rodeos» (1776: XI). La idea de falta de concisión en la sintaxis española es sostenida repetidamente por Capmany: «Esta concisión, que forma generalmente entre los escritores franceses una cierta manera de estilo oratorio, ya cortando la redondez de una oración numerosa, ya abreviando los periodos, ya suspendiendo el sentido de la proposición con cláusulas desatadas, se adapta más al genio usual de la lengua francesa que al de la nuestra» (1776: 71).

Evidentemente, Capmany concede a la elocución francesa virtudes que, según él, no posee la española: énfasis, concisión y rapidez. Por otra parte, sostiene que la sintaxis española es más flexible, al contrario de la francesa que es rigurosamente uniforme. Se trata de una opinión que aparecerá repetidamente en sus obras: el francés posee valores predominantemente lógicos, mientras que el español disfruta de una mayor capacidad poética o literaria. En efecto, predominaba entonces la idea de que la lengua francesa, gracias a sus buenos escritores, había sabido crear una sintaxis ágil y concisa, así como había demostrado gran apertura para adoptar nuevos vocablos, que la hizo más propicia que el resto de las lenguas para la expresión del pensamiento y de la ciencia contemporáneas. Capmany, como otros de su época, compartió esta opinión, de ahí que nos la presente como una lengua lógica, incluso geométrica, muy útil para la transmisión de ideas, pero menos apta para la literatura. Aunque el *Arte de traducir* (1776) no enfatiza ya las imperfecciones del español como hacían

los *Discursos analíticos*, trasluce todavía una actitud bastante favorable para con la lengua francesa.

En la edición de 1777 de la *Filosofía de la elocuencia* a las cualidades de armonía y riqueza de nuestra lengua se suma la de «majestad», y se explica su carácter armónico: «la lengua española, que tiene la hermosa mezcla de consonantes y vocales dulces y sonoras, se puede llamar la más armoniosa de las vulgares» (1777: 32), unas palabras que toma de D'Alembert sin citarlo. A pesar de estos elogios al carácter esencial del castellano, Capmany reivindica un estilo de escritura y un vocabulario propios de su siglo, desconocidos en «el siglo de los Olivas y los Guevaras» (1777: XVII). Además, no desdeña el valor del francés.

Un cambio se va a producir con la publicación, unos años más tarde, del *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* (1786-1794, 5 vols.). Si examinamos el Tomo I, donde se incluyen su «Discurso preliminar» y sus «Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana», comprobamos que Capmany, a pesar de advertir la «lastimosa degeneración que en estos últimos años iba experimentando nuestra lengua» (1786: CXXXVIII), efectúa una decidida defensa del español, al que considera superior a las otras lenguas: «Presente tendrán aquel juicio y paralelo que hizo el Emperador Carlos V entre las lenguas que conoció en su tiempo y poseía», cuando dijo que el inglés era lengua para hablar con los pájaros, el alemán con los caballos, el francés con los hombres, el italiano con las damas y el español para hablar con Dios. El que escribió que la lengua española era «pura como el oro, y sonora como la plata, francés era, en Francia escribía, y todavía vive: y a fe que no se puede tachar de parcial a nuestras cosas. D'Alembert ha dicho en sus opúsculos de literatura, analizando la armonía de las lenguas: una lengua abundante en vocales, y sobre todo en vocales dulces, como la italiana, sería la más suave de todas; pero no la más armoniosa: porque la armonía para ser agradable, no debe solo ser suave, sino variada. Una lengua que tuviere, como la española, la feliz mezcla de vocales y consonantes dulces y sonoras, sería quizá la más armoniosa de todas las modernas» (1786: CLI). De nuevo insiste en la «armonía» del español, tal y como hizo en la *Filosofía*, aunque allí no citaba la fuente de sus palabras, D'Alembert, y una vez más define nuestra lengua con cualidades predominantemente literarias: junto a los calificativos de abundante, rica, dulce, majestuosa y armoniosa, incluye ahora los de «nervio, gala, energía, fuerza y expresión».

La intención de Capmany de sostener el valor de nuestra lengua es evidente en el *Teatro*: sus juicios hemos de enmarcarlos dentro del ambiente polémico que se desencadenó a raíz del citado artículo de Masson de Morvilliers, que provocó la aparición de abundantes apologías de España, de su historia, su cultura y su lengua. Con sus opiniones sobre la lengua española y sus escritores, el autor catalán participa sutilmente en

la polémica, con un moderado nacionalismo que no mostraron la mayoría de los apologistas: reconociendo los propios defectos e identificando los valores. Una prueba de que el *Teatro* fue recibido en el momento de su publicación como parte interesada en la polémica de aquellos años la encontramos en una reseña que sobre este apareció en uno de los más importantes periódicos de la época: «Esta obra sale a la luz en el tiempo más oportuno para destruir las preocupaciones de los extranjeros contra nuestra literatura, produciendo no solo aquella parte apreciable de la elocuencia natural de nuestro idioma en las obras que nos dejaron escritas en prosa los antiguos Españoles, y de que se han desentendido, con perjuicio de nuestra causa, los que en estos días han tomado a su cuidado hacerse apologistas de nuestras glorias» (*Diario curioso, erudito, económico y comercial*, Madrid, 153, 30-11-1786, p. 241). Como se ve, el reseñador del periódico subraya que la intervención de Capmany en aquellas controversias es positiva para España, ya que aduce pruebas del valor de nuestra lengua, al contrario que los malos apologistas, ignorantes de los verdaderos valores del legado literario español.

Sin embargo, Capmany se encontró con el inconveniente de no disponer de muchas razones para defender el español de su época, de ahí que volviera sus ojos a nuestro Siglo de Oro, y de ahí, también, que elogiara nuestra lengua por sus «disposiciones naturales», motivo por el cual muchas de sus cualidades no podían encontrarse en la lengua escrita sino en los dichos, proverbios o conversaciones de las personas sencillas: «Si bien reflexionamos sobre esta disposición o aptitud natural ¿quién podrá negar esta excelencia y ventaja a la nación española? ¿Cuál es la que posee tanta riqueza de caudal nativo para ser la más elocuente, aun sin poner en esta cuenta el auxilio de su copioso, vario, y majestuoso idioma? Cuando todos nuestros libros no ministren armas para sostener esta arrogante proposición [...], bastarían las copiosas colecciones que se pueden formar de las cosas grandes, sublimes y graciosas que nuestro pueblo, nuestro obscuro y festivo vulgo, derrama y ha derramado en todos tiempos, con la desgracia de que ni la escritura ni la tradición las hayan conservado» (1786: XCI).

Esta idea de revalorización del saber natural frente al saber de los libros, que tuvo en Capmany uno de sus principales sostenedores en el siglo XVIII, contiene un argumento patriótico frente a Francia, pero además se adhiere a una recién nacida corriente de opinión según la cual las cualidades poéticas se desarrollan muy favorablemente en algunas comunidades de individuos elementales y sencillos: si una nación «tiene numen siempre conservará sus luces, que estas no son prendas adquiridas: de la suerte que podrá perder sus dominios, mas nunca su valor» (1786: CI).

Era una manera de oponerse a la reconocida superioridad de la cultura libresca francesa. Aquel repudio nacionalista del centralismo homogeneizador francés suponía el reconocimiento de la diferencia, la reivindicación de lo propio, elementos determinados por la aparición de un sentido histórico que conmovería los cimientos de la cultura universalista

neoclásica. Es entonces cuando comenzó a distinguirse la individualidad de cada época y de cada tradición literaria nacional, y cuando empezó la reivindicación de lo popular.

El descubrimiento español de lo popular surge en ese ambiente europeo de rebelión contra el imperialismo cultural francés y bebe en las teorías de Herder; su conexión entre nación y lengua, y su consiguiente valorización de lo genuino es un aliciente para que todos los países adopten esos postulados nacionalistas e indaguen en la propia idiosincrasia con el fin de hallar valores hasta entonces desconocidos. Esa búsqueda de lo propio en lo popular –romances, lengua del pueblo, etc.–, implica un revolucionario desplazamiento del canon literario, que ahora no solo incluye la literatura culta, sino también la popular; no solo la lengua escrita, sino también la oral.

Para soslayar la supuesta ventaja francesa en literatura escrita y culta, Capmany enfatiza el valor de la tradición oral y de la literatura popular. Escribía Capmany que los cortesanos y literatos de cualquier país son muy parecidos porque todos aprenden en un mismo libro, aunque en diversa lengua. No sucede lo mismo con el pueblo, seguía: «Comparemos las plebes y juzgaremos las naciones por su talento y por sus costumbres: estas son tan diferentes como sus diversos climas [...]. Compárese un hortelano de la huerta de Murcia con uno de la Valtellina, un arriero saboyardo con otro del Viso» (1786: CI). Aparte de la alusión a la importancia del clima en la configuración psicológica y cultural de un pueblo, teoría que en aquel momento había encontrado el momento de cuajar tras su ya larga andadura, Capmany realiza este discurso para concluir que el pueblo español se sitúa por encima de todos los demás gracias a su lengua. Así pues, frente a saber libresco –en el que se reconoce una posición secundaria–, opone saber popular, saber natural. La olvidada lengua popular, además, constituye la reserva natural donde la lengua culta deberá acudir para la acuñación de esas voces nuevas que el castellano forma habitualmente a partir del francés. Capmany sostiene que las nuevas voces técnicas pueden formarse en español directamente desde el latín o el griego, o bien desde la cultura popular, poseedora de un inmenso tesoro léxico en parte desconocido por los cultos.

Pero a pesar de la apología de la lengua española que se hace en el *Teatro*, la actitud de Capmany ante el francés es de moderación. No es exacto que se desatara «en invectivas contra la lengua francesa y contra el gusto y estilo de sus escritores» (Menéndez Pelayo 1974, I: 1354). No fue así. El autor catalán, que efectúa un recorrido a través de escritores franceses de distintos siglos, explica cómo la lengua del país vecino ha ido perfeccionándose con el paso del tiempo. Es cierto que algunos autores testimonian «la grosería y dureza del francés» de los siglos XIII, XIV y XV, pero los escritores del reinado de Luis XIV acabaron borrando «la ingrata fisonomía del viejo lenguaje»: «Verdad es que en el siglo pasado y en el presente han tenido los franceses un gran número de selectos

humanistas, que con acrisolada crítica han trabajado en dar a su idioma claridad pureza y corrección, estableciendo sus verdaderos principios» (1786: CXXIX).

Es cierto que cuando se compara el español y el francés, Capmany se decanta a favor del castellano, pero no lo hace mediante un nacionalismo burdo, no es una toma de posición radical, sino bastante matizada, ya que a cada idioma concede unos valores determinados: «Esta lengua universal [el francés], porque se ha hecho el idioma vulgar de las artes y ciencias, ¿dónde tiene la valentía de las imágenes, dónde la gala de las expresiones, dónde la pompa de las cadencias? A pesar de su corrección, pureza, claridad, y orden (que mejor se diría esclavitud gramatical), nada tiene del carácter épico, nada del número oratorio» (1786: CXXX). Nuevamente se atribuyen al español unos valores poéticos ausentes en el francés, pero también se asignan a éste valores lógicos de los que carece nuestra lengua. Así pues, no hay ataques desmedidos contra el francés ni contra sus escritores que, por el contrario, son elogiados con frecuencia: «La multitud de libros franceses que de treinta años acá han inundado todas nuestras provincias y ciudades, al paso que nos han ido comunicando las luces de las naciones cultas de Europa, y los adelantamientos que han recibido las artes, las buenas letras, y las ciencias naturales, abstractas, y filosóficas de un siglo a esta parte; nos han también deslumbrado con su novedad y método, y más aún con la brillantez y limpieza del estilo, que es todo del gusto de los autores, y no del genio y primor del idioma» (1786: CXXXVII). Una vez más subraya la diferencia entre la lengua de los autores y la lengua natural: si el brillante y limpio estilo de los escritores franceses puede superar al de los españoles, sustancialmente el idioma español está por encima del francés.

Aunque el objetivo de Capmany es elogiar el castellano, cumple esta finalidad con moderación, sin atacar desconsideradamente a otras lenguas, en las que siempre reconoce determinadas cualidades. Pero su aportación fundamental, lo que esencialmente le diferencia de quienes en España se limitaban a la apología indiscriminada, sin argumentos de peso, es la de buscar y proponer modelos, principalmente de nuestro Siglo de Oro, que representen dignamente al castellano, ya que, en su opinión, algunos apologistas elogiaban a autores españoles que no lo merecían: «De esta falsa idea que del mérito de muchos autores y de su estilo nos han dado algunos modernos que en todo hallan perfección, proviene la mala elección de autores que los pocos cautos y nunca dueños de su dictamen han hecho para su estudio, y el mal gusto de los ejemplos sacados de sus obras para modelos de verdadera locución castellana» (1786: V).

En el año 1798 Capmany publica su *Comentario con glosas críticas y joco-serias sobre la nueva traducción castellana de las aventuras de Telémaco*, ácida crítica a la traducción que de la obra de Fénelon publicó José de Covarrubias bajo el título de *Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises* (1797). El tono del escrito es sarcástico e hiriente, mostrando ya una aguda sensibilidad ante el asunto de las malas traducciones, culpables, según él, de la desastrosa

situación en que entonces se hallaba la lengua española. En esta obra efectúa también algunas comparaciones entre la lengua española y la francesa en las que presenta de nuevo al castellano como un idioma sonoro y armonioso frente al francés, poseedor de «claridad, orden y precisión». Pero en esta obra se aprecia ya una actitud bastante más crítica para con la lengua francesa, a la que se refiere en términos como: «arrastrada y dura locución de los franceses» y «esclava, sorda y uniforme construcción francesa» (1798: 10).

El *Nuevo Diccionario*, de 1805, a pesar de aludir «a la riqueza respectiva del francés, y a la ventaja que esta lengua lleva en ciertos casos a la española», identifica esa supuesta ventaja que el francés posee frente al español solo en escritos de tipo científico. De nuevo justifica este hecho sosteniendo que no se puede «confundir el lenguaje de los autores con el de la nación», es decir, las aptitudes del francés están más desarrolladas para este tipo de escritos gracias a los buenos autores de esa nación, pero no a las cualidades de su lengua. Por ello sostiene que el español tiene la misma potencialidad que el francés para desarrollar un lenguaje científico: «Los más desafectos á nuestra lengua, hallan, según dicen, más exacta y copiosa la francesa para las materias filosóficas y científicas, en cuya traducción tocan la esterilidad de la castellana. Estos españoles bastardos confunden en primer lugar la esterilidad de su cabeza con la de su lengua, sentenciando que no hay tal o cuál voz porque no la hallan. ¿Y cómo la han de hallar si no la buscan ni la saben buscar? ¿Y dónde la han de buscar si no leen nuestros libros? ¿Y cómo los han de leer si los desprecian?» (1805: XIV-XV). Se refiere así a la escasa capacidad de los traductores españoles, que culpan al castellano en vez de culparse a sí mismos por no hallar los términos españoles para una traducción correcta desde el francés.

Centinela contra franceses (1808), escrita con motivo de la invasión francesa, es fundamentalmente una crítica contra Napoleón y el país vecino. Pero su carácter político y nacionalista no excluye algunas consideraciones lingüísticas: aunque menciona en términos muy despectivos la lengua francesa, a la que llama «jerga galicana», las estimaciones de Capmany también traslucen su opinión sobre la degradación del español y del poco «seso» de los españoles que, según él, por entonces no producían ninguna obra digna. Asimismo, manifiesta que determinado tipo de escritos, sobre moral, política, etc., no se podían redactar en aquel momento en castellano sin recurrir al francés, lengua que, dice, nos había invadido antes de que lo hiciera Napoleón. Así, es paradójico que precisamente en la obra donde el catalán se muestra políticamente más agresivo con Francia, sea donde manifieste con más rotundidad las limitaciones lingüísticas del español en comparación con el francés.

Los cambios que Capmany introdujo en su edición de Londres de la *Filosofía de la elocuencia* (1812) son muy importantes. Ahora se declara ferviente patriota y apasionado defensor de la lengua española, una actitud que no aparecía en la edición de Madrid, de

1777. Pero a pesar de ese declarado patriotismo, en la edición de Londres Capmany reconoce las deudas del español para con el francés y constata el influjo negativo que en la lengua española han tenido las traducciones desde el francés: gracias a éstas, sin embargo, la lengua española ha mejorado su capacidad para expresarse en la «parte de las ideas», aunque haya perdido en la «parte de la elocución», es decir en la parte literaria.

La traducción

Capmany demostró una gran preocupación por el modo en que la traducción y la introducción de neologismos afectaron a la lengua castellana. En el siglo XVIII el supuesto mal estado de nuestro idioma se atribuyó principalmente a los abusos de la etapa barroca, las malas traducciones y la falta de buenos escritores. En los años en que Capmany plasmó su obra se hizo especial hincapié en la importancia de las traducciones. Un porcentaje importante de los libros publicados en España durante el siglo XVIII correspondía a traducciones, la mayor parte del francés. Este fenómeno se debía a la necesidad, admitida por la mayor parte de la clase letrada, de traducir obras extranjeras que permitieran introducir en España las nuevas ideas y los últimos adelantos científicos. Pero si durante las décadas centrales del siglo predominó la idea de la conveniencia de las traducciones, a finales de siglo se subrayaron las consecuencias negativas que estas acarreaban al español, introducción de galicismos innecesarios, contaminaciones sintácticas del francés deformadoras de la frase castellana y otras. El autor catalán concedió siempre una gran importancia a esta cuestión, en conexión con la cual se encontraba el problema de la creación de palabras técnicas, cuya necesidad en español requería una urgente solución.

Los *Discursos analíticos*, de 1773, pertenecen a aquella primera etapa en la que Capmany, entre otros muchos, creía en los beneficios de las traducciones. Sostenía entonces que el castellano se encontraba en un buen momento gracias, precisamente, a las traducciones y a la introducción de «voces científicas». Su actitud aperturista le llevó a defender abiertamente la libertad de valerse de «rasgos» de otras lenguas, refiriéndose indudablemente al francés: «Si yo hubiese de hablar aquí del estilo, haría ver que este también se ha reformado prodigiosamente desde que los traductores han tenido la noble libertad de valerse de ciertos rasgos brillantes y expresivos de otra lengua, para hermosear la nuestra. Este ánimo consiste en saber arriesgar algunas expresiones nuevas, para traducir las vivas y enérgicas del original» (Sempere 1785, II: 142).

Capmany, consciente de la ventaja que Francia nos llevaba en la investigación científica, sigue sosteniendo en el *Arte de traducir*, de 1776, la necesidad de la traducción de libros franceses que introduzcan en España las «luces» de la nación vecina, concediendo prioridad a la transposición de escritos científicos y reconociendo la superioridad del francés como

lengua más idónea para la expresión en el campo de las ciencias: «Desde que el idioma francés se ha hecho en este siglo intérprete de los conocimientos humanos, esto es, de las verdades y errores antiguos y modernos, debemos confesar que la Francia ha hecho sabia su lengua consagrándola al idioma de las ciencias» (1776: XI).

Sin embargo, para justificar la necesidad de ese libro suyo, precisa ahora que es contrario a las traducciones que calcan las expresiones del francés: explica la dificultad intrínseca de la tarea de traducir, ya que si, por una parte, no es posible una traslación literal; por otra, el hacerla con excesiva libertad, comporta abundantes riesgos. Así, afirma que no se puede hacer una traducción sin el perfecto conocimiento de las dos lenguas y sostiene que no existen buenos diccionarios de Francés-Español, una laguna que, dice, viene a solucionar su *Arte de traducir*.

La preocupación de Capmany por aumentar el vocabulario científico del español es patente en esta obra, donde se incluye un breve apéndice titulado «Traducción de algunos nombres técnicos». Esa preocupación continúa en la *Filosofía de la elocuencia* (1777) donde habla concretamente del nuevo lenguaje científico que entonces adoptaban la política, náutica, física, medicina y filosofía racional, y que ningún escritor podía ignorar. Nuestro autor es consciente de que los avances técnicos y científicos, así como los cambios sociales, exigen un nuevo lenguaje: «cada siglo determina una parte de la lengua a medida que las costumbres y los conocimientos se alteran, depuran, o multiplican» (1777: 55-56).

Un cambio considerable advertimos en el *Teatro* (1786) donde considera que la lengua española se ha degradado por culpa de las pésimas traducciones del francés. Así, aunque reconoce la necesidad de dotar al castellano con las palabras técnicas de que carece, ya no recomienda vehementemente, como antes, la traducción de libros científicos franceses donde encontrar dichas palabras, sino que ahora propone acudir al latín o al griego para crear los términos que necesita el español, ya que «el vocabulario científico y el filosófico no es francés, ni alemán, ni inglés: es griego o latino, o formado por la analogía de los idiomas vivos, de raíces ya griegas ya latinas, que cada nación forma o adopta cuando ha de escribir en aquellos géneros, conformando la terminación de las palabras advenedizas, o recién refundidas, a la índole de su lengua propia» (1786: CXXXIII). Esta orientación nacionalista que Capmany comienza a observar con respecto a esta cuestión, y que será sostenida igualmente en obras posteriores, se reafirma en otros pasajes del *Teatro* en los que incluso llega a afirmar que el español ya posee en la lengua no escrita esas voces que andamos buscando en el extranjero: «exclaman que carecemos de voces para las artes. Pregúntenselo al labrador, al hortelano, al artesano, al arquitecto, al marinero, al náutico, al músico, al pastor, etc.; y hallarán un género nuevo de vocabularios castellanos, que no andan impresos, y que no por esto dejan de ser muy propios, muy castizos, y muy

necesarios de recopilarse y ordenarse, para no haber de mendigar todos los días de los idiomas extranjeros lo que tenemos, sin conocerlo, en el propio nuestro. A donde este no alcance, adóptense voces nuevas, en hora buena» (1786 I: CLXIII-CLXIX). Esta defensa de la capacidad del español para satisfacer las necesidades del nuevo vocabulario técnico se emparenta con la ya descrita pasión por la literatura oral y la lengua popular.

En 1798 Capmany sigue preocupado por la corrupción de la lengua española como consecuencia de las malas traducciones: su *Comentario con glosas críticas* sobre la traducción del *Telémaco* está escrito precisamente con la intención de «vengar la lengua española de los ultrajes que recibe todos los días de los malos traductores», según afirma en la nota inicial del libro. La gran agresividad de las críticas vertidas en esta obra demuestra que el asunto de la precisión en las traducciones comenzaba a ser obsesivo para nuestro autor.

En el *Nuevo Diccionario*, de 1805, explica Capmany que acometió la tarea de escribirlo ante la inexistencia de alguno que fuese aceptable y con el fin de mejorar el estado de la lengua española, enferma por culpa de las malas traducciones y por el desconocimiento que de los buenos autores españoles tienen nuestros traductores. Esto último puede interpretarse como una manera de autopublicitar su *Teatro*.

Continuando con la línea iniciada en el *Teatro* pone en práctica ahora el recurso a las lenguas latina y griega para el enriquecimiento de nuestro vocabulario científico, así como el recurso a la lengua oral para mostrar la riqueza de nuestro vocabulario común, del que, según declara, se ha servido para la confección de su *Nuevo Diccionario*.

Dice mucho de la preocupación que en sus últimos años tuvo Capmany con respecto a la pureza de la lengua española y a las malas traducciones el que, en 1811, en plena guerra contra Francia, y siendo diputado por Cataluña en las Cortes de Cádiz, se ocupara minuciosamente de rebatir el estilo afrancesado de dos proclamas políticas escritas por Quintana. Nos referimos a la *Carta primera de un buen patriota*, en la que el catalán critica a aquel por sus «solecismos, barbarismos, galicismos, afeites» y porque «parece que se mira todas las mañanas en el diccionario francés como en un espejo, empeñándose en hacernos marchar a la francesa, porque esta es la marcha de su estilo, que no conoce la andadura, ni el orden la carrera, ni el curso, por no llevar jamás paso castellano» (1811: 4, 13 y 8-9).

Este celo purista continuará en la edición de 1812 de la *Filosofía de la elocuencia*, donde vuelve a culpar a las malas traducciones de la decadencia del idioma español. Más exactamente, aunque reconozca de nuevo el beneficio que estas nos han proporcionado en el campo del pensamiento, subraya el perjuicio ocasionado en el ámbito de la elocución, culpando una vez más a los traductores que escriben en castellano siguiendo la sintaxis o expresión extranjera. La solución que ofrece consiste en la lectura de nuestros «autores

antiguos», precisamente los que le sirven como ejemplos de estilo en este tratado de retórica, que como principal novedad con respecto a la primera edición añade abundantes ejemplos de literatos españoles de los Siglos de Oro, casi los mismos de los que se sirvió en su *Teatro*. De esta forma, Capmany sigue autopublicitando su *Teatro*, y ahora también la segunda edición de su *Filosofía*.

A propósito del purismo lingüístico, Alcalá Galiano sostiene controvertidamente (1844: 385-386) que con el paso de los años Capmany «dio en presumir de purista, y aun se arrepintió de haberlo sido poco en sus primeras obras, dedicándose en sus últimos días con particular empeño a combatir la corrupción introducida en el idioma castellano. Para esta empresa tenía no pocos conocimientos, pero carecía de disposición natural para poner en práctica lo que recomendaba. Siendo catalán, y habiendo aprendido a hablar y aun a pensar en su dialecto lemosino, manejaba en cierto modo como extranjero el lenguaje castellano, de lo cual se seguía ser escabroso en su estilo, y nada fácil en su dicción».

Modelos de lengua

En el *Comentario al Doctor Festivo*, de 1773, Capmany criticaba a los españoles que piensan que no se puede escribir mejor de como lo hicieron los «antiguos Españoles» y rechazaba la opinión de que un discípulo no puede «sobrepasar al Maestro» (Marías 1963: 186). Son numerosos los pasajes de esta obra en los que el escritor catalán se pronuncia a favor de los autores de su propio siglo: aún no había leído, ni conocía, el valor de los clásicos españoles del Siglo de Oro.

En los *Discursos analíticos*, también de 1773, demuestra su antibarroquismo: contra los malos autores barrocos opone los buenos del XVIII. Pero no opone los buenos del siglo XVI, porque todavía no los había descubierto: «Compárese aquel estilo sublime, porque se perdía de vista, afectado, lleno de delirios metafóricos, cargado de perífrasis pueriles, y de obscuridades dialécticas, que en el siglo pasado pervirtió el gusto de la elocuencia: compárese, vuelvo a decir, con el estilo natural, fluido, y metódico, lleno de solidez, nobleza, y de una simple majestad, con el cual se visten los escritos modernos de nuestra lengua. Esta innovación en la pureza de la expresión y del estilo, ha venido de la imitación de los buenos ejemplares de este siglo pensador, que ha reformado el gusto y el entendimiento, y por consiguiente el modo de raciocinar» (Sempere: 142-143). Se refiere así a la naturalidad de los escritores modernos, franceses sin duda, imitados con acierto por los españoles. Capmany parece pensar tanto en obras de pensamiento como en obras literarias.

Esta decidida defensa de los autores contemporáneos como modelos de lengua continúa en la primera edición de la *Filosofía*, donde se manifiesta nuevamente como un

radical defensor de los escritores modernos, de su siglo. Es en el *Teatro* donde Capmany, desde su perspectiva neoclásica, descubre el valor de nuestra literatura del Siglo de Oro y propone autores –clasicistas, no barrocos– de esta época como modelos de estilo. Ya hemos hablado de la influencia que en este cambio de Capmany tuvo la polémica desatada a raíz del artículo de Masson. Aunque el escritor catalán es consciente de que la lengua española no ha sido particularmente agraviada por Masson, considera necesario sostener la antigua reputación cultural de España, «cuando la lengua española era codiciada y aprendida como adorno de moda entre los cultos cortesanos de Francia, Inglaterra, Italia, y Flandes» (1786 I: II).

Después de criticar la mala elección de modelos y ejemplos realizada hasta el momento por los apologistas y antólogos españoles, propone sus modelos de autores en prosa: «ni la nación española, ni su rica y majestuosa lengua deben su celebridad solo a la poesía, sino también a la prosa [...]; podemos juntar un número tan grande de elocuentes escritores prosaicos en todos los géneros, que seguramente ninguna nación moderna puede oponernos otro igual de tan aventajados en el manejo de su lengua patria» (p. VII). Muchos de los autores en prosa incluidos como modelos en el *Teatro* pertenecen a obras no solo literarias sino también de contenido político, histórico, moral, militar, etc. Capmany continúa rechazando como modelos a los autores barrocos, en cuya época «la España se inficionó de la vana erudición» y en la que se escribieron aquellas obras de «extremada e interminable verbosidad», carentes de ideas propias (1786 I: VII, XIV y XXVIII).

Hemos de llegar hasta su *Comentario* (1798) sobre la traducción del *Telémaco* para hallar de nuevo unas breves reflexiones sobre nuestros modelos de lengua: en una de sus diatribas contra los malos traductores piensa que «a los tales se les debía recetar, en castigo de su apostasía, dos años de lectura diaria de buenos autores castellanos en prosa y verso» (1798: VIII).

Como hemos avanzado, el cambio más importante que la *Filosofía* de 1812 presenta con respecto a la de 1777 consiste precisamente en la abrumadora inclusión de ejemplos tomados de autores castellanos. En la primera edición la ejemplificación con modelos españoles era casi inexistente, mientras que en la segunda estos pasan a ocupar el primer lugar, duplicando los ejemplos de autores de la antigüedad clásica, que en 1777 constituían la gran mayoría. Si bien esto supone una novedad con respecto a la edición de la *Filosofía* de 1777, no lo es con respecto al *Teatro*, ya que los escritores españoles propuestos como modelos en esta obra coinciden fundamentalmente con los elegidos en la *Filosofía* de 1812. Por otra parte, mientras que la utilización de modelos de estilo españoles en el *Teatro* fue justificada por Capmany como demostración del valor de nuestra lengua ante los ataques provenientes del extranjero y para remediar las deficientes selecciones que los apologistas efectuaban, ahora, en 1812, la inclusión de dichos modelos de lengua es justificada esencialmente como intento de mejorar

nuestro idioma, viciado por culpa de las malas traducciones, idea ésta que, aunque ya se encontraba en 1786, ha pasado a ocupar un lugar central.

Resumiendo, en sus comienzos Capmany se mostraba bastante crítico con la lengua española, a la que consideraba inferior al francés, idioma del que recomendaba valerse de ciertos «rasgos» para enriquecer el castellano. Sostenía que el español había mejorado en los últimos años gracias a las traducciones de obras francesas. Sin embargo, después opinará que la lengua española estaba decayendo por culpa de las malas traducciones y por la importación de muchos rasgos del francés. El patriotismo lingüístico de Capmany se despertó definitivamente a raíz de las controversias provocadas por Masson de Morvilliers. Así, el problema de la lengua fue abordado como una cuestión nacional en el *Teatro*, donde defiende la superioridad del español, subrayando sus cualidades naturales e identificando a sus buenos escritores, pero todavía sin ahondar en sus críticas al francés, algo que sucedería en obras posteriores.

Esta concepción nacionalista se evidencia también en su evolución con respecto a las palabras técnicas, cuya introducción a través de las traducciones del francés comienza recomendando para pasar después a proponer la creación de este tipo de vocablos a partir del latín, del griego y de la lengua oral española.

Escribía Menéndez Pelayo (1974: 1353-1354) que Capmany «comenzó por ser adorador de la cultura francesa, galicista empedernido y campeón del neologismo, y acabó llevando hasta los límites de la pasión y de la manía el culto de la lengua». Sobre los ataques a escritores franceses sostenía que «Capmany, yéndose de un extremo a otro, también reprehensible, no conoció que la lengua castellana vale bastante por sí para no necesitar del baldón ni del vituperio de ninguna otra».

En efecto, el Capmany inicial, consciente del retraso español, era partidario de la introducción en nuestro país del pensamiento y cultura europeos, de ahí sus elogios a Francia y al idioma francés. En sus últimas obras se muestra como un gran defensor de la lengua y del legado cultural español, así como crítico con Francia. Su mayor cosmopolitismo o nacionalismo, así como su grado de galofilia o galofobia, se explican por el contexto histórico en que se manifestaron: el persistente menosprecio o indiferencia francesa hacia España a lo largo de todo el siglo XVIII –incluso tras los esfuerzos modernizadores de los cosmopolitas y reformistas españoles–, así como la Revolución Francesa y la guerra contra Francia determinaron su creciente galofobia y nacionalismo.

EVOLUCIÓN

Los estudiosos de Capmany discrepan sobre su adscripción ideológica y su posible evolución política. Algunos investigadores han distinguido dos Capmany: el primero, ilustrado, cosmopolita y galófilo; el segundo, nacionalista, galófobo y conservador, e incluso reaccionario. Otros historiadores no comparten la idea de una transformación ideológica marcada. Polémico ya en su época, sigue desconcertando a los historiadores contemporáneos, que discrepan sobre su condición de conservador o ilustrado⁹. Lo cierto es que no existe consenso historiográfico sobre su ideología política, aunque la estimación más plausible y admitida lo define en una primera etapa como ilustrado, mientras que en la época de las Cortes de Cádiz fue un liberal conservador, con un fondo católico –pero regalista– durante toda su vida.

Aunque Capmany no escribió obras sobre teoría política, sus textos están salpicados de conceptos políticos como nación, patria, pueblo, Constitución..., normalmente tratados al hilo de otros razonamientos, motivo por el que a veces no poseen una definición precisa y estable; su significado se puede inferir del uso que les dio en cada texto. Su evolución ideológica fue poco relevante si la basamos en la oposición entre Ilustración y conservadurismo: siempre fue ilustrado, aunque más conservador en su última etapa. Sin embargo, sí se pueden apreciar cambios nítidos en sus diferentes opiniones sobre la lengua, la cultura, lo moderno y lo antiguo, lo cosmopolita y lo nacionalista, su galofilia o galofobia.

Primera etapa

Antes de referirnos detenidamente a estos binomios ideológicos, examinemos con brevedad algunas de las citadas nociones políticas. Cuando Capmany se refiere a los conceptos de pueblo y nación, casi llega a identificarlos. Escribía en el *Teatro* (1786, I: XCIX): «La ciencia de una nación se podrá hallar en los escritores, en los profesores, en los que la gobiernan y rigen, pero el carácter original de su talento se ha de buscar en el pueblo, porque solo en él la razón y las costumbres son constantes, uniformes y comunes». El verdadero carácter nacional reside en el pueblo, depositario de una mentalidad que permanece. Escribía en *Centinela* (2008: 43): A la nación la forma, «no el número de individuos, sino la unidad de las voluntades, de las leyes, de las costumbres, y del idioma que las encierra y mantiene de generación en generación». Nótese la importancia que concede Capmany a la lengua. Por otra parte, según explicaba en el *Informe*, la nación está compuesta

⁹ Fernández de la Cigüña y Cantero Núñez (1993: 351-396) repasan detalladamente los diferentes juicios historiográficos sobre Capmany.

por el pueblo, que no es solo el estado llano, sino todas las clases, incluidos el clero y la nobleza. Sin embargo, su frecuente exaltación del estado llano es paradójica cuando –en el *Informe* y en *Centinela*– el pueblo sirve a Capmany para realizar un elogio de la ignorancia: el pueblo sencillo es (felizmente) opuesto a las clases letradas, que se han rendido a los franceses traicionando a España.

Capmany también tiende a asimilar nación y patria. A ello se refiere en *Centinela*, donde sostiene que donde no hay nación, no hay patria. La nación, que es previa a la patria, se forma con el paso de los siglos: su herencia se recibe y debe transmitirse. El amor de Capmany a la patria española está presente a lo largo de toda su obra, de ahí su proclamado patriotismo. Pero el patriotismo no debe ser irracional, como sostenía ya en sus comienzos (Marías 1963: 218): «No adelantemos el amor de la patria hasta el amor de sus abusos, ni despreciemos las demás naciones pensando honrar a la nuestra».

Sobre su defensa de la necesidad de una Constitución, algunos estudiosos (Grau-López 1988: 37) estiman que, contra el constitucionalismo moderno francés, que defendía la centralización y uniformización, Capmany se adhiere al reformismo historicista, nostálgico de las libertades anteriores al triunfo de la monarquía absoluta. O sea, defendió una Constitución formada a partir de modelos previos a Carlos V. Su sentido organicista de la Historia fue defendido por Juretschke (1955: 29): «la idea de que la historia de un pueblo podría ser la maestra de la vida política de una nación y que todo lo orgánicamente crecido tenía su justificación [...], está ya operante en las mentes de Jovellanos y Capmany».

Por otra parte, su amor a la nación española fue perfectamente compatible con el que profesó a Barcelona y a Cataluña. En este ámbito, algunos autores se han interrogado sobre el papel de Capmany como representante de la burguesía catalana y como catalanista. La respuesta mayoritaria es que su indudable defensa de los intereses económicos de Cataluña era más que compatible con el interés de toda España, según el propio Capmany defendía.

Efectivamente, como ya se ha señalado, a través de sus *Memorias* y de su *Discurso* sobre los gremios, y aprovechando sus contactos en la Corte, Capmany sirvió de intermediario entre la burguesía comercial catalana y el gobierno español. En ese sentido es indudable que representó los intereses de la burguesía catalana, preocupada por el contemporáneo debate sobre la abolición de los gremios y por el comercio adyacente. Pero su catalanismo se centraba en la reivindicación de la laboriosidad catalana –con el consiguiente rechazo de la nobleza improductiva– y del pasado histórico catalán, cuya actividad industrial histórica demostraba los beneficios inherentes a los gremios, comercial y socialmente, hasta el punto de que no solo no debían ser abolidos sino que

incluso podían servir como modelo para el presente, tanto en Cataluña como en España en general. Pero su catalanismo no se extendía a la lengua y la cultura: su patriotismo catalán siempre estuvo subordinado a su patriotismo español.

Seguimos las ecuanímes estimaciones de Horst Hina sobre este asunto. Para Hina, Capmany, «el más polifacético de los ilustrados españoles», fue un «decidido partidario de la monarquía borbónica», lo que no obstaba para que en él coincidiesen «el orgullo de ser catalán y el sentimiento nacional español», por eso creía en «la contribución de Cataluña a la entrada de España en la Edad Moderna». En sus *Memorias*, Capmany muestra «los valores de la tradición catalana», útiles y modélicos si se aplican al «presente catalán y español». Capmany fue un típico representante de la Ilustración española, moderada, mediadora entre tradición y modernidad, basada «en la combinación de pensamiento pragmático ilustrado y tradicionalismo» (Hina 1986: 42-45).

Capmany, según Hina, celebra la antigua grandeza de Cataluña, motivo por el que «apenas se diferencia del posterior programa de la *Renaixença*, solo que para Capmany no se trata de la renovación de la lengua y la literatura catalanas, sino más bien de un nuevo auge de civilización» basado en la prosperidad económica. Y añade que su «apoyo a los Borbones implica el apoyo a la obra de la Ilustración borbónica; la oposición a los Austrias implica, por otra parte, la crítica a los valores e ideales de la época del Siglo de Oro». En efecto, la preeminencia económica de Cataluña no es utilizada por Capmany como «oposición al Estado español». En síntesis, Capmany habla de la «provincia» de Cataluña como parte de la monarquía española, «aunque como parte muy importante». Asimismo, era consciente de la importancia del castellano como lengua científica y de cultura y como lengua universal: quiso «catalanizar a España, pero en lengua castellana». (Hina 1986: 44, 49, 50, 74).

Curiosamente, su evolución ideológica se observa con mayor nitidez en sus obras filológicas que en las históricas, porque donde evolucionó sustancialmente fue en sus politizadas opiniones sobre la lengua, literatura y cultura españolas, así como en su actitud ante la influencia cultural de Francia. El propio Capmany escribió en su *Centinela contra franceses* (1808) —una obra fundamentalmente política— que en sus obras filológicas su «objeto era más político que gramatical». Como decimos, poca evolución se advierte en su pensamiento político, básicamente ilustrado. Veamos cómo Capmany se autorretrató políticamente en su obra y cómo a lo largo de toda su producción escrita pueden distinguirse tres etapas, y no dos como algunos estudiosos han señalado.

Por ejemplo, escribía Menéndez Pelayo (1974: 1353) que «el Capmany de los primeros años de nuestro siglo [XIX] era un hombre nuevo que muy poco conservaba del primitivo Capmany de 1776 y 1777. Nadie se ha impugnado tan fieramente a sí mismo. Comenzó por ser adorador de la cultura francesa, galicista empedernido y campeón del neologismo, y acabó

llevando hasta los límites de la pasión y de la manía el culto de la lengua». Nótese que los cambios enumerados por Menéndez Pelayo pertenecen al ámbito de la lengua y de la cultura. A propósito de las dos versiones (1777 y 1812) de la *Filosofía de la elocuencia*, Milá y Fontanals opinaba que en la primera edición «se ve al innovador amigo de las cosas forasteras y envanecido con los adelantos del siglo a que pertenece, en la segunda al anciano descontento, al reaccionario, según diríamos ahora» (1892: 297-298). Sin embargo, Juretschke (1969: 220-221) no opinaba igual: «siguiendo a Menéndez Pelayo, muchos críticos hablan de dos Capmany, el progresista y el conservador, el profrancés y el antigalo [...]. Su evolución fue mucho menor de lo que normalmente se cree». Así fue si nos atenemos solo a su pensamiento político. Capmany siempre fue un ilustrado, más conservador en su última etapa. Sin embargo, el cambio fue muy acusado en su paso de galófilo a galófobo y en su evolución desde el cosmopolitismo al nacionalismo, únicos elementos en los que sufrió una nítida evolución ideológica. A ello habría que sumar en sus últimos años un inédito énfasis al presentarse como defensor de la tradición cristiana y detractor de la «filosofía». Nos ocupamos de ello a continuación.

El autor de *Centinela* sostuvo que en aquellos años de la Guerra de la Independencia «todos somos soldados, los unos con la espada y los otros con la pluma». La verdad es que Capmany fue durante toda su vida y en toda su obra un soldado de la pluma, en lucha permanente por sus ideas, su patria y sus intereses personales. Esta actitud puede ser una constante en muchos letrados de todas las épocas, pero es especialmente nítida en Capmany, en cuya obra se refleja su pasión político-cultural, su patriotismo español y el afán por pertenecer a la élite política y beneficiarse económicamente de ello.

Sus cambios se explican en función del contexto político, de sus objetivos personales y de los apoyos institucionales con que el autor catalán contó en cada momento. La manera en que se presentó ante la sociedad estuvo determinada por condicionantes ideológicos, partidistas y oportunistas, en un contexto donde se discutían conceptos en la órbita del reformismo, el enciclopedismo, los *philosophes*, el patriotismo y cosmopolitismo, las apologías, lo viejo y lo nuevo, la Revolución Francesa, la guerra, etc.

En el ámbito de la Historia, escribía Pierre Vilar: «E. Giralt, E. Lluç, A. Elorza, et –je le vois– François Lopez, sont tourmentés par les apparentes contradictions d’un Capmany porte-parole d’une bourgeoisie de négociants, qui aurait dû tout miser sur la liberté économique, et qui se lance, non seulement en 1778, mais dans l’ensemble de son oeuvre, à la defense des corporations». La explicación que respecto a esas aparentes contradicciones en el asunto de los gremios halla el estudioso francés es la siguiente: «L’instinct profond de Capmany était traditionaliste et conservateur. Son intelligence était novatrice sinon révolutionnaire. Le conflit était en lui» (1973: 188-189). Es posible que esta interpretación de Pierre Vilar, basada en la oposición entre instinto e inteligencia, sea

cierta. También lo es que en la cuestión de los gremios el pensamiento de Capmany se alejaba de los ilustrados, lo cual no impidió que coincidiera en otros muchos asuntos. En cualquier caso, también el contexto sociopolítico de cada etapa en la que vivió Capmany, su personal acomodación a las distintas y sucesivas realidades políticas, explican sus aparentes contradicciones.

Es indiscutible que Capmany pasó desde una actitud muy autocrítica con respecto a España hasta mantener un elogio muy nacionalista de esta; pasó desde un acusado fervor ante lo francés y lo moderno hasta una apología de lo propio y lo antiguo; desde un cosmopolitismo militante hasta un exaltado chovinismo; desde una actitud política cercana a los «philosophes» hasta una militancia antiquintanista, durante las Cortes de Cádiz, que algunos historiadores han interpretado, equivocadamente, como una posición reaccionaria. Aquella controversia pública fue más personal que política. Es obvio que la cambiante situación política influyó mucho en la forma en que Capmany se presentaba públicamente: en los años setenta de aquel siglo los reformistas españoles batallaban para incorporar España al progreso europeo; años después, la persistente indiferencia o menosprecio hacia España de muchos letrados franceses, así como la ola de conservadurismo consecuente a la Revolución Francesa, ocasionaron que muchos ilustrados españoles entibiaran su cosmopolitismo y su reformismo. Finalmente, la invasión y la guerra contra Francia no permitieron la equidistancia y la tibieza; o se abrazaba el papel de afrancesado o se estaba contra Francia. Capmany huyó de Madrid en 1808 y ese mismo año decidió ser un soldado «con la pluma» e intentó demostrar retrospectivamente su permanente militancia, desde siempre, en las filas del más firme patriotismo español, porque: «¿Qué diría de mí la patria? ¿Qué pensarían los buenos y los malos de mi silencio? ¡Yo mudo ahora! Yo que hace tantos años que no he empleado la pluma y mi celo sino en honra y gloria de mi nación» (*Centinela*, Etienvre 2008: 5).

En efecto, Capmany no evolucionó desde ilustrado a reaccionario, como algunos sostienen: simplificando podría decirse que en 1773 era un ilustrado cosmopolita, mientras que en 1813 era un ilustrado españolista y moderado, que en las Cortes de Cádiz votó casi siempre junto a los liberales. Con los años, pasó de criticar las carencias españolas a subrayar su valioso legado histórico. El principal cambio de Capmany derivó de su progresiva inmersión y mejor conocimiento de la cultura española de los siglos anteriores – particularmente del Siglo de Oro –, lo que propició un creciente patriotismo español – cultural y político –, moderado hasta que durante la guerra de la Independencia su francofobia estalló incluso de manera panfletaria.

En los primeros escritos de su carrera, Capmany se presenta como un autor moderno, ilustrado y cercano a las ideas de los «philosophes». Perteneciente al círculo sevillano de Olavide, era esa la ideología y actitud política que compartía y que defendía públicamente, en una España reformista donde se permitían manifestaciones de ese tipo. Después, tras el

proceso a Olavide, y cercano ya a otros grupos políticos, Capmany hubo de rectificar sus manifestaciones públicas, moderadamente primero y enfáticamente después. Pero nunca abandonó su pensamiento ilustrado.

En su primer escrito, *Comentario sobre el Doctor Festivo* (1773), manuscrito bajo el seudónimo de Pedro Fernández, Capmany discrepa de la actitud antiespañola de Montesquieu –que criticó todos nuestros libros excepto el *Quijote*–, pero también se muestra reticente con la respuesta de Cadalso¹⁰, en su opinión excesivamente complaciente con España. Capmany se presenta como un patriota, pero muy crítico con su país: España está entre las naciones que menos ha contribuido «para hacer la Europa moderna tan superior a la antigua», una opinión sostenida por los «philosophes» franceses, que también criticaron a la nobleza española por su inoperancia. El honor, según estos, y según Capmany, no se hereda, sino que está relacionado con la práctica del trabajo bien hecho. El autor catalán participa de esta manera en el debate contemporáneo, censurando a los apologistas de una España anacrónica, anclada en el pasado, misoneísta, escolástica, retrasada, prejuiciosa, en un siglo iluminado por el «espíritu filosófico», por la ciencia experimental, por el espíritu crítico y el buen gusto. Por ello, batalla para que España abandone su parálisis y aprenda de los países europeos más sabios, Francia e Inglaterra sobre todo. Junto a ello, Capmany no olvida manifestar su amor por la patria, pero sin despreciar a las otras naciones; tampoco olvida el elogio a hombres poderosos políticamente, como Campomanes y Olavide, a la sombra de los cuales, más concretamente de este último, pretendía progresar personalmente.

Estos son algunos párrafos representativos del espíritu de su discurso: «Entre nuestros libros antiguos se encuentran algunas cosas preciosas, ahogadas y envueltas con mil cosas despreciables». «Por tanto no tienen razón nuestros paisanos de enfurecerse contra aquel que les diga que la España ha dormido siglo y medio [...]. Debemos pensar que valemos poco, para esforzarnos a valer mucho [...]. No adelantemos el amor de la patria hasta el amor de sus abusos, ni despreciemos las demás naciones pensando honrar a la nuestra». Y no renuncia, además, a «buscar la luz entre los extranjeros» (Marías 1963: 214-218). Capmany se autorretrata, en definitiva, como un patriota cosmopolita, crítico con los defectos de su país y reconocedor de la superioridad de algunos países extranjeros. Se identifica y se congracia, por tanto, con el pensamiento político de sus eventuales valedores, el círculo de Olavide, entonces bien situado institucionalmente.

¹⁰ El texto de Capmany es un comentario a la crítica que Cadalso hizo, en sus *Eruditos a la violeta* y en su *Suplemento*, a la Lettre LXXVIII de las *Lettres persanes* de Montesquieu. El *Comentario* permaneció inédito hasta que en 1963 fue publicado por Julián Marías, que supo descubrir la importancia de aquel manuscrito, pero no consiguió identificar a su autor, mérito que corresponde a Glendinning (1966) y a Juretschke (1969).

La ya comentada *Carta al M.R.P. Manuel Gil*, también de 1773, corrobora la intención de Capmany de presentarse como cercano ideológicamente al estamento reformista y al grupo de Olavide. Asimismo, su *Discurso de A. de Capmany en el día de su recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras* (de 25 de junio de 1773) confirma su intención de mostrarse como un hombre ilustrado y moderno: «confesemos las ventajas de este siglo que ha hecho de la Europa entera una escuela general de civilización», no busquemos nuestros modelos en tiempos y naciones lejanas, sino en la Europa contemporánea, «en un tiempo en que los matemáticos no son temidos como hechiceros y los sabios como impíos». «Dejemos declamar a algunos contra las luces de este siglo con las mismas luces que él les ha comunicado [...]. Defendamos nosotros los derechos de la Sabiduría». Bendigamos el día en que la nación «abriendo los ojos a la verdadera sabiduría triunfará de las preocupaciones, que son sus más terribles enemigos»¹¹. Así pues, sabiduría, ciencia y modernidad frente a prejuicios, superstición y anacronismo; un verdadero ilustrado.

Las dos ediciones de la *Filosofía de la elocuencia* son las obras de Capmany que mejor demuestran la evolución que su autor experimentó en el curso de los años. En la edición de 1777 es evidente la inequívoca intención de Capmany de presentarse una vez más como defensor de la Ilustración, de las reformas, de la modernidad (1777: 5-8). En efecto, la edición de Madrid revela una voluntaria confrontación con lo antiguo. De ese antagonismo surge su modernidad. Frente a la concepción escolástico-jesuita orientada hacia el pasado, defiende la época que le ha tocado vivir, volcada hacia el futuro. Y frente a los modelos de lengua españoles pertenecientes a siglos anteriores, defiende un nuevo estilo, más moderno, más europeo. Lo demuestra, por ejemplo, el uso positivo de ciertas palabras caras al ámbito «filosófico», como «sensibilidad», «humanidad», «ciudadano»: «los objetos de las pasiones de la oratoria deben ser siempre cosas grandes [...], el bien de la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano...» (1777: 121).

La inclusión de la palabra «filosofía» en el título de su obra es enormemente significativa. En la edición de 1812 escribió, refiriéndose a 1777: «Y habiendo yo puesto los ojos en el título antes de tomar la pluma...» (1812: 7). La palabra «filosofía» aludía a un análisis científico, y no preceptivo, también en el mundo de las letras y las artes. Capmany explicaba en 1777 que no escribía «para gramáticos y fríos puristas, sino para hombres que sepan sentir y pensar». Está subrayando que la suya no es una retórica normativa al uso, sino nueva, diferente, contraria a reglas y preceptos, y favorable a una reflexión y una enseñanza empíricas, con lo que manifiesta una posición estética y filosófica modernas: «Hasta aquí la elocuencia se ha tratado entre nosotros por preceptos más que principios; por definiciones más

¹¹ Manuscrito, Sevilla, Academia de Buenas Letras, XII, 25-1-12 (205-209).

que por ejemplos; y más por especulación que con sentimiento». Una retórica filosófica, dice, es la que combina «el origen de las ideas con los afectos», la que estimula «el entendimiento y corazón de los lectores» (1777: VII-IX). Esta apelación a la recepción de los lectores y al «sentimiento», valores en alza entonces, demuestra la intención de modernidad de Capmany, evidente también en sus correcciones «relativistas» a la universalidad del clasicismo: «Es menester distinguir los tiempos, las costumbres, el gusto, el estado de la literatura y la calidad de los escritores». Y más adelante: «pues quién duda que las diferentes posiciones, tiempos y países no dispongan al hombre a dejarse impresionar de unas pasiones u objetos primero que de otros» (1777: XVIII y 121).

Su deseo de identificación con lo «filosófico» y los «philosophes» es notoria en 1777. En este sentido, no es casual que una parte importante de esta obra sea un plagio de la *Encyclopédie*: diversas entradas de D'Alembert, Voltaire, Diderot, Beauzée, Du Marsais y Girard fueron traducidas casi literalmente sin citar la fuente (Checa 1988). Su intención de presentarse y ser reconocido como «philosophe» la confirma el hecho de que pidiera a su amigo Viera y Clavijo, residente en París, que entregara un ejemplar de su libro y una carta a D'Alembert, quien no contestó a Capmany.

La novedad de su tratado de Retórica es incuestionable. Probablemente, Olavide influyó en el autor catalán para que redactase aquel novedoso texto sobre la «elocutio», sugiriéndole quizás las fuentes a las que podría acudir: la convivencia de los dos escritores en Andalucía pudo ser decisiva para que Capmany redactara su obra basándose en «lo mejor que haya en los nuevos libros», según el peruano recomendaba en su *Plan de estudios para la Universidad de Sevilla* (Checa 1988: 65-67). Capmany se presenta en la *Filosofía* de 1777 como un ciudadano de su siglo, contrario en su estilo de escritura a los anticuados de siglos anteriores: «Espero que en el siglo décimo octavo y en un libro que trata la elocución oratoria por un término nuevo, y con principios más luminosos de los que se solían leer en nuestras obras, me disimularán los anticuarios alguna vez la frase, y también la nomenclatura, desconocida en el siglo de los Olivas y los Guevaras» (1777: XVII).

En efecto, Capmany no se apoya en las autoridades clásicas, a las que empequeñece comparándolas con los autores modernos: «Los antiguos se miran en perspectiva [...]. Con el transcurso de los siglos han depuesto todo lo grosero y solo ha quedado lo espiritual [...]. Así, alma, genio, espíritu, numen, talento, son los signos con que se los representa la posteridad, esta que halla héroes a los hombres que nunca lo fueron para su ayuda de cámara [...]. Pido que estas reflexiones se me perdonen en obsequio de la verdad, y defensa de nuestro siglo [...], demos honor a los que con sus luces y doctrina nos llenan de beneficios» (1777: III-V). Capmany, así pues, se exhibe como moderno, no acude a la autoridad de los tratadistas clásicos, sino que acude –sin declararlo– a la

autoridad de los enciclopedistas franceses. En definitiva, el autor catalán es un defensor de la edad ilustrada que le ha tocado vivir, una época «que acaso formará la época más memorable en los fastos de los conocimientos humanos» (1777: V). En la España de mediados de los setenta se podía defender sin riesgo, como hizo Capmany, aquella asociación de filosofismo, enciclopedismo, cosmopolitismo y gusto por lo nuevo.

Capmany escribió en 1812 que su *Filosofía* de 1777 fue recibida «con general aplauso» (1812: VIII), y aunque no se han localizado reseñas en la prensa de la época es de suponer que así fue entre el estamento reformista de aquella sociedad. Sin embargo, tenemos noticias de los celos que provocó en los elementos conservadores: por ejemplo, Forner atacó a Capmany, sin mencionar su nombre, en sus *Exequias de la lengua castellana*: «Filósofo infernal, nacido, como otros menguados de tu infeliz patria, para convertir su literatura en monstruo horrible. ¿Qué filosofía, qué sensibilidad, qué belleza y qué discusiones son estas con que te me vienes? ¡Maldito lenguaje introducido en España para imposibilitar los progresos de su saber!» (1952: 87).

Por otra parte, Sempere y Guarinos incluyó un comentario sobre la *Filosofía* en su ya citado *Ensayo* (1785, II: 136-138), donde subraya sus líneas maestras, efectivamente reformistas: criticar la «sobrada veneración a los antiguos en materia de artes y ciencias, y particularmente en la elocuencia», «hacer la apología de nuestro siglo» y criticar a quienes «fundan el amor de la patria» en el amor a «sus ridiculeces»; asimismo destaca la intención de Capmany de escribir una «retórica filosófica».

Segunda etapa

Las obras de Capmany que acabamos de citar pertenecen ideológicamente a su primera etapa y definen con claridad su posición política en aquellos años. La segunda etapa vendría determinada por la condena de Olavide por la Inquisición y el freno en España de las políticas reformistas. Todo ello influyó en la aparición de un Capmany más moderado durante los años ochenta. La definición de esta etapa se halla paradigmáticamente en su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* (1786-1794).

Debe subrayarse el contexto en que apareció esta obra, poco después de las fuertes e injustas críticas a España de Masson de Morvilliers (*Encyclopédie méthodique*, 1783, entrada «Espagne»), que provocaron un incidente diplomático entre España y Francia e iniciaron una nueva y polarizada controversia nacional interna sobre el valor del legado español y sobre su lectura en el extranjero. Desde instancias oficiales se promueve la necesidad de publicar antologías y ediciones de autores españoles, para mostrar a los extranjeros el valor de nuestro legado. Capmany respondió a este llamamiento en su *Teatro*. Además, muchos letrados españoles, reformistas en el campo de la política, clasicistas en el ámbito del gusto y

cosmopolitas –es decir, cumplían los requisitos del europeísmo de la época–, comenzaban a cansarse de que todos los esfuerzos de incorporación a Europa que España venía haciendo en las últimas décadas fueran ignorados por los extranjeros. De esta manera, el tibio patriotismo de esos autores se fue reforzando en aquellos años, como reacción ante el insistente y enquistado antiespañolismo foráneo. Crecieron, así pues, las reivindicaciones del legado cultural español, como sucedió en el *Teatro* de Capmany con los prosadores españoles.

Los objetivos del *Teatro* son muy diferentes a los que Capmany manifestó en la *Filosofía*. En el «Discurso preliminar» del *Teatro*, en 1786, anuncia que escribe esta obra para «dar una perfecta idea a los extranjeros del valor de nuestra lengua» y del «aprecio que merecen muchos de nuestros escritores que [los extranjeros] calumnian y no conocen». Evidentemente, el Capmany reivindicativo de los valores patrios ha sustituido al autocrítico de sus primeras obras, en las que proponía una emulación de los extranjeros a costa de ignorar el legado español.

Pero no podemos pensar que Capmany ha pasado de un extremo a otro. Del entusiasmo «filosófico» de la década anterior pasa ahora a un equilibrio entre su anterior admiración de lo extranjero y la exagerada apología de todo lo español practicada por algunos de sus contemporáneos. En estos años Capmany quiere reivindicar la cultura española y lo mejor de la literatura castellana, la del siglo XVI y parte del XVII, negando, eso sí, el valor del barroco español. A fin de cuentas, se está mostrando como un neoclásico español, que comparte gusto con el clasicismo francés. Es una actitud moderada, razonable, que intenta ver lo que de bueno y malo posee cada literatura: «¿Quién ha dicho que todos nuestros autores son dignos de alabanza; ni que todas las obras que escribieron los más célebres les han dado esta celebridad [...]? Ninguna nación debe defender su reputación literaria defendiendo indiscreta e indistintamente todas las obras de sus escritores, con la celebridad extrínseca y accidental que les ha tributado algunas veces la pasión o la parcialidad, y otras una ciega tradición. El mérito debe ser real e intrínseco, tan conocido de los propios como de los extraños» (1786: I, V y XX).

Capmany reivindica esencialmente, cultural y políticamente, el Siglo de Oro español –entonces lo era solo el siglo XVI–, cuyo auge asocia los méritos de sus escritores y sus militares: «Bajo de cualquier aspecto que contemplemos el siglo XVI, no podemos negarle el renombre que justamente mereció de siglo de oro; ahora sea con respecto al número y mérito de grandes escritores que ilustraron a la nación española, al paso que sus invictos capitanes extendían su señorío y la majestad de su nombre por casi toda la redondez de su tierra» (1786: I, XXXVII).

Más adelante (1786: I, XCII), Capmany se presenta como un patriota moderado, sensato, equilibrado, contrario a quienes aborrecen todo lo extranjero, a esos apologistas indiscriminados de todo lo español, quienes, sostiene, perjudican más que benefician a España: «Defiendan los modernos apologistas nuestros libros, nuestros poetas, nuestros oradores; prefieranlos a los extranjeros si quieren; loable empresa, y más loable si nuestra causa no se empeora, como acontece muy a menudo en muchas causas, por la poca habilidad de los defensores. A todos cedo en luces y en instrucción para abrazar tan ardua, honrosa y delicada empresa; mas a ninguno en amor de mi patria, que no debe ser amor niño ni ciego. Créolo así porque he advertido diferentes maneras de manifestar este amor: unos lo muestran aborreciendo a los extraños; esto es barbarie. Otros pintándonos superiores a todos; esto es soberbia. Otros retratándonos perfectos y primeros en todo; esto es vanidad. Si me dicen que con estas armas nos acometen los extranjeros, diré yo que estos son unos imprudentes, unos presuntuosos y unos embusteros, y sería defender muy mal nuestra causa imitando a nuestros contrarios en la ligereza de su juicio y en la debilidad de sus razones. Confesar nuestros defectos es graduarnos de justos; callar nuestras imperfecciones, de prudentes; celebrar lo mucho bueno que tenemos, de imparciales; escoger lo sobresaliente, que no es poco, de sabios; [...]».

El Capmany del *Teatro* pretende ser apologista de España, pero no de manera indiscriminada, burda y autolesiva, sino de forma inteligente, seleccionando y mostrando lo mejor de nuestros autores: «Deseoso yo de dar nuevas armas a nuestros apologistas en el ramo de la elocuencia, he trabajado la presente obra a trueque de ser llamado »colector», »compilador» o »recopilador», porque he preferido la reputación de mi país a la mía propia, que podrían granjeármela otras tareas, quizás con esperanza de medras reales en mis intereses» (1786: I, XCIII). Como se ve, no olvida presentarse como patriota, aunque ello, dice afectadamente, pueda perjudicar sus intereses personales. Por aquellos años, entre 1785 y 1789, busca la amistad de Floridablanca y Llaguno para que le sea remunerada su labor «acerca de la composición y publicación de dos de sus obras: la edición crítica del *Libro del Consulado del Mar* y la de las *Ordenanzas Navales de Aragón*», objetivo que alcanzó (Simón Díaz 1947b).

No hay duda de que el Capmany de 1786 se autorretrata como un patriota, que ama su país, su lengua y sus escritores. Pero su indiscutible ecuanimidad no olvida el reconocimiento de los valores extranjeros: en las «Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana», capítulo preliminar de su *Teatro*, observamos que sus elogios a la lengua española no impiden que reconozca el carácter de lengua franca de la francesa, «lengua universal, porque se ha hecho el idioma vulgar de las artes y ciencias», y que a pesar de defectos relativos a su potencialidad literaria, reconozca en ella «corrección, pureza, claridad y orden». Incluso señala la superioridad del francés sobre el español por lo que se refiere a las «voces

técnicas»: nuestra lengua no ha incorporado muchos vocablos del campo científico, «por consecuencia será más escaso nuestro diccionario que el de aquella nación» (1786: I, CXXX-CXXXII). A pesar de ello, Capmany rechaza la necesidad de acudir a la lengua francesa para crear voces nuevas; a cambio, propone acudir al latín y al griego, pero sobre todo a la lengua oral de los españoles.

En general, defiende que la riqueza del francés es coyuntural, se basa en «el tesoro adventicio y casual del cultivo de las artes y ciencias naturales» por parte de sus autores, mientras que la riqueza de la lengua española se basa en sus valores naturales, de ahí el valor de nuestra cultura popular. Lo accidental frente a lo esencial. Esta reivindicación española de lo popular se inscribe en un ambiente europeo de rebelión contra el «imperialismo» cultural francés y se inspira en las teorías de Herder. Para sortear la tan reconocida ventaja francesa en literatura escrita y culta, Capmany enfatiza en su *Teatro* el valor de nuestra tradición oral y de la lengua popular; el pueblo español está por encima de todos los demás gracias a su lengua: «Cuando todos nuestros libros no ministren armas para sostener esta arrogante proposición [el español es la lengua más elocuente], bastarían las copiosas colecciones que se pueden formar de las cosas grandes, sublimes y graciosas que nuestro pueblo, nuestro obscuro y festivo vulgo, derrama y ha derramado en todos tiempos con la desgracia de que ni la escritura ni la tradición las hayan conservado» (1786, I: CI). Era una buena manera de oponerse al primado de la culta Francia, con la que en esta obra se compara solo en cuestiones formales, en el ámbito cultural y lingüístico, pero no en el terreno filosófico o estrictamente político.

A pesar de ese progresivo acercamiento al nacionalismo cultural, disponemos de un documento en el que se confirma que el Capmany de 1787 todavía militaba en el cosmopolitismo y en el respeto a Francia: se trata del informe (Simón Díaz 1947) que, como censor de la Academia de la Historia, realizó sobre un manuscrito titulado *Respuesta del organista de Móstoles a la carta de su amigo el sacristán de Berlinches*. En él explica que este escrito se inscribe en la línea de las «impertinentes y superficiales apologías literarias» de España y que, además, «se esfuerza en vindicar la reputación de nuestros poetas dramáticos contra los autores franceses». Su dictamen es: «no es tolerable en buena política, ni en buena crianza, que se vilipendie a los escritores de otra nación, y mucho menos que se insulte con palabras de mofa y menosprecio al nombre y cuerpo entero de la misma nación. Así, es preciso borrar de este papel, para que pueda correr con licencia, las expresiones de burla, de provocación, y aun de sedición, que he notado contra la Francia».

Por otra parte, la defensa de lo moderno con que se caracterizaba Capmany en 1777 experimenta en 1786 algún cambio: en el *Teatro*, tras adjudicar al siglo XVI el título de «siglo de oro», concluye que «en España no hubo más que dos tiempos en materia de elocuencia: un siglo de imitación de los antiguos [el XVI], y otro siglo del abuso del

ingenio humano [el XVII]» (1786: I, XXXIX). El Capmany de los años ochenta era menos fervoroso de los modernos, y descubrió entonces el gusto por los clásicos, por la imitación de los antiguos. Si el Capmany de los setenta se presentaba como militante del filosofismo, cosmopolitismo, enciclopedismo y la renovación, a mediados de los ochenta su posición se había desplazado, haciendo hincapié en los valores patrios y descubriendo el valor de la tradición frente a la modernidad.

En aquel contexto de debates sobre la aportación española a la cultura europea, esta obra fue recibida como una contestación al menosprecio y los prejuicios antiespañoles de los extranjeros, como una moderada defensa de España y de su legado cultural. O sea, la imagen de Capmany comienza a ser más patriótica y menos afrancesada que antes. Ya hemos citado que el *Diario curioso, erudito, económico y comercial* (153, 30-11-1786, p. 241) publicó una reseña anónima en la que se destaca la oportunidad de la obra de Capmany, que aparece oportunamente para destruir los prejuicios de los extranjeros contra nuestra literatura. En ella se subraya que con ella se da a conocer el valor de nuestros mejores prosistas, desconocidos por los malos apologistas de España. Gracias al *Teatro* la lengua española recuperará «aquel antiguo esplendor» y se desnudará de «los vicios que en el día la afean por la contaminación, y que son tan comunes en las malas traducciones modernas». El reseñador agradece que el discurso preliminar de esta obra sea «una completa vindicación» de la lengua castellana¹².

Ya antes de que el *Teatro* se publicase, apareció un «Prospecto» sobre este en el *Memorial Literario* (V, Mayo 1785, pp. 13-22) donde se manifestaban las intenciones de Capmany, quien «deseoso de dar a los extranjeros y a sus patricios una general y perfecta idea de la abundancia, hermosura, majestad y armonía de la lengua castellana», había decidido dar al público esta colección de fragmentos en prosa de los mejores escritores españoles. Con ello, pretende restaurar el crédito de nuestros buenos «escritores antiguos» y contribuir a la restauración de la lengua castellana —«tan desfigurada en estos últimos tiempos con pésimas traducciones»— «y a la propagación de nuestro idioma en los países extranjeros».

También el *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (131, 2-6-1788, pp. 9-16) reseña el *Teatro* colocándolo en su contexto político, elogiando sus críticas a los prejuicios extranjeros, pero encomiando también la crítica moderada de Capmany frente a la habitual de los apologistas indiscriminados de todo lo español. Se elogia a Capmany en

¹² Sin embargo, la recepción que los censores de la obra, los hermanos Guevara (Ramón y José), concedieron al *Teatro* fue crítica con la selección de autores y de pasajes concretos, principalmente por su preferencia por autores modernos y por la exclusión de sermones. En consecuencia, piden una reforma profunda de la obra (Etienve 2001: 419-426).

medio de fuertes reproches a la «mala crítica» que entonces se hacía en España y al despilfarro de las energías de muchos buenos autores españoles, «continuamente envueltos y enredados en miserables contiendas». Afortunadamente, escribe el anónimo reseñador refiriéndose a Capmany, hay excepciones: «tú eres acaso el único que ha producido nuestra época digno de ser propuesto por modelo a tus coetáneos, tú solo eres capaz de ejercitar la crítica» dignamente, «pero tu pluma se desdeña de salir a campaña entre tantos ruines pigmeos, y solo se muestra alguna vez a favor de la verdad desvalida» (1788: 9-16).

El *Espíritu de los mejores diarios* volvió a referirse (183, 1-6-1789, pp. 134-135) al *Teatro*, reproduciendo una reseña favorable a la obra de Capmany aparecida en las *Efemérides de Roma*¹³, donde se recomendó esta obra por su excelencia y, además, por el prestigio de su autor: «más de una vez hemos hecho la justicia que se merece la aplicación, el buen gusto y el talento de este sabio español». Se destaca la finalidad de Capmany en este trabajo, «dar a los extranjeros y a sus conciudadanos una idea general y perfecta de la belleza, riqueza, majestad y armonía del idioma español» y de sus mejores autores en prosa. Resume el contenido de los cuatro primeros tomos, elogia especialmente el «excelente discurso que se halla a la frente de esta obra» y destaca el análisis crítico e histórico de la lengua española, subrayando su comparación con las demás lenguas vivas. La conclusión del periódico italiano fue: «En fin, esta obra merece por todos respectos la atención de los nacionales y todo el aprecio de los extranjeros». También las *Nouvelles de la République des Lettres et des Arts* elogiaron esta obra de Capmany y destacaron su utilidad para combatir los prejuicios de muchos franceses contra la literatura española (Etienvre 2001: 250). El *Memorial Literario* (febrero de 1788, LV, pp. 252-253) anuncia la aparición de los tomos 3 y 4 y ofrece un resumen de su contenido.

Años después continuaban apareciendo en la prensa española reseñas sobre el *Teatro*: las *Variedades* de Quintana (1805, V: 356) trataron elogiosamente esta obra, donde dicen los redactores que se juzgó con sabia crítica y discernimiento a los autores españoles; es «una de las obras más útiles que poseemos»¹⁴. También las *Efemérides* de Velasco publicaron (1804: I, 207) un anuncio de venta del *Teatro* de Capmany donde se incluía un resumen de su contenido. La *Minerva* (1807: VI, 187-190) de Olive también incluyó una reseña muy elogiosa del *Teatro*.

Lo cierto es que todavía en 1791 Capmany es un autor bastante imparcial y moderado; todavía no había asumido el papel antifrancés y extremadamente nacionalista que poco

¹³ Effemeride letterarie di Roma, 17, 13-12-1788, 50, pp. 399-400.

¹⁴ Evidentemente, aún no había comenzado la enemistad entre Quintana y Capmany, quien por entonces debía de asistir a la tertulia de Quintana, que duró hasta 1808.

después iba a desempeñar tan radicalmente: en la censura, fechada en 9 de junio de 1791, que firmó sobre la *Historia Crítica de España*, de Juan Francisco Masdeu, reprocha «el empeño que descubre el autor sin disimulo pretendiendo defender la nación española a costa del crédito de otras y de la reputación de autores extranjeros que, por su celebridad a lo menos, eran acreedores a ser tratados con más decoro», autores en los que Masdeu supone «intenciones malignas» contra los españoles; «esta conducta es falta de urbanidad, es encono antipolítico, es propiamente una hostilidad, es declarar la guerra a las demás naciones»; y además, «el empeño del autor se dirige principalmente a hacer ridículos y odiosos a los franceses».

Capmany atribuye a Masdeu la presuposición de que los españoles se solidarizarían con su obra cuando viesan que en ella se ridiculizaba fuertemente a los franceses: «si el autor contase más con la verdad que con la venta de su obra, no tomaría pretexto de zaherir a los franceses modernos». En definitiva, la obra de Masdeu es una apología impertinente de nuestra nación, y toma siempre la palabra francés o franceses», como «epíteto de desprecio, de irrisión y acaso de odio y de enemistad nacional». A la vista de todo ello, solicita al autor una serie de correcciones en la línea señalada, tras lo cual» podrá concederse al autor la licencia que solicita para su impresión» (Etienvre 2001: 434-438).

Tercera etapa

Poco después, comienza a apreciarse en Capmany un cambio decisivo, obviamente influido por los acontecimientos revolucionarios en la nación vecina y la guerra contra Francia en 1793. En esta tercera etapa su autorrepresentación patriótica se intensifica y su pasión por lo moderno y lo extranjero ha desaparecido. Representativas de estos años son varias cartas al *Diario de Madrid* (de 1801), el *Nuevo diccionario francés-español* (1805), la *Centinela contra franceses* (1808), los textos de su polémica con Quintana (1811) y su nueva edición de la *Filosofía de la elocuencia* (1812).

Las cartas del *Diario de Madrid*, reproducidas y estudiadas por Françoise Etienvre (*Centinela* 2008: 99-109), demuestran ya un indudable nacionalismo galófobo. Capmany las publicó bajo seudónimo, porque el incierto momento político no aconsejaba mostrarse decididamente antifrancés y partidario del «carácter nacional». En una de las cartas (16, 17 y 18 de septiembre de 1801) defiende la fiesta de toros, en contra de la opinión de Floridablanca, Jovellanos, Campomanes y Aranda, que se opusieron a las corridas por «motivos a la vez económicos, morales y de reputación nacional». En otra carta (20 y 21 de septiembre de 1801), «contra las pésimas traducciones», va más allá de la crítica contra los malos traductores: «Gracias a la moderna currutaquería traductora y filosofadora, que parece se avergüenza de tener la fe de bautismo escrita en español, estos señoritos "amables" y

"sensibles" no contentos de introducir su nueva parla sentimental pretenden que enamoremos, que riñamos y que aun suspiremos a la inglesa, a la francesa y a la alemana. ¿Si lograrán trastornar nuestras costumbres que, buenas o malas, forman como en todos los pueblos el carácter nacional?». Como se ve, la crítica filológica de Capmany contra los «señoritos lengüeteros que estropean su idioma patrio con jerigonzas afrancesadas» contiene una acusada carga nacionalista.

En el *Nuevo Diccionario* subraya Capmany el enorme esfuerzo que le ha costado la redacción de esta obra, un sacrificio que ha aceptado solo por patriotismo: «No hablaré aquí de lo que me ha costado este testimonio de mi celo nacional y de mi amor a la lengua patria; esto solo yo lo sé» (1805: I-III). Se muestra como pionero en este tipo de diccionarios francés-español, aunque también reconoce que tuvo como referencias los de Cormon y Gattel, con muchos yerros e imperfecciones, dice Capmany: «Avergonzado yo, como debiéramos estarlo todos los españoles de que aún en este ramo de literatura, convertido dentro de nuestra propia casa en comercio y tráfico pasivo, hubiésemos de mendigar más tiempo de manos extranjeras los socorros de un diccionario francés-español, emprendí la lectura, y con ella la reforma de todos, corrigiendo al principio los yerros y groseras equivocaciones, y rectificando, aclarando o supliendo lo inexacto, obscuro o falto de todos ellos». Uno de sus objetivos principales era el de «atajar el contagio que ha cundido en nuestro idioma con la corrupción de las malas traducciones».

En cuanto al léxico elegido, manifiesta que no ha querido «pasar plaza de novador» y que ha omitido «las voces revolucionarias de Francia, que con tanta recomendación anunciaron Cormon y Gattel en sus últimas impresiones», porque, añade, no pertenecen a la lengua, ni a «un sistema constante de la nación» española: «Tales voces no admiten traducción en español, ni aplicación racional, ni análoga a nuestra vida política, ni civil» (*Prólogo*, VII-VIII). Opone así los «sistemas» monárquico y republicano, corrobora su creciente nacionalismo y su rechazo a la ideología revolucionaria francesa.

Junto a estas opiniones, Capmany no omite enjuiciar la riqueza de ambas lenguas, colocando ahora al español por encima del francés: el propio lector podrá realizar «el cotejo de la abundancia y variedad de la lengua española, que aventaja en estas y otras calidades a la francesa» (1805: VIII-IX). Para el Capmany de 1805 el castellano no es inferior al francés, aunque en el campo de las «voces didácticas» reconoce que «han hecho más progresos sus escritores que los nuestros». Pero eso no significa que el francés sea superior, porque ello sería «confundir el lenguaje de los autores con el de la nación o, por decirlo de otro modo, el idioma de las ciencias con el de la vida común y trato civil» (1805: XX-XXI). Capmany está abundando en razonamientos defendidos antes en el *Teatro*, aunque ahora atribuye al castellano determinadas cualidades «lógicas», «exactitud» y «propiedad», que antes le había negado en favor del francés.

Inmediatamente después de su publicación, la recepción crítica del *Nuevo Diccionario* fue muy positiva y Capmany continuó ganando crédito como buen patriota. El *Memorial Literario* (1805, III, 381-396) incluyó una reseña de Mariano de Carnerero sobre esta obra, en la que relaciona el «distinguido mérito» de este diccionario de Capmany con el «tesoro» que gracias a él gana la filología española: «la nación en general experimentará desde la publicación de esta obra infinitas ventajas». Carnerero se solidariza con las opiniones del autor cuando rebate que la lengua francesa sea más apta que la española para materias filosóficas y científicas, y elogia finalmente al autor por el «beneficio que ha hecho a su nación y a su lengua». Reseñas similares y patrióticas aparecieron en Quintana, *Variedades* (1805: IV, 114-124), en las *Nuevas Efemérides* de Olive (1805: II, 360-364), que además publicó (1805: II, 374-376) una carta de Capmany sobre este asunto. Como puede verse, son años en los que cualquier manifestación literaria y cultural se juzga desde presupuestos nacionalistas.

Las obras de esta tercera etapa de Capmany, que puede concretarse entre 1801 y su muerte en 1813, llegan a su punto culminante en 1808 con la invasión francesa y la consecuente *Centinela contra franceses*, donde sus reflexiones anteriores, predominantemente lingüísticas y culturales, se trasladan expresamente al ámbito político y militar. Así, desde 1808 sus escritos se caracterizan por un acusado nacionalismo galófono y por una autorrepresentación con la que Capmany pretende «limpiar» sus «excesos» ideológicos pasados, galófilos y cercanos al cosmopolitismo «filosófico».¹⁵

En estos años, cuando las circunstancias políticas son extremas, y extrema es también la situación personal de un Capmany que desposeído huye a Andalucía, la obra de nuestro autor se impregna de una radical militancia antifrancesa y de un militante nacionalismo. Escribe en 1808: «no es este tiempo de estarse con los brazos cruzado, ni con la lengua pegada al paladar el que puede usar el don de la palabra para instruir y alentar a sus compatriotas [...] Desde hoy todos somos soldados, los unos con la espada y los otros con la pluma». No eran tiempos propicios para la moderación. Tras haber buscado siempre la tutela de personajes poderosos, ahora se acoge a la protección de Lord Holland¹⁶, a quien dedica la *Centinela*: ese «sabio inglés, siempre amante de España y de los españoles». Naturalmente, Capmany se presenta

¹⁵ La publicación de *Centinela* y ciertas intervenciones públicas antifrancesas (Etienvre 2001: 294) en los meses previos a la monarquía de José Bonaparte fueron decisivas para que Capmany hubiera de dejar la capital y todos sus bienes, que con la llegada de los franceses fueron embargados.

¹⁶ Capmany siempre intentó acogerse a la protección de importantes personajes, como hizo con Lord Holland en los últimos años de su vida. Varios investigadores han subrayado el pragmatismo de Capmany, muy preocupado siempre por cuestiones de dinero y por la defensa de sus intereses personales, aun a costa de perjudicar a antiguos valedores, como Olavide, contra quien declaró (Etienvre 2001: 367-382) en el conocido juicio fraguado por la Inquisición.

como acérrimo anglófilo y extremado galófobo, congratulándose, junto a Lord Holland, de la alianza angloespañola: «desde que la lealtad española abrió a la generosidad inglesa el gran teatro de esta península».

Capmany manifiesta que él, que durante tantos años viene empleando su pluma y su celo para honrar y glorificar a su nación, cómo podría permanecer mudo ahora que «el enemigo de la Europa maquina su esclavitud o su desolación». Por tanto, se apresta a la «tan santa empresa» de luchar contra Francia: «Con la guerra vengaremos de una vez tantos agravios como hemos padecido veinte años seguidos [...]. Con la guerra abriremos nuestros puertos, cerrados tres años hace por obedecer los bárbaros y antipolíticos decretos del rabioso Napoleón», que pretendía así «bloquear y hambrear a la Inglaterra». Capmany reconoce que esta guerra es terrible, «pero saludable, instrumento para nuestra eterna prosperidad, no nos inocularán más el impío filosofismo y la corrupción de costumbres de sus venenosos libros que tanto daño han hecho en la juventud» (Centinela 2008: 3-13).

Ya hemos comentado la edición de 1777 de la *Filosofía de la elocuencia*, que volvió a publicarse en 1812, y ya hemos avanzado que los cambios introducidos en esta definen nítidamente la evolución ideológica de Capmany. Es obvio que el Capmany de 1812 no es el de 1777. Para empezar, la extensión de 1812 es de 665 páginas, frente a las 232 de la primera edición, un aumento que se debe principalmente a la masiva adición de ejemplos de autores castellanos de los siglos XVI y XVII¹⁷, con el fin de «hacer lucir y campear la lengua patria» (1812: XIV). Los cambios más voluminosos de la nueva edición consisten en las adiciones o modificaciones encaminadas a aumentar la importancia de los autores españoles como modelos de lengua y de doctrina, en detrimento de los autores extranjeros.

Capmany estaba convencido de que la lengua española se estaba corrompiendo por el negativo influjo de las traducciones del francés, que facilitaban la incorporación al español de un léxico extraño e innecesario. Para remediar esta situación incorpora a su *Filosofía* –dominada en 1777 por modelos clásicos antiguos– abundantes fragmentos de los mejores autores españoles del Siglo de Oro¹⁸, aprovechando la antología de textos que ofreció en su *Teatro*. Ahora se congratula de acudir a modelos españoles, «sin necesidad de mendigar de autores extranjeros ni los pensamientos, ni el modo de expresarlos». Subraya que, gracias a los ejemplos que propone en su libro, nos familiarizaremos «con los donosos, delicados y castizos modos de decir» de la lengua española (1812: XIV-XV).

¹⁷ Además, en 1812 se añaden dos capítulos inexistentes en 1777: «De la pronunciación» y «De la acción».

¹⁸ Los ejemplos de modelos españoles, que en 1777 eran poquísimos, pasan en 1812 a duplicar los de ejemplos clásicos, que en la primera edición eran abrumadora mayoría. El número de ejemplos con autores franceses permanece casi invariable, pero proporcionalmente supone una reducción considerable.

Por otra parte, en 1812 asegura que su obra fue bien recibida en 1777, pero «nunca pudo satisfacer mis deseos, ni aquietar mi genio mal contentadizo» (1812: VIII). Reconoce en 1812 que la redacción de este libro le supuso en 1777 «una gran carga que en realidad fue muy superior a las fuerzas y al caudal de mis juveniles años», de manera que en su nueva versión espera salir «menos desairado que en la primera». Parece referirse a que en 1777 no poseía el caudal de conocimientos sobre autores españoles que ahora sí posee. En realidad, Capmany ya no se identifica con el contenido de la primera edición, de manera que presenta la segunda como «nueva en todo, menos en el título y en la forma», por el «amor indefectible» que tiene a su nación: «ya es tiempo de servir a la Patria con puro y ardiente celo» (1812: III-VIII).

Aduce variados motivos patrióticos para explicar la nueva edición: si en la primera versión se presentó como «filósofo», en 1812 se presenta como un patriota ocupado en servir a su patria y en defender la lengua de su nación, motivo por el que decide reescribir su obra: «mi decidida afición a este género de estudio, el amor indeleble que profeso a nuestra lengua y el dolor de ver que de algún tiempo acá se venden para instrucción de la juventud española *Cursos de bellas letras y Lecciones de retórica*, traducidos ya del francés, ya del inglés¹⁹, en traje y gesto extranjero ¿no son estímulos semejantes para vengar la lengua, la elocuencia y la Nación? Ya es tiempo de servir a la Patria con puro y ardiente celo» (1812: VII-VIII). Pero más que la intención de ofrecer un libro que en el ámbito de la Poética y la Retórica mejorase, respectivamente, los de Batteux y Blair, pesaba el hecho de que Capmany quería mostrarse como un patriota y borrar definitivamente su pasado galófilo.

En la edición de Londres permanecen esencialmente las mismas ideas estéticas y lingüísticas que en la edición de Madrid, pero existe una diferencia política: Capmany pasó de autorretratarse como autor cercano al enciclopedismo francés a reivindicar la lengua y la nación española, así como la religión. Si en 1777 acudió a Francia para introducir en España lo que allí consideró como positivo, en 1812 presenta y destaca el valor del legado español, con el fin de mostrarlo a españoles y extranjeros, y con la intención de manifestar públicamente su distanciamiento de aquel Capmany tan apegado a Francia y tan desconocedor del legado cultural español.

Ya hemos citado que, para subrayar su adhesión a la modernidad, opuso lo anticuado y lo moderno, escribiendo irónicamente en 1777: «me disimularán los anticuarios alguna vez la

¹⁹ Se refiere a las traducciones que García de Arrieta y Munárriz hicieron de los respectivos textos originales de Batteux y Blair: Charles Batteux, *Principios filosóficos de la literatura o Curso razonado de Bellas Letras y de Bellas Artes, traducida al castellano e ilustrada con algunas notas críticas y varios apéndices sobre la literatura española por Don Agustín García de Arrieta*, Madrid, Sancha, 1797-1805, 9 vols. José Luis Munárriz, *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras*, Madrid, A. Cruzado y García y Cía, 1798-1799, 4 vols., traducción de Hugh Blair, *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*, London, 1783, 2 vols.

frase, y también la nomenclatura desconocida en el siglo de los Olivas y los Guevaras» (1777: XVII). Estas expresiones han sido suprimidas en la edición de Londres, donde reivindica un lenguaje respetuoso con la religión y alejado del filosofismo: «No se escandalicen los lectores criados desde su niñez en el lenguaje franco-hispano, si en los ejemplos de españoles rancios que ofrezco a sus ojos, cebados en otro pasto, no encontrarán las palabras favoritas de la moderna moda, como "ser supremo, humanidad, beneficencia, sociedad, seres, sentimientos, detalles, asambleas, etc.", porque en aquellos tiempos no se habían desterrado de nuestra lengua los nombres de "criador, Señor, Altísimo, Divino Rector o Hacedor, Omnipotente", en fin, de Dios» (1812: XVIII). Evidentemente, Capmany está intentando borrar su anterior imagen de filósofo²⁰ y afrancesado, abrazando a cambio un perfil más cristiano, más español y más tradicional.

Sobre este tipo de vocablos añade: «pues parece afectación olvidarse de estas palabras que huelen demasiado a teología en el reinado de la filosofía» (1812: XVIII). O sea, reivindica «lo rancio» –palabra que usa irónicamente– frente a la «moderna moda», y la teología frente a la filosofía. Esta defensa del lenguaje antiguo y español, frente al moderno y revolucionario, posee implicaciones ideológicas: ya no se presenta como partidario de la cosmovisión ilustrada y «filosófica», con sus vocablos correspondientes, sino de la tradición cristiana –olvidada en la edición de Madrid– con su vocabulario correspondiente. En efecto, determinadas palabras «modernas» y «filosóficas» de 1777, se sustituyen por otras castizas: «sentimiento» se cambia por «corazón», por «afecciones», por «sentimiento moral», por «recto juicio» (1777: 6, 7, 17, 10 / 1812: 15, 22, 23, 41). La palabra «entendimiento» es sustituida por «mente». «Sensible» es cambiada por «visible y material». «Seres sensibles» se transforma en «entes corpóreos», etc.

Asimismo, Capmany ha suprimido en 1812 dos párrafos de la primera edición en los que atacaba el purismo, «afectación minuciosa que estrecha y aprisiona el ingenio» decía en 1777. En la versión de Londres viene a reconocerse como purista: «Si no consideramos con escrupulosa atención las palabras, jamás escribiremos con corrección y propiedad. En este cuidado no hallo nimiedad por más que ladren los antipuristas» (1812: 116).

Para el autor catalán, así pues, empuñar la pluma como soldado significaba utilizarla como artefacto político, y ello comportaba una serie de requisitos que, como hemos visto, supo cumplir en un tipo de texto —tratado de retórica— aparentemente inocuo. Lo hizo en 1777, cuando contra una sociedad reacia a los cambios defendió la modernidad, el

²⁰ Recuérdese la acusación de «filósofo infernal» con que le nombró Forner en las *Exequias de la lengua castellana*.

cosmopolitismo y el modelo francés, y lo vuelve a hacer en 1812, pero esta vez como militante antifrancés y adalid del casticismo lingüístico y del nacionalismo español.

En síntesis, junto a su casticismo lingüístico, sustituto de su anterior cosmopolitismo, los otros cambios fundamentales de Capmany residen en su acusada galofobia, su defensa de la religión y su alejamiento de lo moderno. ¿Significa esto que ha abandonado su pensamiento ilustrado? La respuesta exige una respuesta negativa si atendemos, sobre todo, a tres hechos muy significativos: Capmany votó en las Cortes de Cádiz a favor de la abolición de la Inquisición, a favor de la libertad de imprenta y a favor de una soberanía total de las Cortes, sin restricciones. Aunque sus polémicas con Quintana le ocasionaron roces con sus correligionarios liberales, Capmany siguió esencialmente fiel a su credo progresista.

En efecto, Capmany fue uno de los 68 diputados liberales que, contra la opinión de 32 tradicionales, votó en las Cortes de Cádiz, el 19 de octubre de 1810, a favor del artículo 1º del decreto sobre la libertad de imprenta; decía este artículo: «Todos los cuerpos y personas particulares de cualquier condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anteriores a la publicación, bajo las restricciones y responsabilidades que se expresarán en el presente decreto» (Fernández de la Cigüña 1993: 103).

Sobre la abolición de la Inquisición, contamos con el discurso que sobre este asunto pronunció Capmany en las Cortes de Cádiz el 21 de enero de 1813. Un discurso en el que se mostró rotundamente a favor de la prohibición de aquel tribunal. Es un texto que, como todos los que se pronunciaron en aquel debate, quedó impreso. Dice Capmany que hace cuarenta años pensaba al respecto lo mismo que piensa ahora: sostiene que no deben confundirse como sinónimos Inquisición y Religión, así como Santo Oficio y Fe Católica. Confundiendo estos términos «se sustituye el terror al amor, la credulidad a la creencia y la humillación al convencimiento». A continuación se refiere a la propaganda que se hace a la gente –se supone que por parte de los frailes y religiosos en general– para que siga creyendo en la Inquisición: «¿Os van a quitar la religión sana de vuestra patria!, les predicán pública y privadamente [...], y no hay quien les responda: "nosotros no necesitamos de Inquisición para ser católicos"; esto es injuriarnos, injuriar a nuestros padres», que practicaron la religión «por medio de la instrucción, y no por la amenaza del castigo». Esto «es injuriar a los antiguos españoles, que recibieron el Evangelio de boca de los discípulos de los apóstoles, no con el aparato de cadenas y cuchillos, sino con la persuasión y dulzura». La defensa de la Inquisición supone «injuriar a la España toda, quitándole la gloria de ser y haber sido católica por antonomasia entre los demás reinos de la cristiandad, antes de que se hubiese inventado este tribunal, que ni da fe al que no la tiene, ni la confirma al que la tiene». Continúa su duro discurso contra el Tribunal de la Inquisición sosteniendo que los inquisidores «ni siembran la divina palabra, ni oran, ni edifican», solamente juzgan y condenan gracias a la usurpación que han hecho al

episcopado español. Por eso, añade, es extraño que el episcopado se resista a la prohibición, porque esta significaría la recuperación de «su apostólica potestad, que el soberano Congreso nacional quiere reintegrarles» (Fernández de la Cigña 1993: 204-208).

De gran interés es su argumentación contra los apologistas de la Inquisición cuando sostienen la idea de que el siglo XVI fue el más floreciente de España en sabiduría, lo que demostraría que el susodicho tribunal no se oponía al progreso de las luces. Responde Capmany: «Yo les concedo que contra las luces no; pero sí contra los que lucían». Y enumera una serie de grandes autores españoles de aquella época que sufrieron injustamente la persecución y la cárcel. Y termina: «Siglo fue de oro a pesar de la Inquisición, pero ¡cuántos tesoros quedaron escondidos! Aquel fue el tiempo en que los émulos y envidiosos del buen nombre de sus rivales tenían la puerta franca para tacharlos de herejes o de sospechosos». Y cita a Nebrija, Fray Hernando de Talavera, Arias Montano, el Brocense, Fray Luis de León, Antonio Pérez y muchos más, todos ellos perseguidos por el Tribunal. Por ello pide su abolición, ya que, sostiene, estas Cortes poseen el poder legal para hacerlo. Y debe llevarse a cabo sin dilatar esta decisión, contra lo que pedían los diputados tradicionales, partidarios de esperar hasta recibir instrucciones de sus diferentes circunscripciones provinciales. Por qué, se pregunta Capmany, solo ante este asunto los tradicionales argumentan que los diputados deben consultar la opinión de sus provincias. «¿Y qué quiere decir opinión? ¿Y quiénes forman esta opinión?». Después razona Capmany que si para cada asunto que las Cortes tratan hubieran de explorar la opinión de sus provincias, las Cortes no habrían aprobado hasta ahora ni un solo artículo de la Constitución. Y concluye Capmany que considera que el tribunal de la Inquisición es «incompatible por su legislación y forma de proceder con la constitución política que tiene jurada la nación española. Es mi dictamen» (Fernández de la Cigña 1993: 211-217). El 5 de febrero de 1813 se aprobó el decreto sobre la abolición de la Inquisición.

Asimismo, Capmany estuvo en contra de cualquier restricción a la soberanía de las Cortes, de manera que el 2 de noviembre de 1810 votó consecuentemente en ese sentido. En cuanto a la abolición de los gremios, Capmany votó en contra de sus compañeros liberales el 4 de junio de 1813. Tampoco en este asunto había cambiado la opinión de Capmany desde que en 1778 publicara su *Discurso* sobre los gremios defendiendo este sistema de organización económica y social. Parece que en las Cortes no pronunció discurso alguno sobre este tema, quizás porque pensó que habría sido inútil hacerlo, ya que los liberales poseían la mayoría en aquellas Cortes, o quizás porque no consideró oportuno oponerse enfáticamente a sus correligionarios.

Evidentemente, el nacionalismo y la galofobia de Capmany no borraron su vinculación con el pensamiento ilustrado. Por otra parte, esta oposición a Francia era compartida en

Europa, y había comenzado años atrás, cuando todavía Napoleón no tenía el poder en Francia. En efecto, las últimas décadas del siglo XVIII contemplaron cómo Europa, abanderada por Alemania e Inglaterra, se opuso a la larga hegemonía de la lengua y la cultura francesa en todo el continente. Durante el cambio de siglo la antigua admiración por lo francés se trocó en resentimiento, cultural y político. En el ámbito cultural, alemanes e ingleses batallaron por buscar otros modelos, hallándolos en las diferentes culturas nacionales, en la Edad Media cristiana y en el Barroco. Todo ello frente al universalismo clasicista, grecorromano, renacentista o francés, y frente al laicismo. Fue esta una corriente —el comienzo del Romanticismo— de la que ningún país europeo pudo sustraerse, y que afectó igualmente a los intelectuales españoles, también a Capmany. Si además el país en cuestión estaba en guerra contra Francia, la galofobia se disparaba.

La anglofilia de Capmany en sus años gaditanos termina de explicar su galofobia: ya en 1808 había dedicado su *Centinela* a Lord Holland; la segunda edición de la *Filosofía* se publicó en Londres. Y cuando Capmany murió, sabemos, gracias a su testamento, que disponía de 106.000 reales depositados al 8% de interés en la casa del cónsul de Inglaterra en Cádiz, bajo la garantía del Embajador de aquel país²¹, entonces aliado de la España antifrancesa y feroz enemigo de Francia. Indudablemente, el Capmany de aquel momento fue sinceramente antifrancés. Pero no habría cabido otra opción en el Cádiz de las Cortes. Y, además, para ser amigo de aquellos influyentes personajes ingleses —posibles benefactores en caso de que el desenlace de la guerra contra Francia fuese desfavorable— había que ser antifrancés. Esa declarada anglofilia constituía un valioso escudo ante el imprevisible futuro.

En conclusión, el Capmany de los primeros escritos se mostraba como un admirador de Francia, de su lengua, sus autores y su cultura. Además, se presentaba como un ilustrado, cosmopolita, moderno, admirador de su siglo, empeñado en trabajar por las reformas que necesitaba España para superar su retraso con respecto a Europa. En los años ochenta se muestra como un autor moderado, equilibrado entre lo nuevo y lo antiguo, lo español y lo extranjero, ilustrado, lúcido y ecuaníme; es el mejor Capmany. Con el nuevo siglo, el autor catalán decide presentarse públicamente como un patriota radical, llegando a ser en sus últimos años un nacionalista extremo y un galófobo que rectifica su pasada admiración por lo moderno y el laicismo, sin abandonar su esencial pensamiento ilustrado.

Así pues, desde un inicial radicalismo político, propiciado por un contexto que lo permitía y apoyado por el círculo de personalidades donde se movía —y del que esperaba favores personales—, pasó a una actitud moderada, propia también de una época en la que el reformismo español se estancó, para finalmente desembocar —en el contexto de las guerras

²¹ Este hecho ilustra el acusado pragmatismo económico de Capmany durante toda su vida.

contra Francia– en una acendrada defensa de valores culturales que antes había desdeñado como antiguos, en una actitud antifrancesa de extremo nacionalismo, en un pensamiento que algunos han tildado, con escasa razón, de reaccionario. Porque políticamente Capmany fue siempre un ilustrado reformista. En los últimos años de su vida actuó como un ilustrado cristiano y moderado, votando regularmente junto a los liberales en las Cortes de Cádiz.

OBRAS DE ANTONIO CAPMANY

- **1773:** *Comentario sobre el Dr. Festivo y Maestro de los eruditos a la violeta para desengaño de los españoles que leen poco y malo*, por Pedro Fernández [manuscrito fechado en Sevilla el 28 de enero de 1773 con el seudónimo de Pedro Fernández].

Quedó manuscrito hasta que en 1963 fue publicado por Julián Marías.

- **1773:** *Carta al M.R.P. Manuel Gil*, enviada el 25 de julio de 1773.

Publicada por N. Glendinning (1966).

- **1773:** *Discursos analíticos sobre la formación y perfección de las lenguas, y sobre la castellana en particular* [manuscrito desaparecido].

Su texto corresponde al discurso que Capmany pronunció en la Academia Sevillana de Buenas Letras los días 4 y 11 de junio de 1773 (Etienvre 2001: 35). El contenido del manuscrito fue resumido por Sempere y Guarinos (1785-1789, II: 139-144).

- **1775:** *Oración gratulatoria*, discurso pronunciado el 1 de diciembre de 1775 con motivo de su ingreso en la Real Academia de la Historia.

Publicada por Hans Juretschke (1969). Es una reelaboración de su Comentario sobre el Dr. Festivo, que había quedado manuscrito y firmado bajo seudónimo.

- **1776:** *Arte de traducir el idioma francés al castellano, con el vocabulario lógico y figurado de la frase comparada de ambas lenguas*, Madrid, D. Antonio de Sancha, 1776.

Fue posteriormente reeditado en Barcelona 1825, París 1835 y Barcelona 1839 (Aguilar Piñal 1983, II: 194-204).

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000086576&page=1>

- **1777:** *Filosofía de la elocuencia*, Madrid, Antonio de Sancha, 1777.

La Filosofía de la elocuencia tuvo las siguientes impresiones y reediciones: Barcelona s.a., Londres 1812, Gerona 1822, Barcelona 1826, Barcelona 1826, Gerona 1826, Gerona 1836, Madrid 1842, Buenos Aires 1942, Dublín 1903 (en inglés). Los seis textos de Madrid, Barcelona y Dublín recogen la redacción de 1777, mientras que los cinco de Londres, Gerona y Buenos Aires adoptan la edición de 1812.

<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=ucm.5315910327;view=1up;seq=11>

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000098767&page=1>

- **1778:** *Discurso económico-político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales, y de la influencia de sus gremios en las costumbres populares, conservación de las artes, y honor de los artesanos*, por Don Ramón Miguel Palacio, Madrid, Antonio de Sancha, 1778.

En 1788 se volvió a publicar como anónimo, con cambios y con un título diferente en el *Semanario Erudito* (X, 1788, pp. 172-224): *Discurso político-económico sobre la influencia de los gremios en el Estado, en las costumbres populares, en las artes, y en los mismos artesanos*. Esta versión fue editada por Luis Sánchez Agesta (1949).

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000128000&page=1>

- **1779-1792:** *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Madrid, Sancha, 1779-1792, 4 vols.

Los volúmenes III y IV, aparecidos en 1792, se titulan como Suplemento. Reeditado por Emili Giralt (1961-1963).

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000012164&page=1>

- **1783:** *Diccionario geográfico universal, que comprende la descripción de las cuatro partes del mundo y de las naciones, imperios, reinos, repúblicas y otros Estados, provincias, territorios, ciudades, villas y lugares memorables*, Madrid, Miguel Escribano, 1783, 3 vols.

Fue reeditado en Madrid 1793 y Madrid 1794. Es el diccionario inglés de Lorenzo Echard, traducido al castellano y publicado en 1750 por J. de la Serna, y ahora corregido y aumentado por Capmany.

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000000530>

- **1784:** *Compendio cronológico-histórico de los soberanos de Europa*, Madrid, Miguel Escribano, 1784. Dos partes en un volumen.

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000090641&page=1>

- **1785:** *Prospecto del Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, en *Memorial Literario*, V, mayo 1785, pp. 13-22.

- **1786-1794:** *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, Madrid, Antonio Sancha, 1786-1794, 5 vols.

En el Tomo I figuran su «Discurso preliminar» y sus «Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana». Existen dos ediciones modernas de las «Observaciones»: la primera de Francisco Merino Ballesteros (Madrid, Biblioteca

Universal, 1920) y la segunda de Carlos Cabrera Morales (Salamanca, Universidad, 1991). El *Teatro* fue reeditado en: Barcelona, Juan Gaspar, 1848, 5 vols. Una selección del *Teatro* se publicó en París: Antonio de Capmany, *Tesoro de los prosadores españoles desde la formación del romance castellano hasta fines del siglo XVIII en el que se contiene lo más selecto del Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española. Recopilado y ordenado por Don Eugenio de Ochoa*, París, Garnier Hermanos [s.a.], (Col. Baudry).

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000168446&page=1>

- **1786:** *Descripción política de las soberanías de Europa*, Madrid, Miguel Escribano, 1786.

En los dos libros anteriores, de 1784 y 1786, Capmany corrige y actualiza el *Compendio histórico, geográfico y genealógico de los soberanos de la Europa*, publicado en 1760 por Manuel Trincado.

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000050307&page=1>

- **1786:** *Antiguos tratados de paces y alianzas entre algunos reyes de Aragón y diferentes príncipes infieles de Asia y África, desde el siglo XIII hasta el XV*, Madrid, Imprenta Real, 1786.

Existe edición facsímil: Valencia, Edit. Anubar, 1974.

- **1787:** *Ordenanzas de las Armadas navales de la Corona de Aragón*, Madrid, Imprenta Real, 1787.
- **1791:** *Código de las costumbres marítimas de Barcelona, hasta aquí vulgarmente llamado Libro del Consulado. Nuevamente traducido al castellano con el texto lemosín restituido a su original integridad y pureza, e ilustrado con varios apéndices, glosarios y observaciones históricas*, Madrid, Antonio de Sancha, 1791.

Existe edición moderna con estudio preliminar de J.M. Font Rius (1965).

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000013634&page=1>

- **1791:** *Retratos de los españoles ilustres con un epítome de sus vidas*, Madrid, Imprenta Real.

Se publicaron 114 retratos, el primero de ellos en 1791. No se sabe con certeza cuántos epítomes fueron redactados por Capmany.

- **1796:** «Noticia del origen, progresos y trabajos literarios de la Real Academia de la Historia», en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, Madrid, Sancha, 1796, tomo I, pp. I-CLXI.

- **1796:** *Colección de los tratados de paz, alianza, comercio, etc., ajustados por la Corona de España con las potencias extranjeras desde el reinado del señor don Felipe Quinto hasta el presente*, Madrid, Imprenta Real, 1796-1801, 3 vols.

Publicado sin nombre de autor, pero muy probablemente redactado por Capmany y quizás algunos autores más (Etienvre 2001: 261).

- **1798:** *Comentario con glosas criticas y joco-serias sobre la nueva traducción castellana de las Aventuras de Telémaco*, Madrid, Antonio Sancha, 1798.

- **1805:** *Nuevo diccionario francés-español. En este van enmendados, corregidos, mejorados, y enriquecidos considerablemente los de Gattel y Cormon*, Madrid, Sancha, 1805.

Tuvo una segunda edición, aumentada: Madrid, Sancha, 1817.

- **1807:** *Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia política y militar*, Madrid, Imprenta Real, 1807.

Edición facsímil con estudio preliminar de J. Fontana (Barcelona, Alta Fulla, 1988).

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000112790&page=1>

- **1808:** *Centinela contra franceses*, Madrid, Gómez Fuentenebro y Cía, 1808.

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000095247&page=1>

- **1808:** *Centinela contra franceses*. Parte Segunda, Madrid, Sancha, 1808.

Tuvo varias reimpresiones y ediciones en distintas ciudades españolas, así como México, Lima y Manila. Fue traducida al portugués (1808), al inglés (1809) y al francés (1810).

Recientemente la ha editado Françoise Etienvre (1988 y 2008).

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000095366&page=1>

- **1809:** *Gritos de Madrid cautivo a los pueblos de España*, Sevilla, Hidalgo, 1809.

- **1809:** *Informe presentado a la Comisión de Cortes sobre la necesidad en que se hallaba la monarquía de una Constitución*.

Publicado íntegro por José Álvarez Junco (1967).

- **1810:** *Relación sucinta del nacimiento, patria, ascendencia, estudios, servicios, méritos, trabajos y actual estado de D. Antonio de Capmany, para noticia en lo venidero de sus hijos y sucesores hoy prófugos, destituidos de todos los documentos y manuscritos originales, que tuvo que abandonar en Madrid en 4 de Diciembre de 1808, con motivo de su repentina migración de aquella Corte, donde tenía su domicilio*, Cádiz, 10 de junio de 1810.

Reproducido íntegro en Etienvre 2001, pp. 310-315. También puede leerse, con algunos párrafos suprimidos, en el Fallecimiento de D. Antonio de Capmany (1815).

- **1811:** *Carta de un buen patriota que reside disimulado en Sevilla, escrita a un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz*, Cádiz, Imprenta Real, s.a. Fechada el 18 de mayo de 1811.

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000132351&page=1>

- **1811:** *Segunda Carta del buen patriota disimulado en Sevilla, a un amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz*, Cádiz, Imprenta Real, 1811. Fechada el 20 de junio de 1811.

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000132341&page=1>

- **1811:** *Manifiesto de D. Antonio de Capmany en respuesta a la contestación de D. Manuel José Quintana*, Cádiz, Imprenta Real, 1811. Fechado el 18 de agosto de 1811.

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000168928&page=1>

- **1812:** *Filosofía de la elocuencia*, Londres, H. Bryer, 1812.

Esta edición presenta muchos cambios con respecto a la de 1777. Se reeditó en 1822 (Gerona), 1826 (Barcelona), 1826 (Barcelona), 1826 (Gerona), 1836 (Gerona), 1842 (Madrid).

Existe edición facsímil de la versión de 1842, presentada por Antonio Agúndez Fernández (Valladolid, Ed. Lex Nova, 1994).

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000084542&page=1>

- **1812:** *Sueños del Marqués de Palacio y desvelos de la provincia de Cataluña. Su autor Don Antonio Filopolita*, Cádiz, Viuda de Comes, 1812.

- **1813:** *Testamento y Codicilo de D. Antonio de Capmany, de 11 de octubre de 1813 y de 12 de noviembre de 1813, respectivamente*. (Archivo Histórico Provincial de Cádiz, notaría 14, protocolo 3172. Ante D. Ignacio Gil, en el registro de D. José Padilla, fols. 1685-1688 y 1825-1826, respectivamente.

Reproducidos en el artículo de Manuel Ravina Martín (1987).

- **1815:** *Apología de las Fiestas Públicas de Toros: escrita por el autor del centinela contra los franceses*, [Madrid, Imprenta de Don Francisco de la Parte, 1815].

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000042155&page=1>

- **1815:** *Fallecimiento de Don Antonio de Capmany y Montpalau, publicado en Londres el año de 1814. Dado a luz en esta corte un amigo suyo, B.L.*, Madrid, Imprenta de D. Francisco de la Parte, 1815. Contiene la Relación Sucinta redactada por el propio Capmany en 1810.
- **1821:** *Práctica y estilo de celebrar Cortes en el reino de Aragón, principado de Cataluña y reino de Valencia. Y una noticia de las de Castilla y Navarra. Recopilado todo y ordenado por Don Antonio de Capmany*, Madrid, José Collado, 1821.

BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA

- Aguilar Piñal, Francisco (1966), *La Real Academia sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII*, Madrid, CSIC.
- Aguilar Piñal, Francisco (1981-2001), *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 10 tomos.
- Alcalá Galiano, Antonio (1844), *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*, Madrid.
- Alcalá Galiano, Antonio (1955), *Obras escogidas*, I, BAE, Madrid, Atlas.
- Alcalá Galiano, Antonio (2009), *Recuerdos de un anciano*, Barcelona, Crítica.
- Álvarez Junco, José (1967), «Capmany y su *Informe* sobre la necesidad de una Constitución (1809)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 210 (junio 1967), pp. 520-553.
- Álvarez de Miranda, Pedro (1992), *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española.
- Aradra Sánchez, Rosa María (1997), *De la retórica a la teoría de la literatura. Siglos XVIII y XIX*, Murcia, Universidad.
- Artola Gallego, Miguel (1959), *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, Tomo I.
- Cabrera Morales, Carlos (ed.) (1991), *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana*, Salamanca, Universidad.
- Cadalso y Vázquez, José (1772), *Los eruditos a la violeta, o Curso completo de todas las ciencias, dividido en siete lecciones para los siete días de la semana*, Madrid, Antonio de Sancha.
- Cadalso y Vázquez, José (1772), *Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la Violeta*, Madrid, Antonio de Sancha.
- Carnero, Guillermo (1978), *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español. El matrimonio Böhl de Faber*, Valencia, Universidad.
- Checa Beltrán, José (1988), «Una retórica enciclopedista del siglo XVIII: la *Filosofía de la elocuencia*, de Capmany», *Revista de Literatura*, 1988, L, 99, pp. 61-90.
- Checa Beltrán, José (1989), «El elogio de la lengua española en Capmany», *Revista de Filología Española*, LXIX, 1989, pp. 131-151.

- Checa Beltrán, José (1991), «Paralelos de lenguas en el siglo XVIII: de Feijoo a Vargas Ponde (1726-1793)», *Revista de Literatura*, LIII, 106, pp. 485-512.
- Checa Beltrán, José (2004), «Debate literario y política», en *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, ed. por J. Álvarez Barrientos, Madrid, Biblioteca Nueva y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 147-165.
- Checa Beltrán, José (2010), «La Retórica como artefacto político» (2010), en J.M. Delgado Barrado (dir.), *Andalucía en guerra. 1808-1814*, Jaén, Universidad de Jaén, 2010, pp. 287-295.
- Checa Beltrán, José (2016), *El debate literario-político en la prensa cultural española (1801-1808)*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2016.
- Checa Beltrán, José (2018), «Apuntes sobre pensamiento literario y estrategias autoriales en el siglo XVIII», *Studi Ispanici*, XLIII, 2018, pp. 273-288
- Covarrubias, José de (1797-1798), *Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*, Madrid, Imprenta Real, 2 vols.
- Défourneaux, Marcelin (1959), *Pablo de Olavide ou l'afrancesado (1725-1803)*, Paris, Presses Universitaires de France.
- Dérozier, Albert (1978), *Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, Turner, 1978.
- Elías de Molins, Antonio (1889), *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX*, Barcelona, 1889, I, 386-401.
- Elorza, Antonio (1970), *La ideología liberal en la Ilustración española*, Madrid, Tecnos.
- Etienvre, Françoise (1983), «Antonio de Capmany censeur à la Real Academia de la Historia (1776-1802)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XIX, pp. 243-274.
- Etienvre, Françoise (ed.), (1988), *Centinela contra franceses*, Londres, Tamesis Books.
- Etienvre, Françoise (1999), «Traducir la Revolución (1789-1805)», en Francisco Lafarga, *La traducción en España (1750-1830)*, *Lengua, Literatura, Cultura*, Lleida, Universidad, pp. 157-164.
- Etienvre, Françoise (2001), *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières. L'oeuvre linguistique d'Antonio de Capmany (1742-1813)*, Paris, Honoré Champion, 2001.

- Etienvre, Françoise (ed. con introducción, notas y apéndices), (2008), *Centinela contra franceses*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Fernández de la Cigüña, Francisco José, y Estanislao Cantero Núñez (1993): *Antonio de Capmany (1742-1813). Pensamiento, obra histórica, política y jurídica*. Madrid, Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Percopo.
- Fernández Díaz, María del Carmen (1987), «La contribución de A. de Capmany a la creación del vocabulario técnico-científico castellano», *Verba*, Universidad de Santiago de Compostela, 14, pp. 527-534.
- Font Rius, J.M., (edición con estudio preliminar) (1965), *Libro del Consulado del Mar. Edición del texto original catalán y traducción castellana*, Barcelona, Editorial Teide.
- Fontana, Josep, (facsimil con estudio preliminar) (1988), *Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia política y militar*, Barcelona, Alta Fulla.
- Forner, Juan Pablo (1952), *Exequias de la lengua castellana*, Buenos Aires, 1952.
- Forteza y Valentín, Guillermo (1857), *Juicio crítico de las obras de D. Antonio de Capmany y Montpalau*, Barcelona, Tomás Bochs.
- Giralt Raventós, Emili (ed. con introducción y notas), (1961-1963), *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Barcelona, Teide.
- Giralt Raventós, Emili (1965), *Ideari d'Antoni de Capmany*, Barcelona, Ed. 62.
- Glendinning, Nigel (1966), «A note on the authorship of the Comentario sobre el Doctor Festivo», *Bulletin of Hispanic Studies*, XLIII, 4 (1966), pp. 276-283.
- Grau, Ramón y Marina López Guallar (1984), «El pensament historiogràfic d'Antony de Capmany: de la Il·lustració al romanticisme», en *Primer Congrés d'Historia Moerna de Catalunya*, Barcelona, Universitat.
- Grau, Ramón y Marina López Guallar (1988), «Antoni de Capmany: el primer model del pensament polític català modern», en *El pensament polític català del segle XVIII a mitjan segle XX*, Barcelona, Edicions 62.
- Herrero, Javier (1971), *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Edicusa.
- Hina, Horst (1986), *Castilla y Cataluña en el debate cultural (1714-1739)*, Barcelona, Península.
- Juretschke, Hans (1955), «Los supuestos históricos e ideológicos de las Cortes de Cádiz», *Nuestro Tiempo*, 18, diciembre 1955.

- Juretschke, Hans (1962), *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Rialp.
- Juretschke, Hans (1969), «La contestación de Capmany a Cadalso y su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia», *Revista de la Universidad de Madrid*, XVIII, 69, 1969, pp. 203-221.
- Lafarga, Francisco (ed.) (1989), *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona, Universidad.
- Lafarga, Francisco y María Luisa Donaire (eds.), (1991), *Traducción y adaptación cultural: España-Francia*, Oviedo, Universidad.
- Lafarga, Francisco (ed.), (1999), *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, Lleida, Universidad.
- Lázaro Carreter, Fernando (1985), *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Barcelona, Crítica.
- Lluch, Ernest (1973), *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)*, Barcelona, Edicions 62.
- Maravall, José Antonio (1991), «Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII», en M. Carmen Iglesias (ed.), *Estudios de la Historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Madrid, Mondadori, 113-138.
- Marías, Julián (1963), *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones.
- Martínez Shaw, Carlos (1985), «La Cataluña del siglo XVIII bajo el signo de la expansión», en Roberto Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona, Crítica.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1956), *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, BAC, vol. II.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1974), *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, CSIC, I.
- Merino Ballesteros, Francisco (ed.) (1920), *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana*, Madrid, Biblioteca Universal.
- Milá y Fontanals, Manuel (1892), *Obras completas*, Barcelona, Alvaro Verdaguer, 1892, IV.
- Moreno Alonso, Manuel (1989), *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza Editorial.

- Perdices Blas, Luis (1992), *Pablo de Olavide (1725-1803) el ilustrado*, Madrid, Editorial Complutense.
- Quintana, Manuel José (1811), Contestación de D. Manuel Josef Quintana a los rumores y críticas que se han esparcido contra él en estos días, Cádiz, s.i.
- Quintana, Manuel José (1972), Memoria sobre el proceso y prisión de D. Manuel José Quintana en 1814, Madrid, Narcea.
- Ravina Martín, Manuel (1987), «El testamento y codicilo de Antonio de Capmany», *Gades*, 16, pp. 249-264.
- Rodríguez de Campomanes, Pedro (1774), *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid, Antonio de Sancha.
- Rodríguez de Campomanes, Pedro (1775), *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, Madrid, Antonio de Sancha.
- San Vicente, Félix (1995), Bibliografía de la lexicografía española del siglo XVIII, Abano T., Piovan Editore.
- Sánchez Agesta, Luis (1949), *La apología de los gremios, de Capmany*, edición del Discurso político-económico sobre la influencia de los gremios, Granada, Universidad.
- Sempere y Guarinos, Juan (1785-1789), *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, Imprenta Real, 1785-1789, 6 tomos. [Sobre Capmany: tomo II, pp. 139-144].
- Simón Díaz, José (1947), «Capmany y el patriotismo», en *Aportación documental para la erudición española. Primera serie*, Madrid, CSIC, pp. 6-7.
- Simón Díaz, José (1947b), «Correspondencia de Capmany con Floridablanca y Llaguno», en *Aportación documental para la erudición española. Segunda serie*, recopilación y transcripción de José Simón Díaz, Madrid, pp. 8-13.
- Valls y Bonet, Pablo (1857), «Biografía de Don Antonio de Capmany y de Montpalau», en *Reseña de la función cívico-religiosa celebrada en Barcelona el 15 de julio de 1857 para la traslación de las cenizas de don Antonio de Capmany, y su biografía*. Barcelona, Imprenta Nueva de Jaime Repús y Ramón Villegas, pp. 77-130.
- Vilar, Pierre (1973), «Antonio de Capmany: des lumières et des ombres», en *Actes du IXe Congrès des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur*, Dijon, Université, pp. 174-195.
 - Vilar, Pierre (1987-1988), *Cataluña en la España moderna*, Barcelona, Crítica, 3 vols.

- Vilar, Pierre (1982), *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la Historia de España*, Barcelona, Crítica.